

*HISTORIAS CRUZADAS: DIÁLOGOS
HISPANO-ATLÁNTICOS*

Nº 6 - ISSN 2718-6512

2022

DIÁLOGO VI:
JUSTO SERNA



FUNDACIÓN
PARA LA HISTORIA
DE ESPAÑA

**HISTORIAS CRUZADAS:
DIÁLOGOS HISPANO-
ATLÁNTICOS**

VI

JUSTO SERNA

Presentación y conversación

Ricardo Cortés

Coordinación

María Fernanda López Goldaracena

Edición

Gisela Coronado Schwindt

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE

Mariana Zapatero

VICEPRESIDENTE

María Fernanda López Goldaracena

SECRETARIA

Gisela Coronado Schwindt

PROSECRETARIA

Julieta Ferraggine

TESORERA

María Cecilia Bahr

PROTESORERA

Julieta Beccar

Historias cruzadas: Diálogos hispano-atlánticos N° VI Justo Serna / presentado por Ricardo Cortés; coordinado por María Fernanda López Goldaracena; editado por Gisela Coronado Schwindt - 1a ed. – Buenos Aires: Fundación para la Historia de España, 2022.

Serie monográfica, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISSN 2718-6512

1. Historiografía. I. Serna, Justo, Cortés, Ricardo, López Goldaracena, María Fernanda, Coronado Schwindt, Gisela.

Imagen de tapa: Puente de Alcántara (Cáceres)



FUNDACIÓN
PARA LA HISTORIA
DE ESPAÑA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN María Fernanda López Goldaracena	2
PRESENTACIÓN POR Ricardo Cortés	4
DIÁLOGO VI: <i>JUSTO SERNA</i>	6
ITINERARIO DE VIDA: Ensayo autobiográfico	7
La ilusión biográfica	7
Yo nací (perdonadme) en 1959	10
La lectura y su glosa	14
Los burgueses	20
La microhistoria y la historia cultural	26
Historia y ficción	31
¿Historia pública?	36
CONVERSANDO CON JUSTO POR RICARDO CORTÉS	38
<i>Primer encuentro, abril de 2021: literatura, historia y universidad en los albores del</i> <i>retorno democrático español</i>	38
<i>Segundo encuentro, mayo de 2021: viaje al “colegio invisible”</i>	71
SOBRE RICARDO CORTÉS	104
BIBLIOGRAFÍA: JUSTO SERNA	105
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	129

PRESENTACIÓN

La Fundación para la Historia de España tiene la inmensa satisfacción de iniciar las publicaciones del año 2022 de *Historias Cruzadas: Diálogos Hispano – Atlánticos* con la participación del Profesor Justo Serna.

Justo Serna, uno de los especialistas más importantes de la Historia Cultural en España y Occidente, ha sido hasta hace poco tiempo, en el que se despidió de los claustros universitarios, Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia. Por eso desde la Fundación para la Historia de España, queremos agradecerle el privilegio que haya optado por esta publicación, para realizar este *racconto* por su vida y su obra.

El *Diálogo* constó de cinco encuentros, llevado adelante por mi querido amigo y colega, el Profesor Ricardo Cortés, de una manera distendida, pausada y reflexiva. Por la dimensión y espesura de los textos se tomó la decisión editorial de realizar la entrega en dos partes sucesivas.

Ganador de numerosos premios entre los que se cuentan el Premio de la Fundación Lara (Manuel Alvar de Ensayos Humanísticos, 2012) y el Premio de la Crítica Valenciana (2008), profesor invitado y jurado en múltiples concursos, el Profesor Serna nos acerca, en esta primera entrega, su experiencia con la literatura desde una temprana adolescencia, anécdotas imperdibles sobre ese pasado rememorado desde la distancia, su itinerario personal y profesional, las razones para

la elección de la historia como profesión, la influencia de lo literario en su prosa como historiador, el momento del ingreso a la universidad, el franquismo, sus opciones políticas, sus sueños, esperanzas y miedos. Pasarán por estas páginas los estímulos para su carrera, producidos por las corrientes historiográficas innovadoras, la influencia de Foucault, Eco, Ginzburg y tantos otros intelectuales que ampliaron su pensamiento, los caminos recorridos junto a su amigo y colega Anacleto Pons, el trabajo de archivo, sus maestros y su formación con textos de diversa procedencia literaria y científica. Un Serna en “estado puro” nos acerca al lector orgánico y no orgánico, intuitivo y voraz en su “plan de no tener plan como lector”. Aparecen en este itinerario definiciones sobre el pasado, y las polémicas y controversias historiográficas medulares hacia el pasado español reciente, el germen, la cocina, la alegría y el empeño de lo que será *La Historia Cultural* (2005), la construcción del concepto clave de *colegio invisible*, el valor de la sociología, la antropología, los mecanismos de investigación, lo epistemológico, lo metodológico, y un diagnóstico del estado de cosas en la historiografía occidental, mediante un enlace permanente entre historia y literatura e historia y pensamiento.

Los encuentros restantes reposan en sus investigaciones recientes, su obra sobre la burguesía valenciana del Ochocientos, la docencia, una vuelta sobre la historia y la escritura, y el *rock'n roll*. Pero para eso falta...

Los invitamos a explorar, lectores de estas líneas, la primera entrega de este universo con múltiples protagonistas, partiendo de dos ideas que atraviesan el *Diálogo* en esta primera parte y que nos gustaría compartir con ustedes. El Profesor Serna nos recuerda que el pasado es un país extraño, hacia el cual tenemos que adentrarnos saliendo de la comodidad de lo que nos confirma: entendiendo al otro y comprendiendo la naturaleza humana de seres muy diferentes a nosotros mismos. A la esencia de todo historiador, hacia ahí nos encaminamos.

María Fernanda López Goldaracena

PRESENTACIÓN

Ricardo Cortés

Conocí a Justo Serna a través de Instagram a fines de abril del 2020, cuando el COVID-19 mostraba su peor cara en Europa y era apenas una novedad en Argentina. En aquellos días de encierro habíamos ideado con mi amigo y colega Martín Stawski, un ciclo de charlas con historiadores a través de esa red social con el propósito de mantener el contacto con nuestros alumnos de la Universidad y, de alguna manera, surgió la posibilidad de invitarlo a Justo. Nos propuso conversar sobre la trayectoria que había realizado la obra *La guerra de los mundos* desde que fuera escrita por H.G. Wells en 1898 en Gran Bretaña, hasta la adaptación radial dirigida por Orson Welles en los Estados Unidos cuarenta años más tarde. De alguna manera, la particular situación que estábamos viviendo a nivel global, podía emparentarse con un hecho tan excepcional como la posibilidad de una invasión alienígena a la Tierra. La charla fue y vino durante apenas una hora, pero fue entonces que descubrí que sentarse a conversar con Justo sobre algunas de sus pasiones -la literatura y el cine en este caso- era un ejercicio combinado de aprendizaje, ingenio y disfrute.

Cuando la Fundación para la Historia de España en Argentina me propuso participar de sus *Diálogos* junto a Justo, me regaló la oportunidad de retomar el contacto, pero ahora de una manera planificada y distendida, tratando de abarcar diferentes aspectos de su multifacética producción. En pocos días y a la distancia,

planeamos realizar tres o cuatro encuentros de una hora de duración en los que abordaríamos exclusivamente diferentes tópicos de su obra. Como verán en las páginas que siguen, fue una misión imposible de cumplir. Cada vez que se encendía la cámara, la distancia geográfica desaparecía y, a pesar de su talla de historiador e intelectual, Justo me hacía sentir que estábamos sentados a la mesa de algún bar conversando sobre actualidad, literatura, historia, rock, cine e incluso, la familia. Su calidez, su capacidad para transmitir ideas y su sentido del humor son difíciles de hallar en el competitivo medio de la producción histórica. Cinco encuentros de más de una hora y media nos permitieron intercambiar ideas y repensar conceptos, debatir la obra de Foucault tanto como la de David Bowie o Lou Reed, establecer relaciones entre la historia de España y la de Argentina, reflexionar sobre el sentido de la docencia y, en no pocas ocasiones, reírnos de ocurrencias varias. Agradezco profundamente a la Fundación la oportunidad de participar de esta serie tan prestigiosa y sobre todo a mi querida amiga María Fernanda López Goldaracena por el apoyo y la paciencia que nos tuvo a lo largo del proceso. Y, obviamente a Justo, por abrirme de manera absolutamente desinteresada las puertas de su mundo, haciéndome sentir en cada encuentro un historiador de su misma talla.

Ricardo Cortés

DIÁLOGO VI:

Justo Serna



Justo Serna por Valencia, 2019. Autora: Encarna García Monerris.

ITINERARIO DE VIDA

Ensayo autobiográfico

La ilusión biográfica

En uno de sus ensayos breves más influyentes decía Pierre Bourdieu que todo ejercicio de rememoración biográfica o autobiográfica entraña una ilusión o, en otros términos, un engaño, un autoengaño. Esa aseveración y ese ensayo son bien conocidos en el mundo académico. No pocas veces por investigadores o docentes a los que se les pide dar cuenta de su currículum o trayectoria, como es mi caso. O sea, que no soy nada original apelando a este autor y a esta tesis tan tajante y tan controvertida.

La ilusión biográfica de la que habla Bourdieu entrañaría una creencia, aquella según la cual suponemos que todo lo vivido, recordado y recopilado es compatible. Entrañaría la creencia de que todo lo rememorado o acopiado puede encajarse coherentemente en un relato que a la postre tiene orden y sentido. Desde ese punto de vista, una narración o una exposición autobiográfica sería ficticia, siempre una

reconstrucción artificial y retrospectiva. ¿Por qué? Porque hace congruente lo distinto; hace semejante lo heterogéneo.

¿Aceptamos ese diagnóstico?

Hay, por supuesto, algo de esto; hay, por supuesto, algo de cierto en todo esto. El recuerdo transforma los hechos, confiriéndoles un sentido que no tiene por qué ser el mismo que se les daba cuando ocurrieron los acontecimientos. Las biografías y las memorias, de la índole que sean y en el soporte que estén, ponen en orden y sucesión lo que ocurrió de manera simultánea, ajena y sin conexión. Los hechos no son necesariamente consecuencia de otros que los preceden y que nosotros, biógrafos o memorialistas, recuperamos por la vía del recuerdo o del vestigio. Más aún: las biografías, bien documentadas o no, y las evocaciones, más o menos fiables, tienden a recrear consciente o inconscientemente motivos y decisiones que se atribuyen a actos y consecuencias que no habíamos anticipado o concebido.

Pero tampoco debemos exagerar, tampoco debemos recaer en el escepticismo, hasta el punto de calificar de ficticia, de igualmente ficticia, toda rememoración que con esfuerzo hagamos. O hasta el punto de rechazar por inventado todo relato de vida. Pierre Bourdieu fue un sociólogo que quiso superar las aporías en que, a su juicio, incurren el humanismo y el estructuralismo, pero sus resultados no siempre fueron productivos o definitivos.

Más aún: su expresión, de una aridez poco amable, era resultado de su propia vida, de las humillaciones padecidas como francés meridional. Paradójicamente, él, que quería desvelar y objetivar los datos brutos de la existencia colectiva (como hiciera Émile Durkheim); él, que quería mostrar y desechar toda ilusión biográfica (tan próximo en esto a Michel Foucault), tuvo que padecerse como sujeto. Tuvo una identidad, tuvo un *yo* sobre el que pesaron unas determinaciones que solo podían

aliviarse, haciéndolas visibles y significativas, recordándolas consciente y ordenadamente.

Autoanálisis de un sociólogo es una especie de autobiografía escrita por Bourdieu poco antes de morir (2002), una autobiografía en la que el autor repudia para sí esa etiqueta de los géneros literarios. Trae al presente recuerdos personales, pero de los que dice rechazar su principal consecuencia: las añagazas de la memoria.

¿Por qué razón?

Sus obras se concibieron como una superación de las viejas contradicciones de las ciencias sociales: individuo-sociedad, estructura-acción, regla-libertad. ¿Cómo abordar la explicación de lo social? Bourdieu trata durante su vida académica de concebir una doctrina basada en el dato empírico, pero también una doctrina que aúne a los clásicos más fértiles (Marx, Durkheim, Weber), permitiendo analizar lo concreto, sin recaer en el vicio especulativo de los filósofos franceses y sin abandonarse a la creencia de la libertad indeterminada que predicara Jean-Paul Sartre. A su juicio...

El resultado es una heroica tentativa, inevitablemente condenada al fracaso, pues no todos lo han seguido ni todos aceptan los planteamientos de su ciencia social: Bourdieu creyó resolver las aporías, las contradicciones tradicionales de su disciplina, pensándose —como antes decía— equidistante del existencialismo y del estructuralismo, de la existencia incondicionada que se crea en el acto y de la estructura que determina un comportamiento.

La biografía y la autobiografía serían así géneros que hacen depender el relato de esa ilusión por él denunciada: el sujeto, narrado por él mismo o por otros, se expresaría o se nos aparecería como un embrión que se despliega. No hay tal cosa, denuncia Bourdieu. Rechacemos, por tanto, lo coherente del yo, sus presuntas

congruencias más allá de los diferentes contextos, sus preferencias bien claras de principio a fin, el concepto mismo de relato ordenado.

Frente a la ilusión biográfica, la vida sería algo bien distinto, el espacio de lo posible, un dominio en el que hay reglas que los agentes saben o no saben, que cumplen o incumplen según los réditos que de su acción o inacción se deriven.

Pero, al final de su existencia, veremos a Bourdieu escribiendo esa autobiografía, ese relato de sí mismo, al que se niega a calificar con dicho apelativo. Estamos, sí, ante una autobiografía: selectiva, parcial, a la que se resiste a llamar así. ¿Por qué razón? Porque prefiere llamarla autoanálisis (según una acepción que procede de Sigmund Freud..., más o menos), una inspección sobre sí mismo que lo convertiría en objeto antes que en sujeto. Eso es, al menos, lo que él admite. Se objetiva, se hace cosa observada, como predicara Durkheim del hecho social, para superar el subjetivismo o el sentimentalismo.

En todo caso, fuera de esa impostación antisubjetiva, esta obra es la más accesible de Bourdieu, la más personal, y tiene un halo dramático semejante al sesgo trágico que apreciábamos años antes en *El porvenir es largo* (1992), de Louis Althusser. En esta obra, el filósofo marxista francés ajusta cuentas consigo mismo, con sus actividades políticas e intelectuales, y en sus páginas aflorarían unos empeños y unas empresas que él mismo juzga muy severamente, viendo su consumación como un fracaso.

Con estos precedentes me he puesto en un compromiso. Me comprometo a ver qué digo, a ver qué digo de mí mismo sincera y críticamente sin que ese relato menor asee o mejore al sujeto. Iba a decir al muerto...

Yo nací (perdonadme) en 1959

Pero dejemos ya a Bourdieu y a este último Althusser para regresar a quien ahora escribe, un modesto historiador al que no le pesan excesivamente, por ligereza o inconsciencia, esas quejas reflexiones sobre el yo y sobre el propio pasado.

Creo que podemos aceptar algunas de las advertencias de Bourdieu. Somos fragmentarios y contradictorios, responsables de actos no siempre coherentes. Pero también somos previsibles, rutinarios, continuos y *se nos ve venir*.

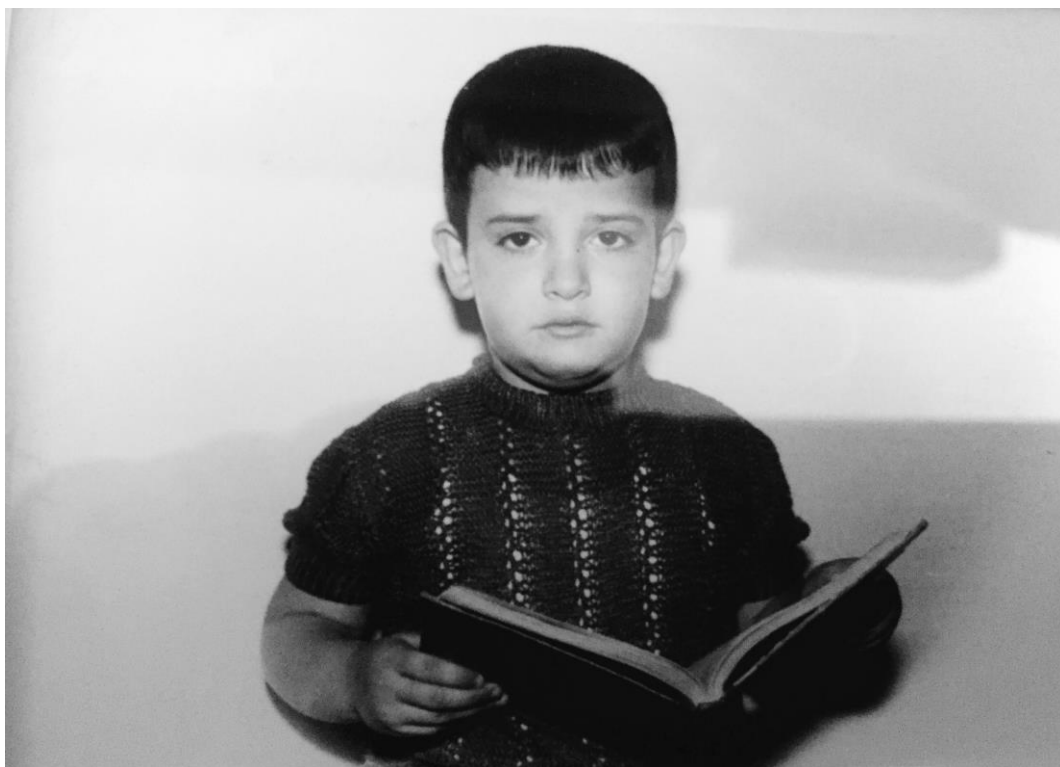
Al repasar ahora mi trayectoria académica, *puedo decir que se me veía venir*, que básicamente lo que me interesaba, me preocupaba y ocupaba es lo que ahora todavía me interesa, preocupa y ocupa. Quizá con otros referentes, quizá con otros recursos y con otros aciertos y desaciertos. Pero lo primario y lo secundario me sigue inquietando exactamente igual. O eso creo. ¿Y qué es lo que me atrae? Para responder esta pregunta permítaseme poner fechas a esa trayectoria razonando los resultados y mostrando los logros y los desconciertos.

Nací en Valencia en 1959. Soy de otro tiempo. Soy un resto de otra época, alguien que sobrevive gracias a la sociedad moderna, a sus cuidados y a la biotecnología. La vida joven es una fortuna que se pierde, un bien que se arruina, una decadencia que nos deja en mal estado, como los restos de un edificio deteriorado o destruido. Como un periódico desfasado.

“Yo nací (perdonadme) / en la edad de la pérgola y el tenis”, decía en 1959 Jaime Gil de Biedma en versos mil veces repetidos. Nací, sí, en esa fecha: cuando salía de la factoría inglesa el primer Mini, un coche popular. Nací cuando el Partido Comunista de España, tan decisivo en la oposición a la dictadura, decretaba la Huelga Nacional Pacífica como instrumento de lucha antifranquista.

Por otra parte, nací cuando se inauguraba el Valle de los Caídos, en Cuelgamuros, Madrid. El maestro de ceremonias es Francisco Franco, un dictador por entonces algo achacoso, pero al que aún le quedan mandato y vida. El mundo

padecía el enfrentamiento político, bipolar, atómico. La carrera espacial estaba comenzando tras el lanzamiento del Sputnik, una liza entre astronautas y cosmonautas. Y yo, ya digo, nací en España, un país que culturalmente estaba fuera de órbita. O casi.



**Justo Serna en 1963 en la Escuela pública de Catadau (Valencia, España).
Autor: desconocido.**

Hoy, el Mini no es un vehículo inglés, sino un carro alemán de grandes dimensiones, algo *chic*. Por su parte, el Partido Comunista de España es una organización muy pequeña, prácticamente irrelevante. Y el dictador castizo y cruel ya no está entre nosotros, fallecido el 20 de noviembre de 1975.

En 1976 ingreso en la Facultad de Geografía e Historia, de la Universidad de Valencia. Comienzo a estudiar una carrera, una licenciatura con el firme propósito de titularme en Historia Contemporánea. Vivo con mucho interés y atracción el

cambio político, en España. Para esas fechas, soy un joven progresista y moderado. Así me habría definido entonces y así me defino ahora, por supuesto eliminando lo primero, pues hace mucho tiempo que dejé de ser joven.

En 1976, Francisco Franco acaba de morir, un nuevo régimen político comienza con toda clase de obstáculos y un muchacho que apenas sobrepasa los diecisiete años ve con esperanza la democracia a la que muchos aspiran, ve con esperanza sus estudios universitarios y siente como propio el *ascensor social*. Es decir, cree positivamente que va a tener un futuro mejor que sus padres y abuelos: ve como cierta la posibilidad de vivir con mayor holgura, material e inmaterial, de lo que ha podido vivir, al menos hasta ese momento, la generación de sus mayores.

Mis padres pertenecen a lo que se llama por entonces el franquismo sociológico. Me refiero a esa población que no se siente ni ganadora ni perdedora de la Guerra Civil, a esa población que con miedo o con conformidad se acomoda al régimen político, aunque tampoco le hará ascos a un futuro democrático, que siempre vendría de Europa. O eso pensábamos muchos. Mi familia es exactamente eso, españoles en quienes aún permanece muy viva la memoria de la contienda de 1936 y la larguísima y penosa posguerra, hechos que padecieron resignadamente hasta que el desarrollismo económico de los años sesenta les insufló esperanzas y unos ingresos económicos que permiten ciertas alegrías y expansiones: vivienda en propiedad, vehículo, vacación y ciertos viajes de turismo menor.

Hasta mí llega la Guerra Civil. Y llega su consecuencia dolorosa, esa posguerra y unos procesos que vivo indirectamente, en diferido, en los años sesenta como un niño que lo ignora todo de la política. Y, luego, lo vivo como un adolescente que poco a poco se cultiva. Y que se hace con cierta cultura política, al tiempo que envidia la democracia inglesa o francesa, pongamos por caso.

Cuando empiezo la carrera soy eso que ahora describo.

Facilitar los estudios superiores a un hijo era un logro. Estudiar una licenciatura era un patrimonio inmaterial que los padres de las clases medias y trabajadoras transferían a los descendientes, algo de lo que enorgullecerse. Yo soy uno de esos hijos. Accedí a la Facultad con la máxima calificación, lo cual era un orgullo para una familia modesta de clase media.

Pero mi ingreso en la Universidad comienza inmediatamente con una frustración. En primer curso, esa esperanza se quiebra muy pronto. Aunque solo temporalmente. Durante buena parte del año académico (1976-1977) no podré asistir al aula. Una larga huelga de profesores no numerarios nos impide seguir con normalidad las clases. Pudo resultar muy desconcertante, pero logré aprender durante esos meses con nervio autodidacta. Dicho en otros términos, aproveché el curso para cultivar una actividad que me ya me venía siendo habitual desde años atrás.

¿A qué me refiero? A la lectura. Me refiero a la lectura.

La lectura y su glosa

Durante esos meses de inactividad académica leo mucho, todo lo que cae en mis manos: desde volúmenes académicos hasta poesía, pasando por revistas culturales y políticas, así como folletos y prospectos editoriales. Leo con vehemencia, como había aprendido de mi padre. Pero sobre todo aprovecho para nutrirme con toda clase de libros y para interesarme por diferentes materias que no figuran o apenas figuran en el currículum de mi licenciatura.

Leo historia, por ejemplo y por supuesto, pero también sociología, antropología, marxismo, novela, mucha novela, y poesía. Y así será a lo largo de la carrera, cuando acabe esa huelga y cuando ya podamos cursar normalmente nuestros estudios.

Si se me permite decirlo así, creo que hoy sigo haciendo lo mismo que entonces hacía: leer un libro e inmediatamente escribir sobre él, poniéndolo en relación con lo que antes yo mismo he leído y con lo que dicha obra me inspira o me sugiere.

Desde antiguo me ha gustado leer, pero creo que me ha gustado aún más comentar, glosar, analizar lo leído, sea un volumen bueno, malo o regular. En realidad, la lectura es para mí un ejercicio de aprendizaje y representación: como cuando de niños acudíamos a una sala de cine para ver una película y, a la salida, teníamos la necesidad perentoria de comentarla y contarla. Eso lo he vivido y aún lo vivo: la necesidad de glosar y escenificar esa misma película ante amigos que habían podido ver dicho film o ante extraños que lo ignoraban todo de esa historia.

Desde jovencito me acostumbré a este ejercicio de síntesis, pensamiento y recreación. En este caso, hacerlo así te obliga a administrar la información, a dramatizar los hechos o a rememorarlos con sentido y añadidos, a representar lo visto y oído, dando además a esas escenas y secuencias un significado global y particular que ahora vuelves a revivir para ti y para otros, para unos espectadores. O lectores.

En 1981 acabo los estudios universitarios. Alcanzo la calificación de excelente, la nota media de sobresaliente. Me licencio y, por entonces, tengo el firme propósito de dedicarme a la investigación, de abrirme camino investigando en Historia Contemporánea. A lo largo de los años de la carrera había tenido profesores que me habían persuadido para que hiciera tal cosa, dado que el expediente académico que tenía era alto con buenas, con excelentes calificaciones y por tanto con posibilidades de solicitar becas, como fue en este caso la de Formación del Personal Investigador en España, que por entonces concedía el Ministerio de Educación y Ciencia o, no recuerdo bien, el Ministerio de Universidades.

¿Qué profesores habían sido mis mentores? A bote pronto y por resumir, yo mencionaría a los doctores Pedro Ruiz Torres y Alfons Cucó. Resultado de sus consejos será la realización de una tesis de licenciatura cuya elaboración me ocupa el último año de carrera más los tres meses del verano siguiente. El título que finalmente tendrá es: *Prensa e ideología agrarista en el País Valenciano. A propósito de La Opinión (1860-1866)*.

Mi interés por la prensa es antiguo: como objeto de investigación y como lector consumado, acérrimo, constante... de periódicos. No sé cómo podría calificarse aquella tesis de licenciatura en dicho momento. ¿Historia de la comunicación? ¿Historia de la prensa? ¿Historia cultural? Hoy quizá la calificaríamos como una investigación, incipiente por supuesto, de historia cultural.

Pero sobre todo lo que esa investigación refleja es el interés que el siglo XIX me despertaba y aún me despierta. Allí, en el Ochocientos, está todo o casi todo lo que después viviremos: en esbozo —si se quiere—, pero ya prefigurado y en un contexto diferente, claro. Por entonces, no es obvio o fácil dedicarse al siglo XIX. En aquella circunstancia española, otras urgencias reclaman la atención de los historiadores que empiezan su andadura, de los investigadores que buscan y seleccionan temas de análisis, objetos de estudio.

Tenemos muy reciente una dictadura, acabamos de superar un intento de golpe de Estado (23 de febrero de 1981) y el Novecientos es el siglo que más atrae a los jóvenes de aquel momento. El XX, con la modernidad, con la República, con la crisis política, económica y social de los años treinta, con la Guerra Civil y con el franquismo como dictadura excepcional o singular son asuntos que motivan a muchos de los que por entonces comienzan su carrera académica.

En 1987 leo mi tesis doctoral, dirigida por el doctor Pedro Ruiz Torres. ¿Cuál es su tema? Las cárceles y los hospicios del siglo XIX, concretamente los centros de reclusión en la Valencia del Ochocientos. ¿Su título? *Trabajo, disciplina y*

corrección. Es un largo estudio en dos volúmenes que se publicará después con el título de *Presos y pobres en la España del siglo XIX*.

Y es un trabajo, tanto la tesis doctoral como el libro subsiguiente, muy influido, por mis lecturas de entonces: el marxismo, el marxismo británico, *Annales* y sobre todo la inspiración semiótica de Umberto Eco y la inspiración filosófica de Michel Foucault. Creo que estos detalles marcan mucho mi forma de acercarme a la historia: leer, sí, a nuestros clásicos de la historiografía, pero leer también a los teóricos que, desde distintas disciplinas, nos provocan, nos estimulan y nos obligan a reflexionar, a trascender nuestros límites académicos, para atender lo dicho, lo escrito, lo acordado o lo investigado por colegas de ciencias afines o de áreas vecinas.

Desde entonces creo haber leído las obras de muchos historiadores, pero creo haber leído igualmente o incluso más las obras de numerosos filósofos, científicos sociales, filólogos, antropólogos, etcétera, con un propósito: el de nutrirme, el de formarme y el de buscar afinidades obvias o insólitas entre los conocimientos procedentes de distintas materias. Por supuesto no todos esos conocimientos son, en principio y directamente, compatibles, tampoco son por fuerza productos de una misma corriente.

Esa forma de leer, de amalgamar, de tantear, de avanzar con orden pero a la vez con intuición, con método pero a la vez con olfato, me ha influido mucho: muchos son en efecto los nutrientes que me han formado y si de algo debo enorgullecerme o culparme es del eclecticismo y de mi información en parte autodidacta sin un guía o mentor que férreamente me estableciera o ahora me establezca el plan de lecturas o de estudios.

Dicho en otros términos, hago lo que aprendí de Umberto Eco o lo que yo mismo venía haciendo y luego corroboré en el maestro italiano. Parafraseo algún pasaje de su obra. Los libros son como el cerdo, los libros que leemos son

efectivamente como ese animal comestible: de ellos, de los libros y de los cerdos, todo lo aprovechamos.

¿Acaso para hacer soluble lo que es insoluble?

No, aprovechamos todo para pensar, para ponernos en contradicción y en aprietos y para plantearnos preguntas que nacen de la mezcla, de la mixtura de materias y saberes distintos. No suelen gustarme los esquemas, las plantillas, el papel pautado. Prefiero los desarrollos y las digresiones, sabiendo que me pongo en riesgo y que esa variedad de lecturas o de materias me pueden llevar a la dispersión y por supuesto me pueden llevar a la estricta contradicción.

En 1987 se me contrata como profesor ayudante doctor del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia. Así será hasta el curso siguiente, pues en 1988 abandono temporalmente esa plaza para pasar un curso académico en Italia. Es una medida impuesta por la autoridad académica de entonces para los nuevos docentes contratados. Es una saludable obligación que te exige cursar un año como profesor visitante y posdoctoral fuera de tu universidad. En aquel momento te mantienen el ochenta por cierto de tus magros ingresos como profesor no funcionario. Pero para sobrevivir en mejores condiciones puedes pedir una ayuda institucional. Si tienes suerte y currículum y proyecto, te la conceden. Será mi caso: completaré el sueldo gracias a una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores español y del *Ministero degli Affari Esteri* italiano. En concreto, la ciudad a la que pido ser destinado es Bolonia.

En 1988, Bolonia es para mí la ciudad que me atrae, principalmente porque en su *Università degli Studi* enseñan por entonces Umberto Eco y Carlo Ginzburg. De Umberto Eco, yo había leído con fruición distintos volúmenes y ensayos a lo largo de la carrera. Por supuesto no era una lectura prescrita por el plan de estudios o por las materias que cursamos, sino por el placer que me dispensaban y aún me procuran sus ensayos.

La semiótica es una ciencia arcana, de léxico y conocimientos de difícil hermenéutica. Pero en manos de Umberto Eco se convierte en una prosa sabia e irónica, un ejercicio constante de reflexión multidisciplinaria, la llave que abre el mundo de otra manera o que ilumina la realidad de otro modo. Para mí, historiador incipiente o en formación, Eco encarna un saber ecuménico, universal.

Por su parte, Carlo Ginzburg es entonces un referente esencial. Lo es ya a la altura de 1981, justo cuando acaba de publicarse en España la traducción de *Il formaggio e i vermi* (1976). Y ello gracias a Mario Muchnik, el gran editor argentino, que lo difunde en su colección *Los Archivos de la Herejía*. Esa temprana lectura me provocará desconcierto, admiración y todo el interés que un joven licenciado, que un joven egresado, puede experimentar ante una novedad de esa envergadura, de esa calidad historiográfica y también cultural y literaria. Descubro propiamente la *microstoria*.

Esta estancia académica me cambiará, me cambiará a mejor (quiero pensar). Conoceré a profesores e investigadores de mucho relieve y a los que yo leía con atención y con mucha dedicación. Entre otros, Massimo Pavarini, Roberto Finzi, Franco Cassola, Luciano Casali, Raffaele Romanelli, Paolo Macry, Alberto Mario Banti.

Umberto Eco y Carlo Ginzburg, a los que idolatraba (si lo puedo decir así), fueron quienes me habían atraído. Otros colegas de gran madurez y formación me abrieron campos diversos, posibilidades. Y, sobre todo, dicha permanencia académica me obligó a leer mucho, a abrirme aún más a saberes muy diversos que en Italia eran comunes y estaban incorporados.

Ese viaje a la cultura de la Emilia-Romagna me refinó y me quitó algunos miedos: perdí en parte el miedo a ser académicamente incorrecto, a interesarme por temas que a muchos de mis colegas españoles no les interesaban, a acercarme a

visiones, versiones y aproximaciones que a tantos historiadores les resultaban completamente ajenas. Durante esa permanencia académica en Italia aprendí mucho, leí mucho más y me interesé vivamente por una corriente histórica a la que ahora podemos calificar como microhistoria, que —ya he dicho— ejemplificaba en la figura y en la obra de Carlo Ginzburg.

La viveza de la investigación italiana, la influencia que sobre ella tenía Antonio Gramsci (con sus reflexiones sobre la cultura popular) aún me duran y aún me afectan.

Los burgueses

Cuando regreso de Italia en el verano de 1989, el mundo está cambiando, a la realidad le falta poco para mudar. Justamente cuando yo vuelvo a España el *Partito Comunista d'Italia*, institución central de la posguerra y de la cultura durante décadas, se refunda constituyéndose como *Partito Democratico della Sinistra*. Pocos meses después, cuando ya me he incorporado nuevamente como profesor en Valencia, cae el Muro de Berlín. Imaginemos la circunstancia. Un docente que ya ha leído su tesis, que ha viajado, que tiene ideas más o menos asentadas sobre el mundo, asiste como testigo a una revolución imprevista que agiganta la esperanza. Hay que recordar que yo, por entonces, aún soy joven, ese joven progresista y moderado que quiere nutrirse intelectualmente y que quiere crecer.

Sin duda, la caída del Muro nos llevó a todos, o a casi todos, a celebrarla, a festejarla. La desaparición del muro era algo grandioso que, como historiador, te obligaba a reflexionar no solo sobre los hechos recientes, no solo sobre el presente continuo que vivíamos en clave histórica, sino que te forzaba a replantearte de qué modo estudiamos el pasado, cosa que te exigía interrogarte sobre el curso de la

historia, sobre los condicionantes, sobre los precipitantes, sobre la conducta humana, individual y colectiva. Etcétera.

En 1991 supero la oposición a profesor titular de universidad. Mi destino seguirá siendo la Universidad de Valencia, una plaza en su Departamento de Historia Contemporánea. Fue justo entonces cuando mi amigo y compañero Anaclet Pons y yo acometimos lo que creímos la recta final de una investigación nuevamente centrada en el siglo XIX pero ahora con los burgueses valencianos como objeto de estudio. Creíamos que el libro resultante sería nuestra aportación en este campo. Estábamos equivocados: entre otras dedicaciones, será nuestro objeto de análisis durante treinta años más.

La de los burgueses es una investigación paralela que yo llevaba al tiempo que me ocupaba y me preocupaba de otros temas, académicos o extraacadémicos. Como también era y es el caso de Anaclet. Él y yo hemos compartido y aún compartimos muchas cosas, dado que nuestra amistad perdura a lo largo de décadas.



**Justo Serna y Anaclet Pons.
Ayuntamiento de Valencia,
(1983).**

Autor: desconocido.

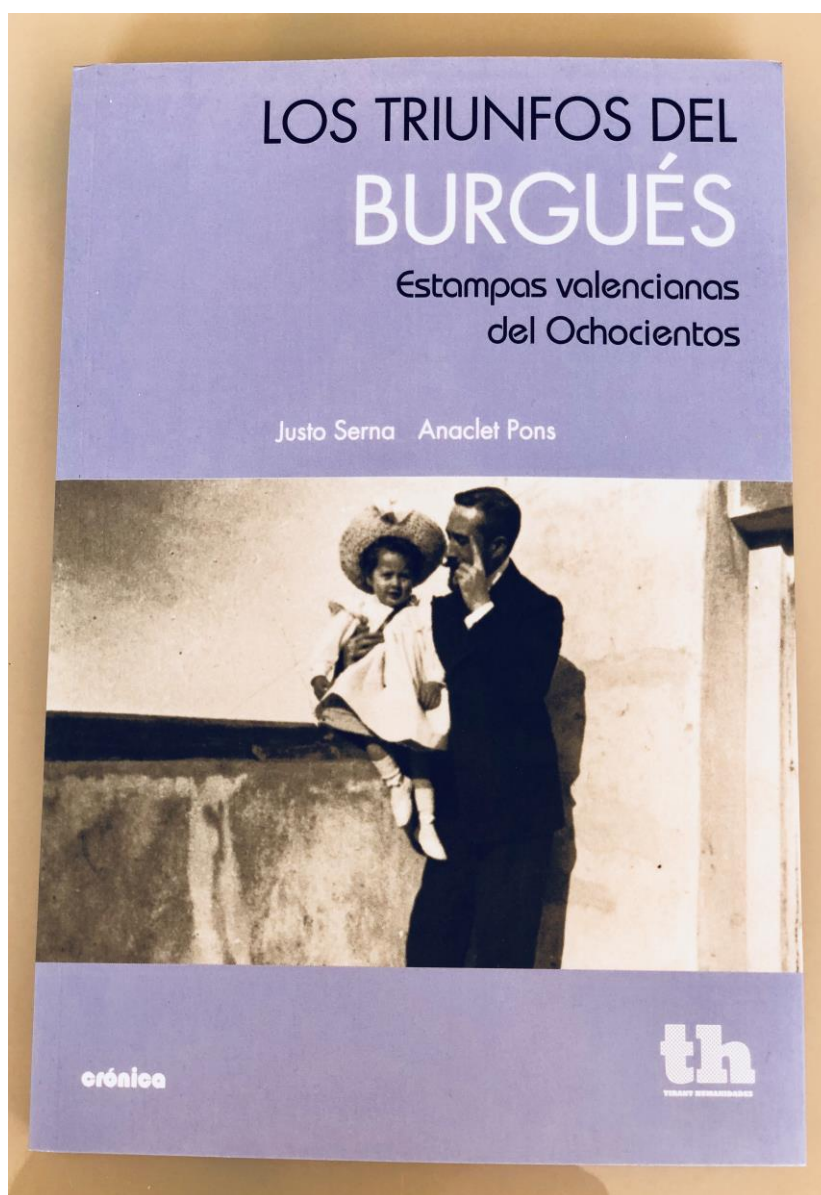
En el caso de los burgueses es ésta una investigación a cuatro manos que creo que ha rendido unos frutos apreciables y que ha reforzado mi amistad con un colega que ya era amigo antes de esas fechas. ¿Cómo calificar una historia sobre burgueses en la Europa del siglo XIX? ¿Es una historia social, una historia económica, una historia de la vida cotidiana, una historia cultural? Sin duda, la investigación que desarrollamos y para la que nos hemos documentado sin parar, visitando numerosos archivos, consultando documentos muy distintos y leyendo una inacabable bibliografía, directa o indirecta, estaba fuertemente influida por los avances de la historia social.

Pero nos interesaban y aún nos interesan especialmente las relaciones, las percepciones, las concepciones de aquellos burgueses (valencianos y españoles) que dejaron rastro en las fuentes. Gracias a esos rastros podíamos y podemos exhumar y examinar conductas y contextos. ¿Cómo hacerlo? Con las pericias propias de historiador, aunque también con las habilidades aprendidas en esas otras disciplinas que tanto me han influido y de las que tanto he discutido y debatido con mi amigo.

Los burgueses del Ochocientos nos interesan como individuos de su tiempo. Nos interesan como tipos que se nos parecen y de los que nos diferenciamos, hombres y mujeres que pertenecen a un contexto histórico en el que traban relaciones y en el que reciben enseñanzas. Nos interesan como individuos educados en unas pautas y en una cultura, con una formación para personas distinguidas. Nos interesan como sujetos que se insertan dentro de distintas tradiciones, como seres sociales que trazan entre sí vínculos, lazos de competencia y de cohesión, que se marcan metas, que establecen y fijan objetivos y que se presentan ante el mercado y ante sus congéneres.

Los burgueses nos interesaban y nos interesan como individuos respetables, pero también como individuos de un espacio social y local determinados. Es decir, como emprendedores que se mueven dentro de unas circunstancias que no siempre

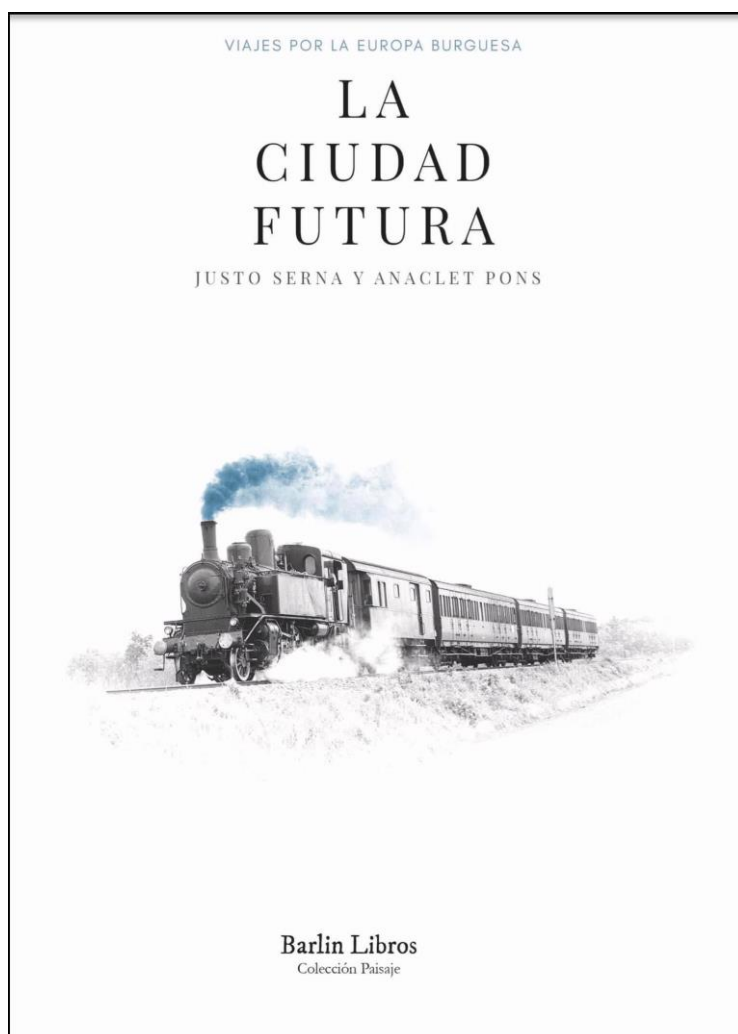
ellos han elegido, concibiendo la realidad, tratando de explicársela y de interpretarla. ¿Con qué? Con los recursos que de sus mayores reciben, valiéndose de los instrumentos materiales e inmateriales que les hacen ver, sentir y experimentar el trabajo, el amor, la amistad, el poder, etcétera.



Fotografía promocional de *Los triunfos del burgués* (2012). Editorial Tirant Lo Blanch.

¿Cómo era vivir antes de 1914?

Ésa es la pregunta que nos hacemos en nuestro último libro, *La ciudad futura. Viajes por la Europa burguesa* (2022). Un varón, solo o acompañado de otros, viaja por la Europa del Ochocientos. Lo hace en tren, en diligencia, en barco, recalando en puertos de tránsito o de destino. Olvidemos por un instante el presente angustioso y convulso que vivimos. Ingresemos en un mundo distinto y a la vez parejo. Hay una grieta en el tiempo por la que aventurarnos.



Fotografía promocional de *La ciudad futura. Viajes por la Europa burguesa*, Barlin Libros (2022).

Estamos en la segunda mitad del siglo XIX. El mundo anda desbocado y acelerado, según ciertos observadores. Tal es el vértigo del progreso. Soltero y luego ya con su esposa, ese varón a quien acompañamos, gracias a su diario, visita las principales capitales y se tropieza con celebridades del momento. Con él frecuentamos los centros turísticos. Acudimos a los mejores restaurantes, asistimos a los espectáculos más sorprendentes y accedemos a los lugares, clubs y comercios más fashionables.

Es un comerciante y es un propietario. De estirpe burguesa. De linajes valencianos, vascos e irlandeses. Contacta y tiene relación con amigos, socios y corresponsales en Inglaterra y en Francia. Conoce gente de otro tiempo. ¿Podemos imaginarlo? Este caballero admira la modernidad, el avance del siglo, sus novedades. Disfruta con los logros técnicos, se felicita (y nosotros con él) por ser testigo y beneficiario del ferrocarril, de sus locomotoras. Advertimos, podemos sentir, qué supone el tren para los europeos del siglo XIX, para aquellos que ven por vez primera un convoy ferroviario, una máquina humeante, los vagones que transitan por un camino de hierro.

Hasta ese momento no se había visto nada parecido.

Por un lado, el tren es un gran avance que puede materializar los sueños humanos de libertad de movimientos, un adelanto que puede incrementar la interconexión y las relaciones de los distintos y extraños. Por otro, precisamente, altera la seguridad de lo obvio, de lo heredado, una auténtica irrupción de lo externo en las ciudades históricas, frecuentemente amuralladas. Ya no hay barreras, dicen los más optimistas; ya no hay confines, ya no hay espacio, por alejado que esté, que no se pueda franquear. Todo un continente se abre al tránsito, obligando a los contemporáneos a cambiar sus modos de mirar la realidad.

Es ya un tópico asociar el impresionismo y el ferrocarril: la velocidad que puede alcanzar la máquina de vapor aplicada al transporte no solo es un logro material. Es, particularmente, un cambio en la percepción del paisaje, en la idea misma del tiempo, de lo accesible, de lo distante.

Esto que más arriba anoto es una síntesis apretadísima del volumen que Anacleto Pons y yo publicamos con Barlin Libros. Es la nueva obra que mayor esfuerzo y años nos ha costado y el volumen que mayor dicha nos ha procurado.

Quienes lo lean podrán acompañarnos, disfrutando o padeciendo de los vaivenes del convoy ferroviario, de los traqueteos de los vagones, de los mareos provocados al atravesar el Canal. El mundo marcha y los transportes surcan el territorio europeo. El ferrocarril es portador de bienes y mercancías, de pasajeros, pero sobre todo acarrea y difunde las novedades que a tantos deslumbran. El ingenio ferroviario conmociona y atemoriza, despierta expectativas de comunicación y apertura y, a la vez, amenaza. Con el tren del Ochocientos asistimos a un trastorno de las evidencias, de los marcos de referencia y de las maneras de representar el hoy y el pasado, la historia misma. ¿Qué es lo cercano, lo accesible, lo archivado, lo real, lo pretérito, lo actual?

El mundo burgués, el mundo de ayer, visto en clave microhistórica. El pasado de nuestros ancestros, con sus sociabilidades y excentricidades, con sus hábitos comunes y sus audacias. ¿Cómo comían, bebían, amaban? ¿Cómo y dónde negociaban y cómo y dónde descansaban? ¿Cómo morían? París, Londres, Madrid, Barcelona, Aviñón, Ginebra, Lisboa, etcétera. Esos son los destinos de nuestro libro. La cultura europea y los europeos. ¿Podemos imaginarlo? ¿Cómo era vivir antes de 1914?

La microhistoria y la historia cultural

Para poder llevar adelante y adecuadamente una investigación de este tipo, el marco, la escala o el espacio deben reducirse, deben circunscribirse a una demografía no excesivamente populosa, a un círculo humano del que puedan conocerse y averiguarse aspectos propios del grupo al que pertenecen pero también datos de la intimidad, de la vida privada, que nos van a decir mucho del comportamiento, del pensamiento, del sentimiento de estos actores sociales que son comerciantes, propietarios, industriales, altos funcionarios: a veces sucesivamente y a veces simultáneamente.

Los burgueses que nosotros examinamos entonces y después se comportan como individuos polivalentes que aspiran a insertarse en el mundo. Se trata de sacar ventaja de su posición, de su suerte, de su capacidad, maximizando el beneficio, pero a la vez renunciando a ciertos provechos materiales para conseguir rendimientos emocionales y familiares y, en fin, inmateriales.

En este sentido, nuestro estudio, que dura ya décadas y que se ha materializado en distintos libros, es por un lado una investigación de historia local y, por otro lado, una investigación de microanálisis. O como ahora se llama: de microhistoria global. La historia local que nosotros admiramos y que queríamos cultivar entonces y después no es tarea de eruditos de provincia, ni de investigadores dominicales. Como habíamos aprendido en nuestro Departamento de Historia Contemporánea, la buena historia local es buena historia *tout court*. Es historia profunda, con una descripción densa de la cosa en su contexto. Como diría Clifford Geertz. La buena historia local es historia con fondo, rigurosamente documentada, que centra en una esfera reducida —o en un grupo pequeño— la observación, el examen y por tanto los resultados, resultados que luego deben contrastarse con otros.

Pero, además, estudiar lo local con el enfoque microanalítico tiene un reto importante. Debemos pensar y escribir para lectores (hipotéticos lectores) que lo ignoran todo de Valencia, de la Valencia del siglo XIX, de los burgueses de la Valencia del siglo XIX. Si escribes historia bajo este supuesto (es decir, que tu lector no está obligado a conocer lo que tú de entrada sabes), la obligación de ser claro y denso está en nosotros. Somos nosotros, los historiadores que investigamos, quienes debemos suscitar el interés, la atención de posibles destinatarios que carecen de interés en este objeto de estudio y que no tienen datos suficientes o que apenas tienen información y noticia sobre lo que estudiamos.

Hay que persuadir no solo con la documentación abundante de la que podemos servirnos, sino que hay que convencer con la retórica y la argumentación y con la presentación, con la administración de las pruebas, con la escritura. Hay que escribir bien, al menos intentarlo, y hay que hacerlo con disfrute, con placer, con contento.

Recuerdo haber pasado semanas y semanas en los archivos. Qué digo semanas: meses y años de investigación compartiendo afanes y afinidades con Encarna García Monerri, con Anaclet Pons y con otros colegas que frecuentaban y aún frecuentan esos mismos archivos y con los que uno comparte los avances de la investigación, las dudas que nos surgen, las preguntas que nos formulamos y las respuestas parciales a las que llegamos.

Pero la investigación, repito, no es solo acopio documental. Es, principalmente, formularse una pregunta no anacrónica, poner en orden datos y más datos para darles estructura y sentido. Me impuse y creo que nos impusimos disfrutar escribiendo. Y disfrutar resolviendo enigmas menores.

Todo ello significa que averiguar y escribir no debe ser un mero trámite para el historiador, tampoco es una tarea enojosa o fatigosa que deba resolverse de manera expeditiva. Al contrario, averiguar y escribir implica concebir y elaborar

algo inicialmente inexistente para darle forma, para transmitirlo, para comunicarlo, venciendo el desinterés o la incredulidad de los potenciales destinatarios a los que te diriges.

No siempre los resultados han acompañado a lo que queríamos hacer y al modo en que queríamos desarrollarlo, pero el entusiasmo y la alegría es algo que me gusta transmitir cuando escribo. No debemos considerar a nuestros lectores como destinatarios ganados de antemano. Como antes decía, hay que persuadirlos, propiamente agarrarlos para que no dejen nuestro volumen a la página tercera. Pero el entusiasmo y la retórica deben ceñirse y supeditarse a la realidad documental, a la información de la fuente, al dato empírico que nos llega, al resto que sobrevive y que nos sirve para acceder al mundo que hemos perdido y para presentarlo con un significado concreto, en la circunstancia local y en el contexto general en el que debemos entender las acciones humanas.

En 1993, por invitación expresa del doctor Pedro Ruiz Torres, Anaclet y yo escribimos un artículo, un ensayo académico historiográfico, para la revista *Ayer*, entonces la joven publicación de la recién nacida Asociación de Historia Contemporánea de España. La invitación que nos hacía el doctor Ruiz Torres iba destinada a un número monográfico dedicado a la historiografía. Nuestra contribución fue un trabajo sobre la microhistoria, concretamente la microhistoria italiana. ¿Su título? “El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”. Este texto ha tenido especial repercusión en el medio académico. En parte, a ese ensayo se debe la difusión de esta corriente historiográfica en España, hasta entonces una corriente poco conocida en nuestro país.

Pero ese texto ha significado otras muchas cosas para nosotros. Desde un punto de vista docente e investigador, mi inclinación por la historiografía y por la variedad o vastedad de temas y perspectivas aumentó. Una de las asignaturas, una

de las materias que con mayor placer y disfrute impartí durante años, fue precisamente la que lleva por título Historiografía. Esto tenía exigencias muy obvias: lo que en principio era una inclinación por la reflexión, reflexión sobre la disciplina, se convirtió en una preparación académica diaria para la docencia. Insisto: ese interés y esa inclinación no eran nuevos. El primer libro que yo había comprado y leído nada más entrar en la Facultad había sido *¿Qué es la historia?*, de E. H. Carr. Desde entonces no he dejado de leer historiografía y no dejo de escribir sobre esta materia: al menos conforme me inquietan nuevas cosas.

Pero “El ojo de la aguja” también tuvo otra derivación común: pocos años después publicábamos un volumen que tuvo en su momento cierta repercusión o incluso bastante repercusión en el mundo hispánico. Su título: *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*. Si no recuerdo mal apareció publicado en 1999 y ese volumen profundamente modificado, mejorado y ampliado apareció recientemente con el título de *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg* (2019).

No son obras equivalentes. Una es un embrión de lo que después será la otra, más madura, aunque, en ambas, podamos hallar la misma voluntad de examinar al modo microhistórico lo que es la propia microhistoria. Ambos volúmenes son estudios de historia cultural sobre un libro y su irradiación, sobre sus lecturas e interpretaciones. También lo es sobre un autor, Ginzburg, que tanta repercusión ha tenido en distintos ámbitos culturales y que tanta influencia ha tenido en mi idea de la historia.

Si hablo de historia cultural debo decir que ya en 2005 y después en una segunda edición en 2013 nuestros intereses sobre la historia cultural se consumaron en un ensayo nuevo. Se trata de un libro que, modestamente, también ha tenido una notable repercusión en el ámbito académico. Me refiero a *La historia cultural. Autores, obras y lugares* (2005, 2013). Este volumen fue un encargo de la profesora Elena Hernández Sandoica, por entonces asesora de la editorial Akal. Confío en nosotros

a la hora de escribir un análisis historiográfico sobre la generación de historiadores nacidos entre 1939 y 1946, historiadores de distintas nacionalidades que cambiaron nuestra perspectiva de lo que es la historia cultural. Me refiero a Peter Burke, Natalie Zemon Davis, Carlo Ginzburg, Robert Darnton, Roger Chartier y otros.

Eso ha tenido otro efecto. Al frecuentar la obra de historiadores de distintas procedencias, al leer volúmenes de historia moderna, de historia medieval, de historia contemporánea nos hemos visto en ocasiones traduciendo y editando obras importantes para el mercado hispanohablante. Fruto de esas preocupaciones historiográficas ha sido la edición de obras de estos o de otros autores. Se trata propiamente de su edición en castellano o en catalán (por ejemplo, *El formatge i els cucs*) que nos han hecho aprender más y profundizar más en algunas de las grandes corrientes y figuras de la historiografía y en algunos de los autores, no historiadores, que han sido tan influyentes en nuestra disciplina en las últimas décadas. Por ejemplo, Antonio Gramsci.

Historia y ficción

Pero regreso a otro momento. Regreso a 1996 para mostrar y señalar una línea de investigación que desde entonces cultivo abiertamente, sin ocultarme: el análisis de las novelas, la relación entre historia y literatura y, por extensión, la historia cultural de las producciones literarias.

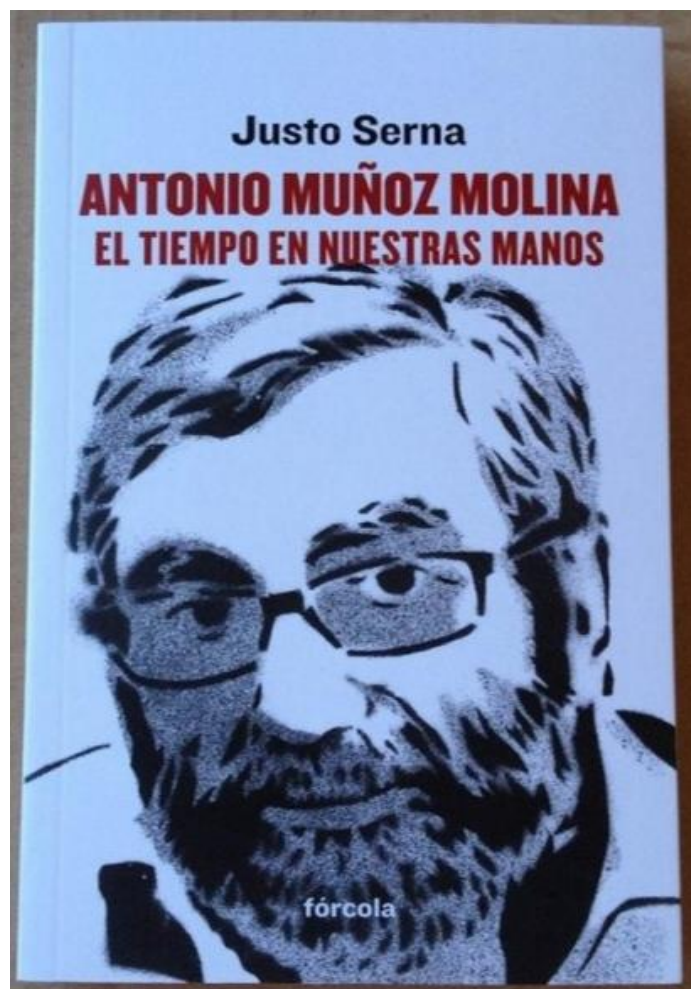
En 1996 tuve el honor de compartir con mi colega Isabel Burdiel una entrega, una publicación de la serie *Eutopías*, entonces animada por Jenaro Talens. El cuaderno se tituló *Literatura e historia cultural o por qué los historiadores deberían leer novelas*. Creo que el ensayo (o aquellos dos ensayos contenidos bajo ese título) influyó notablemente entre ciertos historiadores españoles, al menos entre quienes

tienen oído literario (por parafrasear a Max Weber). Es decir, entre aquellos colegas que demuestran sensibilidad e interés por la narrativa, la poesía o el teatro: por la ficción, por la creación.

Queríamos vincular precisamente lo literario a la investigación histórica. No se trata de hacer historia de la literatura, que ya tiene sus expertos. De lo que se trataba y se trata es de hacer historia cultural de lo literario, del objeto, de la creación, de la difusión, de la recepción... Como digo, ese cuaderno influyó en otros historiadores que también leían novelas. Y, quizá, lo más chocante: influyó en mí mismo.

Era una declaración pública de un vicio casi privado o de lo que yo vivía casi con culpa como historiador. A partir de entonces, he dedicado una parte de mi tiempo a lo que había hecho desde siempre y particularmente: a leer novelas y glosarlas, a leer literatura y analizarla, a leer ficciones y obras de creación pura (vamos a llamarlas así) contextualizándolas, asignándolas a su momento de producción y recepción, pero sin reducirlas a la circunstancia histórica en que aparecen. Historia cultural de la literatura, de la alta (o de la baja, si se terciara...). Resultado todo ello son varios libros que he ido publicando o el propio proyecto de investigación que presenté al concurso oposición a Cátedra y que superé en 2011.

¿A qué libros o títulos me refiero? Enumeraré solo unos pocos: *Pasados ejemplares. Historia y narración* en Antonio Muñoz Molina (2004); *Héroes alfabéticos. Por qué hay que leer novelas* (2008); *La imaginación histórica. Ensayo sobre novelistas españoles contemporáneos* (2012), Antonio Muñoz Molina. *El tiempo en nuestras manos* (2014) o *Historia y ficción. Conversaciones con Javier Cercas* (2019).



Fotografía promocional de *Antonio Muñoz Molina. El tiempo en nuestras manos*, Editorial Fórcola (2014).

¿Leemos novelas de los siglos XVIII, XIX, XX y XXI y qué aprendemos? Quienes en el Setecientos las disfrutaban abiertamente o a hurtadillas descubrían algo esencial. ¿Qué cosa? Que todas las personas tenemos un parentesco real o ideal, que todos los individuos somos fundamentalmente parecidos. Que todos compartimos sentimientos comunes. No es magra lección.

Más aún, muchas novelas reflejaban entonces y ahora el deseo de autonomía personal. De ahí que la lectura de ficciones pudiera crear —aún hoy— en sus

destinatarios un sentido de igualdad y empatía. ¿Cómo? Mediante la participación apasionada, incluso visceral y propia, en lo narrado. No hará falta decir que la simpatía y la compasión no se inventan en el Setecientos. Tampoco son cosa de ahora mismo. La capacidad de sentir empatía o cercanía es precedente y es universal. ¿En qué se basa? Se basa en la comprensión subjetiva del otro. O en parecidos términos: se trata de captar la subjetividad de las personas, de imaginar esas experiencias internas como algo propio, algo que te concierne.

A pesar de las limitaciones alfabéticas del público lector, los héroes y las heroínas corrientes de la novela del siglo XVIII o del XIX, se convierten en nombres muy conocidos, en caracteres reconocibles, y ello incluso entre la gente que no sabe leer. La notable extensión de la novela en ese periodo no ha pasado inadvertida: los estudiosos la han vinculado al desarrollo del capitalismo; al ensanchamiento de la clase media con aspiraciones y con ínfulas; al crecimiento de la esfera pública, la esfera de la deliberación y de las discusiones y debates; a la aparición y proliferación de la familia nuclear, de la unidad conyugal simple; al cambio en las relaciones de género; e incluso al nacionalismo.

La gente de la época, de los siglos XVIII y XIX, sabía por experiencia propia que la lectura de estas novelas tenía efectos sobre el cuerpo, sobre su cuerpo. Bien mirado, era algo casi milagroso. Justamente por ello, numerosos clérigos católicos y protestantes denunciaban su potencial obsceno, seductor y degradado. La novela era género menor y sobre todo peligroso. En 1755, por ejemplo, un clérigo católico escribe una obra de cuatrocientas páginas para demostrar que la lectura de novelas socava los cimientos de la moral, de la religión y de todos los principios del orden social. Podemos parafrasearlo.

Abrid esas obras —decía— y en casi todas ellas veréis violados los derechos de la justicia divina y humana. Veréis escarnecida la autoridad de los padres sobre sus hijos. Veréis rotos los lazos sagrados del matrimonio y la amistad.

El riesgo residía precisamente en su poder de atracción: las tentaciones del amor animaban a los lectores a actuar siguiendo sus peores impulsos o ejemplos; animaban a rechazar el consejo de los padres y de su iglesia; animaban a hacer caso omiso de las censuras morales de la comunidad.

Cosas parecidas salen del ámbito protestante. En 1779, un reverendo inglés —que cita Lynn Hunt— resumía décadas de preocupaciones al proclamar que las novelas eran placeres degenerados y vergonzosos, algo propiamente diabólico. ¿Diabólico? Las novelas perturban las mentes jóvenes, apartándolas de lecturas más serias y edificantes. El incremento de novelas británicas, la afición a este género, difundía los hábitos libertinos franceses y probaba por activa o por pasiva la corrupción de la época. Eso sucedía entre los siglos XVIII y XIX.

Los clérigos y los médicos coincidían, pues, en considerar la lectura de novelas como una disipación, como una pérdida: de tiempo, de fundidos o fluidos vitales, de religión y de moralidad. Según diversos dictámenes, las novelas fomentaban un ensimismamiento moralmente sospechoso (incluso un aislamiento dañino) provocando actos que destruían la autoridad familiar religiosa. El peligro de las novelas no era tanto el de la moralización explícita, cuanto el ejemplo pernicioso: el proceso de implicación en lo narrado.

Los críticos eran conscientes de que los lectores tenían una presencia ideal dentro de las páginas de su ficción, cosa que provocaba que ese destinatario se abriera a sentimientos, a pasiones, a expectativas. No eran pocos los que pensaban que la ficción produce un deseo de emulación. De emulación moral sobre todo. Así, la simpatía por la heroína de una novela fomentaría lo peor del individuo: deseos ilícitos y un excesivo amor propio. Y las novelas, entonces y ahora, demostraban la degeneración irrevocable del mundo, un mundo a la deriva: la melancolía, la

hipocondría o los vapores. Es más: no pocos médicos pensaban que las señoras lectoras —acomodadas— eran especialmente propensas a padecer estas afecciones.

Ahora estamos todos afectados o infectados... Así me lo recuerda la lectura de Lynn Hunt, que tiene sobre esto unas páginas bellas, unas páginas marginales que me han sido especialmente inspiradoras.

¿Historia pública?

Durante años he investigado en archivos, he acudido a congresos nacionales e internacionales, he publicado reseñas más o menos extensas y elaboradas, he organizado actos académicos, he desempeñado algún cargo (como, por ejemplo, la codirección del Aula de Debates de la Universidad de Valencia), he sido comisario de varias exposiciones, alguna de ellas con gran éxito, y he intervenido regularmente en los medios de prensa como columnista habitual y también en mi blog y en las distintas redes sociales. Creo que ésta es una tarea importante a desempeñar por los historiadores. No debemos descuidar la historia pública. Podemos llamarla así. O con otro rótulo. A lo que me refiero es a intervenir en la esfera pública. Debemos escribir para los periódicos, cosa que vengo haciendo desde hace varias décadas. Y debemos intervenir en los debates y discusiones que se suceden cada día en los medios o en las redes. Fruto de ese activismo es mi blog, que abrí en 2005: *Los archivos de Justo Serna*¹. O también lo que escribo en mi muro de Facebook, etcétera. Fruto de todo ello son también mis libros *El pasado no existe. Ensayo sobre la historia* (2016) o *Todo es falso salvo alguna cosa. Observaciones sobre el mundo contemporáneo* (2017).

¹ <https://justoserna.com/>



**Club de Lectura dirigido por Justo Serna. Librería Gaia, Valencia, 2019.
Autora: Celia Corrons.**

No me escondo y, en chiquitito, quiero hacer lo que hacían los intelectuales del siglo XX: documentarse, opinar, reflexionar y de paseo y de paso hacerse con un amistoso, con un selecto comité de lectura, todo un descubrimiento. Soy persona moderada, incluso muy moderada, pero —como antes decía— a todo lo que hago le pongo entusiasmo y prudencia, un entusiasmo frío —si lo puedo decir así— que me permite disfrutar con lo que aprendo y lo que aprendo principalmente ha sido lo que he leído y lo que he transmitido. En mis clases o fuera de la Universidad, en la esfera pública, analizando y expresándome como un historiador y, por tanto, ejerciendo una tarea pública que no es propiamente pedagogía académica, pero sí difusión del pensamiento racional.

Justo Serna

CONVERSANDO CON JUSTO

POR RICARDO CORTÉS

*Primer encuentro, abril de 2021: literatura, historia y universidad
en los albores del retorno democrático español*

Sé muy bien que desde que eras apenas un adolescente encontraste en la literatura una verdadera fuente de inspiración. ¿Qué recuerdos tienes de aquellos momentos algo lejanos, en la casa de tus padres, en los que comenzaste a descubrir historias y lugares a partir de esos primeros contactos con los libros? ¿Cómo llegaste a la literatura?

Mario Vargas Llosa ha dicho y ha reiterado en distintas ocasiones que cualquier persona que esté o se muestre disconforme con el mundo, con el estado y la relación que mantiene con ese mundo, inevitablemente escribirá, o leerá, o ambas cosas a la vez. No lo tengo tan claro. Es posible que se evada de otra forma, que huya de su mundo, ese que considera chato o escaso.

En 1963, la revista *Playboy* entrevistaba a Frank Sinatra, ya maduro. Le preguntaban por su confesión religiosa, por el más allá. Y le preguntaban sobre la evasión o escape de lo real. Él, con esa chispa cínica que tenía, habló en efecto de sus creencias y de la evasión y de la suspensión de la realidad: “Yo estoy a favor de

todo aquello que te haga pasar la noche, ya sea una oración, somníferos o una botella de Jack Daniel's".

La literatura puede provocar consecuencias semejantes e incluso sin los efectos secundarios de estos recursos. La religión, las drogas y el whisky son instrumentos humanos que nos permiten escapar, aunque sea por unas horas. Pero el presente dura y hay que regresar consciente. Sin delirio.

Convengo en que el mejor plan de evasión, el de efectos más saludables, es probablemente el de la literatura o la ficción o el arte: todo aquello que es fruto de la habilidad humana y que nos ayuda a sublimar el impulso creativo o destructivo, que nos hace proyectarnos en figuras, modelos o personajes que mejoran o amplían nuestra experiencia, nuestra escasa o menguada experiencia.

Más concretamente, la literatura es una impugnación de lo dado, de lo que creemos inevitable y fatal. La literatura podemos tomarla como el negativo de lo existente y, por ello, como una revocación de la realidad, como una vía de escape o como una compensación de las fallas o fallos de la vida material.

Pero volvamos a mi experiencia.

Que un adolescente no se sienta conforme con el mundo, con la realidad, con lo que le ha tocado vivir es obvio. Es común y hasta universal. Ahora bien, objetivamente eso que le ha tocado vivir y de lo que se lamenta el púber quizá no sea para tanto, quizá no sea tan grave ni tan tremendo como piensa la persona a los doce o a los catorce años. A esas edades uno tiende a exagerar las malas composturas o las malas hechuras del mundo adulto.

Razones no faltan... Los adultos pueden ejercer violencia real o simbólica sobre los niños. Además, esos mayores suelen ser unos embusteros y encima frecuentemente fracasan cuando pregonan sus metas. Por otra parte, la realidad es

muy vulgar y desmiente casi todas las expectativas que la gente sensata y madura o inmadura se hace. En fin, de pronto o poco a poco quien es niño o ya adolescente advierte la hipocresía o el conformismo de sus mayores. A partir de ahí, el púber busca maneras de huir, quizá abandonándose a la religión, quizá a las drogas, quizá al whisky. Pues bien, una de esas vías de escape, y bien egregia, es precisamente la literatura.

Es justo en esa circunstancia cuando yo empiezo a leer de manera frenética y, además, con fruición. Si no me equivoco, comienzo justamente a partir de los doce o trece o catorce años. A los dieciséis ya padezco de manera definitiva ese vicio, esa compulsión. Insisto en esta trivialidad: la adolescencia es ese instante de la vida cuando la infancia se rompe, se desvanece, y cuando lo que nos sobreviene, la pubertad, solo nos provoca decepciones y temores. En ese contexto, la literatura te permite escapar, pensar (en) otros mundos posibles y no (en) éste, tan averiado, que te ha tocado vivir.

Hay una anécdota de esa época, que es también una imagen perdurable en mi vida. Es un episodio de la adolescencia, pero no recuerdo bien la fecha: debió de ser a principios de los años setenta del siglo XX. Se desarrolla en el hogar, en casa de mis padres. A partir de un cierto momento, en una de las paredes del salón aparece una pintura al óleo. Mis padres mejoran su posición social e imagino que lo que ellos creen un mueble decorativo ennoblece la vivienda, pregonando su cambio de estatus.

Ese óleo que allí aparece es un elemento exclusivamente ornamental, sin valor artístico alguno. Es un cuadro en el que hay representados un río y su rivera feraz, abundante. No sabía, ni sé, cuál podía ser el referente real de dicha pintura, si es que el autor se había inspirado en algún río lejano o cercano. Pasé muchas horas de mi adolescencia mirando ese cuadro y su flora, tan opresiva, con un

ensimismamiento malsano. Pasé mucho tiempo examinando, escrutando su superficie e intentando ver más de lo que en realidad había.

Entonces, para mí, la imagen de aquella pintura era la de un recodo del Mississippi, tan distante y tan evocador. Me imantaba aquel óleo por decirlo de manera cursi. Que volcara mi ensoñación en aquel Mississippi apócrifo o presunto se debía a la literatura, al efecto que la literatura me ocasionaba. Yo había leído *Las aventuras de Huckleberry Finn* (*The Adventures of Huckleberry Finn*, 1884) justo cuando mis señores padres decidían decorar aquel salón con dicho cuadro. Ignoro qué veían ellos en esa pintura. Quizá combinaba bien con el resto del mobiliario, no sé.

Pero eso no me importaba. Me importaba Mark Twain y sus criaturas que en el cuadro no aparecían, quizá porque estaban agazapadas. En ese momento, sus novelas me trastornan, me cambian, me obligan a repensar una situación tan vulgar como la mía, tan poco aventurada o aventurera como la mía. Admiro y envidio las audacias o travesuras de Tom Sawyer y, sobre todo, de Huckleberry Finn. Creo que fue la primera vez que percibí con claridad uno de los efectos que la literatura podía tener en mí: la lectura como escape, en el sentido más vulgar y evidente de la palabra. Gracias a la literatura de ficción podía evadirme de esa situación tan ordinaria, tan vulgar y tan predecible como era mi propia vida.

¿Por ese entonces tendrías ahí quince o dieciséis años?

Sí. Digamos que es cuando empiezo a ser consciente de que la literatura me puede ayudar, me puede servir para escapar. En efecto, tendría entre quince o dieciséis años.

¿Y encuentras algún vínculo entre ese gusto temprano por la literatura y la elección y el estudio de la historia en la Universidad?

No. No es exactamente esa vía. La elección de carrera llegó por otro lado. De entrada, yo era una persona inclinada al estudio o al cultivo de las letras. Y ello a pesar de que mi padre había querido que cursara ciencias, que cursara matemáticas y física. Mi bachiller era o estaba siendo el de letras. Mi padre me puso un profesor particular para estudiar paralelamente el de ciencias. Transcurrido un tiempo, un breve plazo, desistió: mi padre, quiero decir. Admitió pronto que conmigo no tenía nada que hacer. Yo deseaba estudiar solo letras.

Entonces, admitidas las letras, venía la segunda parte de mi decisión. ¿Qué carrera cursar en la Universidad? Eran varias las materias que me interesaban, pero pensé razonable o tontamente que debía sacrificarme. Estudiaré, me dije, aquella carrera que tenga la mejor salida laboral. Con gran desconocimiento o audacia, pensé que la historia tenía una mayor salida profesional que la filosofía, que era la disciplina que, en el fondo, más me gustaba.

Pero había más. Un profesor que tuve en el bachiller, al que admiré y cuyas enseñanzas me fueron muy beneficiosas, introdujo simultáneamente nuevos elementos, nuevas opciones. “Serna, ¿por qué no estudia usted lenguas clásicas o periodismo. Para clásicas está usted bien dotado. Y periodismo es lo que realmente lo motiva”.

Tenía razón cuando me hacía ambas observaciones. El latín era una lengua que me entusiasmaba: me atraían el hipérbaton y la sintaxis, las declinaciones, los verbos irregulares, las etimologías, etcétera. Sin embargo, con latines no iba a ningún lado. Me decía: ¿cómo puedo ganarme la vida con una lengua muerta? No me veía como docente de latín y griego. Por ello o por otras razones, mi sueño real era otro más llevadero o alcanzable. O, al menos, eso creía.

Soñaba, sí, con estudiar periodismo. Pero yo, que era cobarde o realista, sabía lo que eso significaba: significaba marcharse a Madrid o a Barcelona, que era

en donde se podía cursar. Mis padres no podían costearme ese gasto y yo no tenía ingresos. Si yo vivo en Valencia, me decía, debo cursar algo más cercano, más accesible o menos caro. Así, entre estudiar periodismo —que implicaba, como clásicas, desplazarme de localidad—, estudiar filosofía —que tenía una salida profesional peor— o estudiar historia, opté por esta última. Creía que se asemejaba al periodismo, creía que trataba del pasado muerto o ya consumado y creía que tenía una mejor salida profesional. Debo admitir que mi elección no tuvo mayor profundidad ni se basó en una vocación irresistible.

Es decir, que en tu caso, la historia no vino a golpear tu puerta, sino que fue una decisión basada en la necesidad de escoger un camino profesional vinculado a las letras. Al menos, en ese primer momento.

Sí, sí. Debo añadir que, evidentemente, la historia me gustaba, me atraía aunque ser historiador no fuera mi principal o única vocación. Yo leía libros de historia, pero no leía libros académicos: los libros académicos me aburrían, quizá porque no tenía suficiente preparación o quizá porque estaban escritos con aridez. De hecho, sigo creyendo, muchos años después, que hay numerosos libros académicos que me aburren extraordinariamente.

Nos pasa a muchos.

Es lamentable, sí. Me entristece cuando libros académicos, con informaciones relevantes y resultados innovadores, son aburridos. Es más, a veces, esos volúmenes me provocan un tedio infinito. Eso no significa necesariamente que sean libros malos o mal concebidos. No significa que esas investigaciones no lleguen

a conclusiones interesantes. Más bien, lo que suele ocurrir es que están pensados, escritos y dirigidos para un público que es estrictamente académico. Son libros cuyos autores no atienden a otro tipo de públicos. Son obras que descartan, desechan o no tienen en cuenta la atracción, la persuasión.

Mea culpa: eso mismo que ahora objeto es algo que también a mí podría reprochárseme, pues, al principio, cuando empecé a escribir historia, mis *papers* y libros eran igualmente tediosos. Espero haber mejorado algo. De ese lastre me di cuenta relativamente pronto: eso que escribo —me decía—, si fuera de otro autor, ni siquiera lo leería. Si lo mío lo leía era porque no tenía más remedio. Pido perdón por lo obvio: al escribirlo y revisarlo, inevitablemente lo leía.

Pronto me dije: debo buscar una manera de expresarme más clara, sin la jerga inevitable de los doctos. Debo alejarme de los sobreentendidos académicos para así llegar —o intentar llegar— a un público más vasto, para convencer a ese público con una escritura persuasiva, aunque —eso sí— siempre basada en informaciones bien documentadas. Por supuesto, esto se aprende de los literatos y de los periodistas, al menos de aquellos que saben captar a sus lectores. Si yo era capaz de leer incluso novelones y si era capaz de disfrutar con crónicas y artículos de reporteros, no entendía por qué el historiador debe resignarse a la prosa árida de sus iguales, a la sintaxis de esos pares que, con suerte, te leen y te juzgan sin aparentar o sin experimentar disfrute alguno.

Vos ingresaste en la Universidad de Valencia en el año 1976, al año siguiente de la muerte de Franco. ¿Cómo era el clima intelectual y político de entonces?

Permíteme una imagen previa. Me resulta inevitable. Imagínate la República Argentina hacia 1976...

Por supuesto, comenzaba la peor dictadura de la historia argentina. Y, como el vínculo entre España y Argentina siempre fue muy fuerte, los últimos momentos de Franco en el poder eran seguidos con mucho interés, ante todo por familias de origen español.

Puedo imaginarlo, sí. Cuando yo ingreso en la Universidad, Franco ya ha muerto. Ingreso en las aulas tras una larguísima dictadura. Me matriculo en primero de carrera en un momento clave: inmediatamente después de una tiranía inacabable, una tiranía de cuarenta años. Pero a la vez, cuando entro en la Universidad, España ya no es un país meramente atávico o retrasado. La sociedad civil está despertando desde años atrás; la prensa, también. Hacia 1976 y desde 1956, al menos, hay una oposición política, obrera e intelectual al franquismo que ha ido creciendo. Eso significa que, cuando entro en la Universidad, percibo el cambio (muy insensible debía ser uno para no percibirlo) y siento que hay afinidades amplias y compartidas entre la población común, entre la población universitaria: el franquismo no tiene futuro, no puede perpetuarse, no puede durar.

Cuando, en plena dictadura, algún gerifalte del Régimen pregunta a Francisco Franco qué iba a ocurrir después de su muerte, él responde: “Después de Franco, las instituciones”. Por lo que parece, el dictador estaba convencido de que el franquismo sin Franco podría seguir con su estructura, equilibrio y reparto de poderes. Felizmente, muchos españoles pensábamos lo contrario. Pensábamos que después de Franco la dictadura no podía continuar, que aquello que debía suceder al tirano era una democratización, una democracia, una europeización —vamos a llamarla así— de España y por lo tanto un acercamiento a lo que eran las instituciones europeas y al respeto de los derechos humanos.

En definitiva, cuando ingreso en la Universidad, siento y percibo con muchos que todo está cambiando, que hay expectativas, que hay esperanza, gracias a los años de lucha y de oposición y gracias —paradójicamente— a las debilidades de la dictadura. Hay una sociedad civil potente, potente en aquellas fechas, y cuya visión y cuya definición poco tienen que ver con lo que desde el punto de vista oficial se prescribía o se afirmaba. Constatar eso te hace sentir y vivir que estás en el mejor momento posible de la historia de España.

Pocos años después, en 1981, padeceremos un intento de golpe de Estado, tras varias conjuras e intentonas de ciertos militares y de un entramado civil aún franquista. Yo apenas contaba veintiún años: a mí y a tantos otros jóvenes aquello nos irritó, nos enfureció especialmente. Sentíamos que nos estaban robando el porvenir, nuestra perspectiva de futuro (aquello a lo que aspirábamos). ¿A qué me refiero? Pues a vivir en un país normal, con democracia, con libertades y derechos.

En 1976, Argentina padece el inicio de una dictadura, de otra dictadura, pero, a pesar de haber sufrido otros regímenes igualmente tiránicos, en el país se tenía una perspectiva y una formación democráticas. Había una larga experiencia de derechos y libertades, aunque con periodos convulsos y malhadados y con extremismos desastrosos. Hacia 1976, nuestro caso era diferente. Yo había nacido y crecido bajo un régimen dictatorial y mi formación política, la que habíamos recibido en el bachillerato, era de inspiración falangista y nacionalcatólica.

Mi idea de lo que era la democracia era muy limitada, escasísima. Esa idea dependía de lo que a hurtadillas podía leer, ver o escuchar a través de la prensa, de la radio o de la televisión. Me refiero a esos medios que el Régimen consentía, esos que a duras penas sorteaban la censura, la autocensura o la posterior represión o secuestro judicial cuando la publicación se tomaba excesivas libertades. Mi concepción de la democracia, en fin, dependía también de la información exterior, de aquellas emisoras que como Radio París daban noticia de lo que el Régimen

prohibía o tergiversaba. Por mi natural moderado, hacia 1975, yo me había hecho una idea igualmente moderada y realista de la democracia. Vamos, que me conformaba —y gracias— con un sistema constitucional en el que hubiera un reconocimiento formal y material de las libertades y derechos. Si no me equivoco, ésta era una expectativa compartida por muchos jóvenes que, al salir de la adolescencia, esperaban (como yo mismo) que España fuera un país normal, con un régimen equiparable a las democracias europeas, a los sistemas políticos del entorno.

¿La Universidad era por entonces un ámbito propicio para la militancia política entre los estudiantes?

Sí, por supuesto. En la antesala de la democracia se habían fundado numerosos partidos y la militancia era común entre los jóvenes de entonces. Cuando ingreso en la Universidad, ese año de 1976, aún faltaba un año para que se celebraran las primeras elecciones en España. La expectativa democrática y la relajación de la vieja censura y represión franquistas multiplicaron la oferta política. Entonces se daba en España lo que se llamó la sopa de letras. O, en otros términos, había un guirigay de partidos y de partiditos, cosa lógica después de haber pasado tanta hambre política. Es decir, había una multitud de organizaciones aún no reconocidas y, por tanto, alegales o directamente ilegales, que recogían las diferentes opciones de la oposición antifranquista. Eso significa que en cualquier reunión académica, en cualquier asamblea de Facultad, los distintos partidos se hacían oír, se hacían visibles. ¿A qué partidos me refiero? Preferentemente organizaciones de izquierda o de extrema izquierda.

Yo no milité en ningún partido, aunque tenía simpatías evidentes por la izquierda, por la izquierda moderada. No milité en ningún partido, ya digo. Pero no me jacto de ello: simplemente era miedo, mi miedo, el que me frenaba. Otros compañeros sí que habían militado incluso antes de la muerte de Franco y antes de las elecciones, arriesgándose, por tanto, a la persecución policial, a la represión. Yo simplemente tuve miedo y no milité, pero me sentía solidario, próximo y cercano a lo que significaba la oposición antifranquista. Reconocía el valor histórico del Partido Comunista de España, su lucha por la reconciliación. Pero en el futuro esperaba poder votar una opción socialista, como así ocurrió cuando la mayoría de edad legal me permitió ejercer mi derecho al sufragio. Insisto: no me jacto de no haber militado. Tampoco me fustigo por ello. Estamos hablando, pues, de los años que llevan de diciembre 1973 (fecha del asesinato del almirante Luis Carrero Blanco) hasta junio de 1977 (fecha de las primeras elecciones democráticas).

Volviendo al campo de la historia ¿el clima de apertura política se correspondía con una apertura de tipo historiográfico?

Sí, sí. Claro. Cuando empiezo a cursar los estudios en la Universidad, aquello que nos deslumbra a muchos y que sirve como acicate, como estímulo para despertarnos historiográficamente es la Escuela de los *Annales*. Nunca agradeceremos bastante la fortuna que nos llegaba de Latinoamérica: desde el Boom hasta las ediciones de obras clásicas. Me refiero concretamente al hecho de que pudiéramos valernos de las traducciones realizadas en México o en Argentina. Eran versiones en español de Marc Bloch, de Lucien Febvre, de Fernand Braudel, etcétera. Sabíamos que estábamos rezagados, que en América Latina se nos habían adelantado con una literatura y con una historiografía innovadoras.

Todo eso me encandilaba. Sentía que podíamos adelantar, que podíamos superar nuestro retraso, que podíamos valernos de las ventajas del atraso, aquella paradoja que definiera Alexander Gerschenkron. Todo ello nos alumbraba y fertilizaba nuestra perspectiva, nuestro punto de vista local o nacional. ¿Con qué abono? Con informaciones y audacias que iban más allá de lo que los profesores podían enseñarnos. Teníamos buenos docentes, ciertamente, lectores que estaban al día y que estaban por lo tanto a la altura de la gran renovación cultural e historiográfica que antes y por entonces se experimentaba.

Pero, más allá de los profesores de que disponíamos, aquello que nos llegaba era un aluvión bibliográfico de Argentina, de México y también de París, un aluvión de clásicos y novedades traducido al español. Esos libros nos servían para aprender y reaprender, para reconducir nuestro conocimiento, y en ese sentido, la Escuela de los *Annales* será muy relevante para nosotros. Como lo será también, inmediatamente después, el marxismo británico, E. P. Thompson, Eric J. Hobsbawm, Christopher Hill, etcétera.

Gracias a la democratización política y cultural, nuestros nutrientes no dependían solo o enteramente de Latinoamérica, pues ya en los años setenta, e incluso antes, los libros que ambicionábamos leer empezaron a traducirse al castellano en distintas editoriales: Ariel, Península..., y más adelante en Crítica. Ese movimiento fue muy importante para quienes por aquellas fechas accedíamos a la cultura historiográfica y al pensamiento. Yo, particularmente, tenía la impresión de que debía aprenderlo todo, de que debía integrar conocimientos de los que carecía completamente.

Pero, dicho esto, ahora me corrijo. Seguramente le doy una importancia mayor de la que en aquel momento tuvo para nosotros, o acaso para mí. Leí menos historiografía de la que pensaba leer, aprendí menos de lo que pensaba aprender.

Ahora bien, sabía —o sabíamos— que esos historiadores —también autores— eran unos referentes ineludibles y, por lo tanto, sentíamos un cierto reparo o vergüenza por no haber leído aún a Thompson o a Hobsbawm. Justamente esa carencia me motivaba a ampliar mis reducidos conocimientos. Por ello creo que Bloch, Hobsbawm, Thompson, Hill, etcétera, fueron elementos imprescindibles, al margen de si los leí pronto o a cachos. Es decir, por partes. Fueron determinantes, en fin, al margen de si los capté por entero o al margen de si por entonces solo leí las solapas o las contracubiertas, los paratextos de sus libros.

En Argentina pasó algo similar desde 1984 con el retorno democrático y con la llegada de una gran cantidad de autores y textos nuevos: Fernand Braudel, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, etcétera. Llegaban todos juntos y ese descubrimiento era muy estimulante. Supongo que debe de haber sido un proceso similar en el caso español.

Sí, por supuesto. Quizá con algunos años de antelación... Llegaban esos autores y a mí me procuraban una dicha muy grande. Llegaba, insisto, esa generación de pensadores franceses —a quienes en Estados Unidos se les identificará más adelante como miembros de la *French Theory*— y me seducían su prosa abstrusa y la profundidad, real o aparente, de las cuestiones que planteaban. No quisiera hacerme perdonar, pero en ello veo ahora algo de pedantería juvenil: una pedantería quizá inevitable. Como tantos otros, yo era un muchacho nacido y crecido bajo un régimen de inspiración nacionalcatólica, una dictadura que censuraba o sospechaba de la cultura, de la producción intelectual, de la creatividad. La invasión francesa fue para mí una sacudida, la remoción de algunas de mis inercias.

Centrémonos en un caso de los que citas, un caso que me es muy próximo. Fíjate que uno de esos autores que mencionas no era exactamente historiador. Me refiero a Michel Foucault. Se trata de una enseñanza que en principio es ajena a la

historiografía, pero a la vez muy cercana. Se trata de una lectura que me influye muchísimo, al menos desde el año 1978. Me influye, sí, sobremanera la traducción, en la editorial Siglo XXI, de *Vigilar y castigar* (1976) [*Surveiller et Punir*, 1975]. Eso es algo determinante en mi formación.

Otro libro que, en su momento, yo leo en parte y que apenas entiendo es *Las palabras y las cosas* (1968) [*Les Mots et les choses*, 1966]. Hablo de 1975. Antes de ingresar en la Universidad. Lo leo —ya digo: en parte— antes de acabar el bachillerato. Veo, recuerdo, la escena. En la biblioteca del curso preparatorio para la Universidad, alguien me recomienda vivamente *Las palabras y las cosas*, también en Siglo XXI. Me adentro en sus páginas y lo que leo y consigo captar me parece fascinante: ese refinamiento intelectual, esa mezcla de saberes, esa audacia narrativa.

En mi formación —o en mi deformación, si queremos decirlo así—, hay un brote filosófico, una querencia por aquello que puede ser abstrusa y bellamente expresado, algo que en parte me viene de Michel Foucault, un autor que será en efecto un contagio, una de mis pasiones tempranas. Esa infección, que se origina hacia 1975, ocurre a partir de un conocimiento muy poco guiado, sin tutelas académicas. Los volúmenes de Foucault me seducen pronto, una epifanía que padezco gracias a alguien que antes mencionaba sin citarlo: un estudiante mayor que yo, de mayor edad, y a quien entonces veo sabio y aventajado; un estudiante del que tomo ejemplo. Gracias a él y gracias a mis vicios periodísticos, a mis lecturas asilvestradas y extraacadémicas, me afranceso. Me refiero a revistas culturales ajenas al mundo universitario, pero a la vez cercanas a las tendencias y a las polémicas de la alta cultura de entonces, a la filosofía continental. Aludo, entre otras, a *Triunfo*, a *Ozono* y a *El Viejo Topo*.

Leer malamente, superficialmente, a Foucault en 1975 (con dieciséis años) me parece toda una experiencia: fascinante y problemática. Por entonces, aquello que me seduce no es el marxismo, sistema filosófico para el que yo no me veo dotado. Por ser una persona moderada y de formación morigerada, por esas fechas me atrae el pensamiento radical, sin saber muy bien qué y cómo es tal cosa. ¿Qué descubro con inocencia y torpeza o con intuición? Que el pensamiento de Foucault rompe el orden y lo previsible, rompe el orden de lo previsible. Y, por ello, seguiré leyendo a Foucault con diecinueve, con veinte años, etcétera. Imagínate qué puede entender un muchachito: poca cosa, pero lo poco que entiende ese joven sirve y fructifica.

Por cierto, de todas aquellas lecturas, recuerdo especialmente unos pasajes de Foucault que son paráfrasis o cita. Mi primera fascinación por Foucault me la provoca el texto que el filósofo francés escribe para *Las palabras y las cosas* citando a Jorge Luis Borges. Menciona una enciclopedia china, aquella enciclopedia china —probablemente apócrifa— a la que el narrador argentino alude en uno de sus cuentos. En la obra asiática, de entrada ordenada y racional, todo es puro desorden y por lo tanto no hay racionalidad alguna en lo que se muestra y presenta. ¿Una Enciclopedia desordenada, carente de sistema? Sin duda, es una genialidad de Borges y, cuando yo lo descubro, aprecio el homenaje paradójico y paródico que Foucault le tributa. Pongámonos en situación, repitiendo cosas ya dichas: yo descubro todo esto hacia 1975, con dieciséis años —insisto—, cosas que no sé si son saludables para mi formación o, quizá, para mi deformación.

¿Y fueron las lecturas de Foucault las que te impulsaron a la elección de tu tema de tesis?

Sí, radicalmente sí. Es decir, años después, la lectura completa y sistemática de *Vigilar y castigar* me fascinará y, por otro lado, me provocará estupor, inquietud,

rechazo. Por una parte, estoy aprendiendo las reglas de la Academia. Por otra parte, yo no quería, no quiero, abandonar mi capricho lector y mi indisciplina. Pero hay más: las primeras páginas de *Vigilar y castigar* son realmente repugnantes: estremecen. Y, sin embargo, de la repugnancia, del repudio que eso me genera, surge la motivación para leer bien, con detenimiento y a lo grande, a Foucault, sus obras mayores y los textos marginales o alimenticios.

Hablemos de tu tesis. Para dicha obra comenzaste investigando una gran cantidad de instituciones: desde prisiones hasta orfanatos. Te interesarás por la cuestión de los internos, de los excluidos de la sociedad, de los que estaban pagando alguna pena para la reinserción. Es decir, que encuentres en la Valencia del Ochocientos instituciones que podían ser leídas a partir de Foucault. ¿Cómo fuiste pensando el tema de investigación en torno a las cárceles y la beneficencia, los presos y los pobres en la España del siglo XIX, especialmente en Valencia?

Sí. Al tiempo que reflexiono sobre este objeto y en esta dirección, y al tiempo que me pregunto sobre esta complejidad, confirmo que distintas instituciones pueden servir para ejemplificar la exclusión, el estigma, la marginación. A la vez que pienso sobre todo eso, trabajo con mi amigo y compañero Anaclet Pons. Y eso será —y aún es— una bendición. No hay como compartir y departir. No hay como singularizarte y hermanarte. Por entonces y después, Anaclet y yo coincidimos en un mismo objeto de estudio: la burguesía (en concreto, los burgueses de la Valencia del siglo XIX). Ambos dedicamos y dedicaremos parte de nuestro tiempo a examinar, por un lado, los sectores bienestantes, los sectores acomodados de Valencia, de esa ciudad española de provincias, comercial, fabricante y agraria. Que yo estudie las instituciones de encierro y a la vez examine con Anaclet la sociedad

burguesa será muy beneficioso para mi propia tesis. El burgués y el presidiario son la antítesis, el negativo exacto, la parte y la contraparte.

Y, en ese sentido, Michel Foucault será un estímulo. Más aún, lo que es una cosa verdaderamente providencial será ponerme en contacto con un profesor argentino, Roberto Bergalli, exiliado a mediados de la década de 1970 y afincado en Barcelona, de cuya Universidad será profesor. Tras acabar mi tesis doctoral, Bergalli se mostrará muy interesado por lo que yo investigo y de hecho será quien publique mi tesis de doctorado: en Barcelona, en 1988. Hace ya un tiempo que murió Roberto Bergalli. Se van cumpliendo meses de ese fallecimiento y periódicamente se convocan actos en los que se recuerdan su persona y su figura intelectual.

Fue un académico de gran categoría, el estudioso que introdujo en el mundo hispánico el pensamiento de Foucault dedicado al control social, pero también la persona que nos habituó a la filosofía jurídica cercana a la escuela de Fráncfort. Digamos que, para un joven como yo, en aquel momento, en los años ochenta, todo ello era fascinante. Que yo pudiera beneficiarme de lo saberes de un profesor argentino con esa formación, con esa calidad intelectual, fue impagable. Su enseñanza me sobrepasaba ampliamente, sin desmerecer a mis profesores, a esos docentes que me habían impartido lección durante la carrera.

¿Quién te había dirigido la tesis doctoral en la Universidad de Valencia?

Me la había dirigido Pedro Ruiz Torres, por entonces un joven y ya maduro profesor, prestigioso entre quienes habíamos sido sus alumnos y bien conocido entre las nuevas generaciones de historiadores. Pedro Ruiz será más adelante rector de la Universidad de Valencia. Por entonces, cuando aceptó dirigir mi tesis doctoral, es profesor titular y luego, poco tiempo después, catedrático de Historia

Contemporánea. Era entonces —y sigue siendo ahora— una persona de amplio espectro, de afanes variados, de sensibilidad abierta. En aquel momento, Ruiz Torres no se siente muy cercano a Michel Foucault ni a la *French Theory*, pero más adelante sí que mostrará todo su interés hacia este filósofo. En fin, mientras me dirige la tesis, tendrá mucha paciencia conmigo: me deja hacer, me deja investigar libremente y me deja nutrirme con referentes intelectuales diversos y heterodoxos (vamos a decirlo así). Yo le estoy muy agradecido por la confianza que siempre ha depositado en mí.

¿Y cómo llegaste a los archivos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, un espacio inmejorable para aprender a investigar?

En efecto, para Anacleto Pons y para mí fue decisivo frecuentar aquel archivo, un lugar en donde parecían estar alojados y aún vivos el pasado, los personajes y los documentos de ese pasado. Estoy hablando de Valencia, estoy hablando de 1980. Acudir a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, adentrándonos en un espacio físico de otros tiempos —con la sede fundada en el siglo XVIII—, era como regresar por una grieta a un lugar pretérito y todavía vigente.

Insisto: estoy hablando de diciembre del año 1980; estoy hablando de un palacio de altísimos techos, con el mobiliario, tapices, óleos nobles, de otra época. El frío ambiental, el entorno, la circunstancia y la pompa nos impresionaban causándonos efectos fantásticos. Creíamos remontarnos al siglo XVIII, al siglo XIX, mientras nos congelábamos, nos resfriábamos, con esa sensación tan desconcertante y placentera: la grieta o la máquina del tiempo nos trasladaba a una circunstancia que no era la nuestra.

Y todas esas visitas al archivo coinciden con una circunstancia particularmente crítica de la realidad española de ese momento.

A la altura de 1980, en España hay un conflicto político, grave, irresuelto: la persistencia de un franquismo residual entre los militares, la peligrosa nostalgia del pasado. En unos meses, esa oposición al régimen democrático derivará en un intento de golpe de Estado. Había habido otros: asonadas castrenses que se habían frustrado o pronunciamientos que felizmente no se habían consumado. Por esas fechas hay un ruido de sables permanente y muchos ciudadanos vivimos con angustia y ambivalencia nuestra propia expectativa.

La circunstancia, en efecto, es crítica, aunque por entonces no siempre somos enteramente conscientes de la extrema gravedad de lo que se está librando. Desde 1978, en España hay una Constitución democrática, pero las violencias que practica el terrorismo etarra y las intentonas golpistas se suceden con dolorosa frecuencia a comienzos de los ochenta. ¿Qué hacer? En ese momento, como ciudadanos, estamos a merced de fuerzas cuyo poder real ignoramos, con la consiguiente impotencia que eso te hace sentir. Somos lectores diarios de prensa, incluso voraces consumidores de papel impreso, nos informamos y, como jóvenes que somos por esas fechas, estamos esperanzados con la democracia y, a la vez, atemorizados ante un posible golpe. ¿Qué tiene que ver esto con estudiar el pasado? Ir al archivo es de algún modo abandonar un presente incierto. No quiero decir con esto que huyéramos, que practicáramos expresamente una suerte de escapismo. Pero acudir a la Sociedad Económica lo vivimos como un alivio. Investigar sobre lo pretérito nos hace abandonar lo inmediato, lo ordinario. Nos adentramos en un mundo igualmente convulso, el del Ochocientos: también con asonadas, con pronunciamientos, con golpes de Estado. Pero, a la vez, con la pesquisa archivística ingresamos en una sociedad liberal que crece y se transforma, que supera resistencias, que crea espacios de intercambio, espacios mercantiles, que activa el

comercio, que implanta el constitucionalismo, que desarrolla el fomento, las mejoras materiales, el provecho privado y público.

Era muy placentero, aunque pueda parecer lo contrario, acudir cada tarde a la Real Sociedad Económica de Amigos del País para permanecer ahí varias horas: investigando, consultando, leyendo documentos del siglo XVIII y XIX... con esa sensación de que escapamos temporalmente de nuestro presente.

¿Cuánto tiempo estuvieron trabajando en esos archivos?

Pues, como mínimo, estuvimos ahí cuatro o cinco meses seguidos, cada tarde, tres o cuatro horas, apurando hasta el final. En general, cada vez que he acudido a un archivo (y he acudido a no pocos) ha sido para pasar allí muchos meses seguidos y eso me provoca la impresión de que efectivamente ingresas en otro mundo, en ese pasado en el que los antecesores hacían las cosas de otra manera. Te evaporas del mundo presente, te escapas de tus circunstancias más banales. Pero no es solo escapar. Luego hay que volver al mundo sublunar. Si uno de verdad se fuera al siglo XVIII o XIX sin regresar a su circunstancia actual, estaría aquejado de puro delirio. No era nuestro caso. Las premuras del presente te devolvían a la realidad.

La lectura de un documento ya de por sí te lleva al pasado. Es esa una sensación única y muy característica en nuestro trabajo, la de poder transportarse a un momento determinado y poder espiar la vida de otro apenas un instante, un instante casi detenido en el tiempo. Eso es maravilloso.

Sí, sí... Yo tuve esa sensación también en otros centros de documentación. Por ejemplo, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Cuando husmeaba entre los índices y catálogos de la sección Estado, pongamos por caso, y pedía un expediente del Setecientos. Pero, de repente, esa promesa de felicidad se quebraba algunas veces. No era raro que el funcionario te mostrara su resistencia, su renuencia. ¿Otro legajo?, te decía. ¿Ya quiere usted otro legajo?, protestaba. Alguno de esos empleados públicos acabó espetándome: es que no saben investigar.

Es cierto, es muy común que se enojen en los archivos.

No quiero generalizar, por supuesto, pero siempre tropezabas con algún empleado ya machucho y perezoso que se mofaba de tu insultante juventud. Servirte el legajo solicitado era una parte de su trabajo. Al final, aunque fuera a regañadientes, te lo traía. Normalmente si ese legajo databa del XVIII era probable que estuviera recubierto con polvo o suciedad del Setecientos y de los siglos siguientes. Recuerdo un día. Encarna García Monerris y yo estábamos en el Archivo Histórico Nacional. Mi compañera y amiga había solicitado un legajo. Cuando el empleado se lo trajo, Encarna pidió al funcionario con toda cortesía y humildad si, por favor, podía pasarle un plumero o un trapito, algo en fin que le quitara esa pátina de siglos. Recuerdo sus aspavientos y protestas, los del empleado público. El señor se molestó por creer que lo considerábamos nuestro siervo. No sé qué nos dio ese día, si un ataque de alergia o de risa. Es igual: era fascinante pasar el dedito por la tapa del legajo y abrirlo para descubrir y leer un documento que desde hacía dos siglos nadie había visto. O sí, quién sabe.

¿Cuál era tu relación en esos primeros años con las herramientas del oficio del historiador? ¿Te conectabas con el trabajo de archivo?

En principio, lo que yo creía hacer cuando investigaba en el archivo era una historia social o una historia sociocultural. Supongo que se la podía definir o etiquetar así. Por supuesto, como ya dije, la influencia de Michel Foucault me motivaba, me guiaba, me estimulaba. Pero también reconozco entonces y ahora otra influencia igualmente contemporánea y, quizá, más influyente. Al menos para mí: Umberto Eco. Por esas fechas, hacia 1980 o 1981, yo aún no había leído *Il nome della rosa* (1980), que se tradujo algo después [*El nombre de la rosa*, 1982]. Pero sí que había leído numerosos y enjundiosos ensayos de Umberto Eco, ensayos de tipo académico. Tenían y siguen teniendo una particularidad: a pesar de haberlos escrito un sabio de la Academia (o tal vez por ello), dichos trabajos tenían una prosa ágil y jovial. Claro, Umberto Eco tenía una gracia que a mí me fascinaba. Fijémonos que su especialidad era la semiótica, una materia abstrusa, difícil, en la que sus oficinantes tienden a la jerga académica. Sin embargo, Eco abordaba su materia con profundidad y cercanía, con una proximidad y una cortesía hacia el lector, que a mí me asombraba. La semiótica es una disciplina ardua y, sin embargo, Umberto Eco la hacía accesible.

¿Para qué me podía servir la semiótica? Hacia 1981, yo era un historiador incipiente. Eso sí, era un joven que siempre había estado interesado por la comunicación. Precisamente, los ensayos de Umberto Eco me ayudaron y me siguen ayudando para entender los procesos de la comunicación, el funcionamiento del discurso, la operatividad del signo. Por lo tanto, la semiótica de Eco me servía y aún me sirve para pensar lo escrito y lo dicho en contexto, lo no escrito o lo no dicho en su circunstancia. Me servía y aún me sirve para interrogarme por el emisor y el receptor de los mensajes de la comunicación, para examinar el medio, el canal y los sentidos congruentes o no, que productores y destinatarios dan a esos mensajes.

Eco me hizo pensar en el abismo que se abre entre el autor y el lector, entre el emisor y el destinatario, cada uno de ellos atados a contextos distintos y con referencias o enciclopedias distintas, en ocasiones separadas por siglos. A mí me parecía imperdonable que los historiadores no estudiaran semiótica y este tipo de materias que, aunque no eran ciencias auxiliares de la historia, eran útiles para ampliar el conocimiento y la observación, para mejorar y definir mucho mejor las técnicas y habilidades del historiador.

Enumero, pues, algunas de mis influencias de entonces: la semiótica de Eco, la filosofía de Foucault. Lo que yo estaba buscando en esa época, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, era algo más que la historia, que la historiografía. Puede sonar pedante, pero sobre todo quiero que suene sincero (porque lo es): lo que quería era dotarme de saberes varios, multiplicar mis fuentes de conocimiento. Por ello y por curiosidad, me interesaban y todavía me interesan, claro, la filosofía, la literatura, el periodismo, la ciencia. Me negaba a reducir exclusivamente mis lecturas a los libros de historia, prescritos por la academia. No podía limitar mi formación a volúmenes escritos por historiadores, por importantes o relevantes que fueran. Es por eso por lo que me recuerdo leyendo frecuentemente libros, volúmenes que no siempre mis compañeros leían. Esas lecturas me servían para trastornarme, en el buen y en el mal sentido de la palabra: me sacaban de quicio, me obligaban a pensar al margen de lo que en nuestro gremio era lo académicamente correcto. Y esto lo hacía... a veces para bien o a veces para mal, insisto.

Te confesaré una cosa acerca de mi tesis de licenciatura. En dicho trabajo, yo estudiaba cierta ideología agrarista, el caso de un periódico comercial y agrario del siglo XIX, un periódico concebido y configurado como un instrumento de combate doctrinal. Será un diario importante para algunos burgueses relevantes en la esfera local, para la defensa de ciertos intereses burgueses y propietarios, en la Valencia del siglo XIX. Recuerdo que en esa tesis había una parte teórica, soporíferamente

teórica, dedicada a elucidar el concepto de ideología. Sobrepasaba las ciento cincuenta holandesas. ¿Cuál era su título? Rotulé esos capítulos de manera pomposa y pedante: "Breve *excursus* epistemológico". En esa parte hablaba de ideología, de método, de discurso, con una soltura que yo no tenía (apenas sobrepasaba los veintidós años). Estaba fuertemente influido por Foucault y por la semiótica, pero mis carencias eran escandalosas. Hoy no me atrevería a releer esas holandesas. De hacerlo, probablemente me espantaría. Aunque quizá también procuraría perdonarme, pues aquello era una muestra de inquietud, de búsqueda sin descanso, de un deseo voraz: ir más allá de lo obvio o lo canónico.

Recuerdo un ensayo de Lawrence Stone que se llama *El pasado y el presente* (1986) [*The Past and the Present*, 1981]. Allí sostenía que, si bien la historia necesita abrirse para interactuar con otras disciplinas, es indispensable que los historiadores aprendan a usar correctamente los conceptos elaborados por esas disciplinas. Y señalaba que los historiadores no deben utilizarlos de manera errónea. Quizás por eso resulta muy interesante el recorrido que fuiste transitando, nutriéndote de lecturas que parecían ajenas a la historia. Supongo que fue una práctica que nunca abandonaste.

Sí, así es. Me niego a encerrarme en lo académico. Tal vez pueda verse mi actitud como caprichosa. Pero la predisposición a leer y aprender otras cosas no se debe solo a la indisciplina o al capricho. En realidad, responde a la pregunta que siempre me hago: ¿por qué ceñirme a una lectura canónica cuando puedo disfrutar de sorpresas literarias de todo tipo, cuando esa variedad me induce a pensar de otro modo?

Dicho así puede parecer ampuloso o incluso diletante. Pero no lo es. O, al menos, no es solo indisciplina. Es la más estricta verdad. No siempre, pero sí siempre que he podido, evito los planes de lectura. Y eso me ha llevado a momentos

en que no sé lo que voy a leer dentro de una semana. Es una gran ventaja. La sorpresa y el descubrimiento te activan y te fertilizan.

Me comporto así, pero no todo el tiempo, claro. Soy también una persona que cuando tiene que ser ordenada es ordenada. Soy un tipo que, cuando tuve que hacer la tesis, supe ceñirme o contenerme. Leía ordenadamente mis libros y mis documentos para dar sentido a la tesis. Ahora bien, cuando no estoy investigando de una manera expresa o académica sobre un tema concreto y determinado, mi plan lector se basa en el capricho o la intuición. Por ello, a estas alturas, por ejemplo, no sé qué voy a leer la semana que viene. Y eso es lo mejor de mi vida como lector: la sorpresa de descubrir algo que no estaba previsto.

Pero esto, además, es un hallazgo inagotable. En un par de semanas, pongamos por caso, cae en mis manos un libro o un texto que no tenía previsto. Me deslumbra o me irrita. ¿Qué sucede entonces? Esa obra me trastoca y, justamente por ello, me obliga a repensar lo que había leído con anterioridad, lo que creía saber la semana anterior cuando descubrí este o aquel libro. ¿Esto es negativo o positivo? Tiene su lado negativo, que no es otra cosa que el desorden intelectual que introduce en tu vida, el caos al que te puede llevar. Pero tiene también su lado positivo, una ventaja. Como dijo André Gide en una entrada de su *Diario* (1963) [*Journal*, 1939]: “leo demasiado; todo eso fermenta”. O como yo preferiría decirlo: leo mucho; todo eso se mezcla, se fertiliza y se multiplica. Busco lecturas que me fertilicen, libros que creen entre sí una vecindad insólita. De entrada, esta obra no casa con esta otra, pero al final hay emparejamientos muy fértiles.

Salvando las distancias, y sin voluntad alguna de comparar, he visto que es la forma habitual de leer, de pensar, de investigar, que practica Carlo Ginzburg, al menos en las últimas décadas. En sus ensayos históricos pone en relación libros, textos y escrituras que en principio nada tienen que ver entre sí, pese a lo cual

encuentra o por morfología o por contenido un hilo conductor imprevisto, algo que une lecturas muy diversas.

A principios de los años ochenta, tras acabar mis estudios universitarios, recuerdo haber elaborado una lista de los libros, unas jerarquías de lecturas. En otros términos: los volúmenes imprescindibles que debía leer ordenadamente en los años siguientes. Me puse un plazo de un lustro. Por supuesto incumplí esos buenos propósitos o ese plan de contención. Lo mío siempre ha sido, más bien, un plan de evasión.

Como debe ser...

Pero, si elaboré aquella lista jerárquicamente ordenada, era porque tenía la impresión de que para ser un historiador serio debía trazarme o marcarme un itinerario previsible, unas lecturas. No sé si he conseguido ser eso, ser un historiador serio. Lo que sí me he tomado en serio es el descubrimiento que, como saben los científicos, muy frecuentemente es fruto de la chiripa (*serendipity*, *serendipia*), del hallazgo casual.

Una vez terminada, tu tesis fue editada bajo el título *Presos y pobres en la España del XIX* y casi de inmediato retomaste tus estudios sobre la ciudad de Valencia y los burgueses junto a Anacleto Pons.

Sí, así es. Permíteme aclarar este dato menudo. Anacleto y yo hacíamos nuestras respectivas tesis paralelamente. Él trabajaba sobre la propiedad, sobre la propiedad agraria, sobre la propiedad de la tierra principalmente. Y yo trabajaba sobre los presos y los pobres en la España del siglo XIX. Al tiempo que investigábamos sobre los temas que nos eran propios, ambos no dejábamos de

compartir empresas comunes. ¿La principal? Estudiar las formas de vida burguesa en el Ochocientos, sus formas de organización, su cultura. Cuando ya defendimos nuestras tesis (si no me equivoco en 1987 y 1988 respectivamente) es el momento que reemprendemos con mayores bríos esa empresa común, la de investigar con detalle el mundo burgués.

Anaclet y yo nos conocemos desde niños, desde los diez años, pero nuestra amistad se forja y se fortalece ya en la Facultad. Y es a finales de los ochenta, en efecto, cuando desarrollamos con ganas esa pesquisa sobre la burguesía. Lo que nos proponemos es averiguar sus maneras de estar en el mundo, sus protocolos de relación, sus hábitos, normas y valores. De lo que se trataba era de comparar lo que en Valencia descubríamos con otros casos y otros contextos. Para esas fechas, para finales de los ochenta, hay una potente historiografía europea que está desarrollando y culminando investigaciones sobre estos asuntos. Estoy pensando, por ejemplo, en Jürgen Kocka (que por entonces acaba de publicar un libro fundamental sobre las burguesías europeas del Ochocientos). Pero estoy pensando también en Adeline Daumard, una pionera, y en otros colegas italianos de enorme relieve: Raffaele Romanelli, Paolo Macry o Antonio Mario Banti.

De entrada, sin saberlo, nosotros estábamos haciendo algo parecido, a pequeña escala por supuesto, pero estábamos haciendo algo parecido a lo que estos colegas habían desarrollado. Nos sentíamos orgullosos de haber llegado a un punto clave de la investigación sin apenas contactos, sin la información abundante y los canales de que, hoy sí, disponemos.

En realidad, en aquella investigación y después, lo que nos motiva a adentrarnos en el pasado no es la búsqueda de lo que nos confirma o de aquello que nos corrobora. Es todo lo contrario: cuando aquello que estás investigando tiene cierto parecido con lo hoy ocurre, de pronto descubres las diferencias, descubres lo que nos distingue de nuestros antepasados.

La mejor manera que tengo de expresarlo es diciéndolo al modo de Robert Darnton, diciéndolo con Darnton en *La gran matanza de gatos* (1987) [*The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, 1984]. Lo parafraseo. Yo soy un norteamericano de nuestros días, tengo un gran aprecio y todo el respeto por los animales. Por tanto evito su maltrato. Éstas son mis convicciones y mis concepciones. Pues bien, un día, mientras investigo en los archivos franceses del Setecientos, de repente encuentro un episodio de maltrato animal, de una gran crueldad.

¿Por qué unos artesanos franceses del siglo XVIII provocaron en una calle de París una matanza de gatos? ¿Por qué, además, no sintieron culpa, ni pena, ni responsabilidad, ni remordimiento? Los vestigios documentales que quedan confirman eso. Es más, ¿por qué, tiempo después, esos trabajadores lo cuentan y lo relatan muertos de risa, con un sarcasmo que me resulta incomprensible? No lo entiendo, admite Robert Darnton. Justamente, ese sintagma (“No lo entiendo”) es el punto de partida, señala el historiador norteamericano. Es el punto de arranque. Esto es: ir al pasado para confirmar lo que ya sabemos de antemano no rinde beneficio alguno. Hay que desplazarse vicariamente al pasado para sentirnos ajenos, diferentes y para efectivamente comprobar que el pasado es un país extraño, un sitio donde las cosas se hacen de otra manera, un lugar en que se conducen con otras ideas. Creo que, al investigar a la burguesía del Ochocientos, nos guía esa idea o, mejor, queremos dejarnos llevar por esa impresión o sentimiento. De acuerdo, sí, son nuestros antecesores, podemos decirnos. Nos parecemos mucho a ellos, compartimos también con esos antepasados ideas o valores. Pero hay un mundo que nos distancia, un abismo espacio-temporal, y hay una forma de ver la vida que no es coincidente y en algunas cosas es totalmente distinta. ¿Entonces cómo afrontar la diferencia? Ser conscientes de ello nos obliga a examinar la complejidad, nos obliga a abrirnos mental y culturalmente.

Creo que eso es fundamental y siempre se lo he dicho a mis alumnos: no os quedéis con lo que creéis que sabéis, no busquéis en el pasado lo que os corrobora. Haced todo lo contrario: buscad las diferencias y siempre hallaréis algo que os obligará a moveros y a distanciaros de nuestro presente, de nuestra época, de las presuntas evidencias del sentido común.

En 1992 aparece el libro *La ciudad extensa*. Ambos comparten la autoría, y en dicha obra aparte de estudiar el ensanche de la ciudad de Valencia en la segunda mitad del siglo XIX, exploran la atmósfera y la cultura burguesa de la ciudad en una clave similar a *Viena fin de siècle: política y cultura* (2011) [*Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture*, 1979], de Carl E. Schorske.

Ojalá sea así. Al menos nuestra aspiración tiene esa meta. En aquel momento, dicho libro es para nosotros muy explícito, como también lo es, por ejemplo, *Francia, fin de siglo* (1989) [*France, Fin de Siecle*, 1986] de Eugen Weber; estamos hablando de libros de los años ochenta. Son obras distintas, pero en las que los autores, desde la perspectiva de la historia urbana y social, tratan de reconstruir formas de vida, relación y habitación que habían sido características de esa Europa del Ochocientos.

En nuestro caso, esos referentes nos obligaban entonces a plantearnos una cuestión. Para la historiografía local o europea, la España decimonónica solía aparecer generalmente como una cosa extraña, no equiparable a Francia, Inglaterra o Italia, solía aparecer como una anomalía o una malformación. ¿Es cierto? No es precisamente así a poco que se investigue sin anteojeras, sin prejuicios.

Fue en los ochenta cuando descubrimos esa evidencia, una cosa que hoy puede parecer evidente, pero que en esa época no era así. La historiografía española y la historia española estaban muy influenciadas lamentablemente por el triste

devenir del siglo XX, por el penúltimo episodio de la historia contemporánea, el franquismo. La dictadura del general Franco tiñe, distorsiona y deforma lo ocurrido en la España del siglo XIX. La lógica es ésta: si en el XX el país ha padecido una guerra civil o una dictadura, eso de entrada significa que la España del Ochocientos por fuerza debía de ser un país anómalo, deforme, escasamente desarrollado, sin formas de vida equiparables a las de Inglaterra, Francia, Italia o Alemania. Pensémoslo un instante: nuestros antepasados del siglo XIX no conocían ni percibían el mundo y las violencias como nosotros. Entonces debemos quitarnos de encima el lastre, el peso de esa historia fatal y reciente. Creo que era y sigue siendo bueno quitarse esa preconcepción. De ese modo podremos investigar y decir algo nuevo y documentado sobre el mundo burgués, sobre el Ochocientos español, que no era muy distinto de lo que podemos hallar entre las burguesías de otros países de Europa. Sencillamente sus modos de vida son equiparables.

Fijémonos: los burgueses valencianos del XIX son muy viajeros (de hecho, eso lo investigamos más y con más profundidad en algún otro libro posterior y reciente). Algunos de ellos son europeos que podemos hallar en Londres, en París, que se desplazan a la Exposición Universal de 1851 para mostrar sus manufacturas y hallazgos. Están al día de las innovaciones, las incorporan, por ejemplo, a través de ese círculo de información e influencia que es la Sociedad Económica de Amigos del País. Las incorporan también a través de las publicaciones. Eso nos hace pensar, nos hace revivir de otro modo el pasado español y el pasado valenciano, que no eran tan desastrosos. El auténticamente destrozo es la Guerra Civil del siglo XX y, por supuesto, la dictadura franquista. Pero nuestros antepasados del Ochocientos no son conscientes de eso —no pueden serlo, por supuesto—, razón por la cual deben ser estudiados en su contexto. Esa evidencia, de puro sentido común, es lo que más nos motivó.

En mis años de estudiante en la Argentina, en la década de 1980, aún se discutían las ideas de Claudio Sánchez Albornoz acerca de la inexistencia de una España feudal según el modelo francés del vasallaje. En esa España no feudalizada, aunque podían reconocerse algunas instituciones típicas del régimen feudal durante la Edad Media, no se habría dado el régimen señorial.

Sí, es curioso. Una de las discusiones historiográficas más importantes de la España del siglo XX es la que enfrenta a Claudio Sánchez Albornoz, a Américo Castro, etcétera, a propósito de la existencia o inexistencia del feudalismo en la España medieval, a propósito de la presunta o real anomalía peninsular. A esa discusión historiográfica se une otra polémica política más castiza, heredera de las reflexiones de José Ortega y Gasset. Es una controversia más metafísica o evanescente, si se quiere, que se da durante el franquismo, durante el primer franquismo: la de si España es un problema histórico o la de si España carece de problema especial. Es una polémica que reúne a Pedro Laín o a Rafael Calvo Serer, entre otros. Y es una controversia que gira implícitamente sobre la excepción y la desgracia que suponen la Guerra Civil y la dictadura.

Cuando yo accedo a la Universidad y estudio los primeros cursos en la segunda mitad de los setenta, ya muerto Franco, estos debates se nos antojan lejanos y hasta extraños. La historiografía más renovadora, la que entonces nos enseñan nuestros profesores, se plantea otros asuntos. Singularmente, el tema predominante en las aulas de mi Facultad es la polémica en torno a la transición del feudalismo al capitalismo, que había enfrentado desde los años cuarenta a Paul Sweezy, a Maurice Dobb, etcétera. Es, por supuesto, una polémica de índole marxista y ya antigua para cuando nosotros tenemos noticia de ella.

Recuerdo que para pensar sobre esa transición, para plantearnos dicho debate, siempre partíamos del capítulo XXIV del tomo primero de *El capital*, de Karl Marx (1975) [*Das Kapital*, 1867].

Me refiero a esa parte en la que el filósofo de Tréveris analiza la acumulación originaria o primitiva de capital. Desde los años cuarenta, ya digo, se había ido desarrollando una discusión internacional sobre el paso del feudalismo al capitalismo. Nuestros profesores nos enseñaban que en Valencia, en España, había habido un régimen feudal, nos enseñaban que había habido un régimen señorial y que se había dado una transición equiparable a la del resto de los países europeos. Precisamente, una de las discusiones historiográficas españolas de los setenta y primeros ochenta trata de la revolución liberal. Trata de si en el Ochocientos ha habido o no una revolución auténticamente burguesa. Revolución burguesa es una fórmula que viene directamente de Marx y, por supuesto, dividirá en la Universidad de aquellos años a quienes se sentían próximos a Marx y quienes estaban alejados de ese universo conceptual. En el fondo, más allá de Marx y de la revolución burguesa, en la carrera aprendimos algo importante. El caso español no es una anomalía, no es muy diferente a lo sucedido en los distintos países de Europa. Por tanto, en España ha habido un régimen señorial y feudal, una conclusión que contradice en otros términos lo que había sostenido Claudio Sánchez Albornoz. Por lo tanto, más allá de la España medieval, en la época contemporánea se habría producido una revolución, con todos los obstáculos y todas las dificultades.

Recuerdo a un profesor que nos decía algo muy gráfico. Ustedes creen que para que podamos hablar de revolución, decía, debe haber sangre, violencia, tal como se produjo en Francia. Por favor, revisen la historia española y verán si aquí hubo sangre y violencia, si aquí hubo o no hubo revolución. Al margen de la sangre y la violencia, la clave de esas discusiones era si nuestro caso era o no una anomalía, si el Ochocientos español era o no una deformidad.

Para quienes somos jóvenes estudiantes o graduados a principios de los ochenta, jóvenes que viven en un régimen democrático, que te describan tu país en

términos de anomalía, de deformidad, es algo decepcionante. Sabemos que ha habido una dictadura horrenda, bajo la cual en parte hemos vivido, sabemos que dicho régimen ha estado precedido por una Guerra Civil sangrienta... ¿Pero y la historia anterior? ¿Qué sabemos entonces de la España liberal, de la España del Setecientos, del Ochocientos? Ponernos a investigar, a adentrarnos en los archivos y a descubrir cosas fueron tareas que nos llevaban a conclusiones liberadoras y a la vez problemáticas. No hay un modelo del que el caso español sea ejemplo o anomalía. Hay que precisar y documentarse. Hay que comparar abandonando todo prejuicio.

O sea que terminaron demostrando que España era parte de Europa.

Sí. En parte acabamos descubriendo el Mediterráneo o demostrando lo evidente. Es obvia la conclusión: España es una de las vías del caso europeo. Llegar a dicha conclusión no parece gran cosa, pero en su momento resulta liberador: y eso, además, coincide con el ingreso de España en las instituciones continentales, en aquello que acabará siendo la Unión Europea. Teníamos que quitarnos un lastre, la excepcionalidad. Podíamos quitarnos ese baldón de la historia española.

Segundo encuentro, mayo de 2021: viaje al “colegio invisible”

¿Cómo nació el proyecto de escribir *La historia cultural* (2005) con Anacleto Pons?

Creo que puedo hablar en nombre de ambos, no solo por mí. Creo, en efecto, que también puedo glosar lo que Anacleto podría indicar. Dicho rápidamente: ambos sentimos entonces y ahora un modesto orgullo por ser los autores de ese libro.

Podría adornar el origen de dicho volumen diciendo en este momento que concebir y escribir esa obra fue solo una idea nuestra, propia. Podría embellecer falsamente la cosa recreando el pasado. Entonces sería algo así como: Oye, ¿por qué no escribimos un ensayo de historia cultural? No se le ha ocurrido a nadie. Si lo logramos, sería útil para públicos diversos, de modo que quien lo leyera podría hacerse una idea acabada y completa, o por lo menos aproximada, de lo que es esta disciplina.

Pero no, la cosa no anduvo así.

La historia cultural es un encargo. Resultó algo externo y gozoso... y a la vez interesante. Literalmente: fue un encargo editorial, en este caso gracias a Elena Hernández Sandoica, colega nuestra, una gran investigadora que en aquel momento dirigía la colección de Historia de Akal.

Elena pensó en Anaclet para desarrollar esa propuesta. Pero qué quieres: Anaclet y yo hemos compartido tantas cosas, que resulta difícil pensar separadamente... A la postre, por hache o por be, yo también me vi complicado y comprometido: no era la primera vez ni sería la última que ambos habíamos trabajado y trabajaríamos juntos. En todo caso, el resultado debía ser justamente eso: concebir un ensayo de historia cultural que fuera útil para públicos diversos, de modo que esos públicos pudieran hacerse una idea acabada y completa, o por lo menos aproximada, de lo que es esta rama del conocimiento.

En principio no nos pedían una síntesis o un manual, algo que no nos atraía. Más bien, nos producía desinterés o reparo. A ver: sin duda, si nos sometemos a dicha disciplina, podríamos haber escrito un volumen de esas características. Pero, de verdad, no nos habría entusiasmado. Felizmente no nos pedían algo así.

No sé: nos dejaron entera libertad para desarrollar la propuesta. Creo que lo tuvimos muy claro desde el principio: escribiremos un ensayo, sí, género por el que ambos sentimos una predilección especial. No sé si ahora puedo reproducir la alegría que nos provocaba el encargo. Podemos imaginarlo o recrearlo: con cuarenta y tantos años, dos historiadores —aún jóvenes— se ponen manos a la obra para buscar, sintetizar, compartir y difundir conocimientos. Se trata de la historia cultural. Se trata de definir y delimitar la materia más innovadora de la disciplina, al menos por entonces, y se trata de hacerlo, por otro lado, bajo la forma del ensayo.

Por supuesto, tal empeño no solo nos obliga a leer o releer las obras fundamentales o los clásicos o las monografías más recientes de la materia. Nos obliga a algo más complejo. Desde el principio, Anaclet y yo tenemos claro que nuestra propuesta implica concebir una obra distinta, efectivamente distante del libro de texto, del manual.

¿Cómo lo pensamos, cómo lo configuramos y, a la postre, cómo sale? Debo decir que, para encontrar el modo, la meta y el hilo conductor, ambos pasamos

semanas de debate continuo. Estaremos, en efecto, discutiendo durante un mes, arriba o abajo. Hay que pensar, verbalizar, anotar, hablar... Y ello nos lleva a una dinámica apasionante. Nos vemos envueltos durante muchos días en una auténtica tormenta de ideas, en un *brainstorming*. O sea, estamos dando vueltas y más vueltas a una idea aún embrionaria, apenas esbozada, y a sus posibles desarrollos, precisamente porque no queremos escribir un manual.

La pregunta que entonces nos planteamos es más o menos ésta: ¿cómo dar forma y entidad a un ensayo de historia cultural cuando eso, la historia cultural, es la rama de la disciplina que más empuje y desarrollo tiene? Admitámoslo: en el caso de limitarse a enumerar y a presentar los clásicos y las actualidades del momento, nuestro libro queda obsoleto muy pronto. Qué sé yo: quizá transcurridos cinco años, el volumen es ya viejo, antiguo, ampliamente rebasado por el alud editorial que nos invade. Es por eso por lo que pensamos hacerlo de otro modo.

Nuestro libro —nos decimos entonces con mucho énfasis— no puede acabar siendo un catálogo razonado de novedades.

Antes al contrario, debemos identificar un itinerario diferente, un itinerario que hay que reconstruir y recorrer a un tiempo, un periplo historiográfico del que no sabemos su principio o fin. Tal propósito nos obliga a rastrear los temas, los autores, las monografías clásicas y las claves, ciertamente, pero bajo la forma del descubrimiento: debemos obrar casi como ignorantes, como si uno desconociera todo o prácticamente todo. Debemos tantear el objeto principal y los objetos anexos, buscando a sus protagonistas y delimitando sus espacios académicos: tendría que producir el mismo efecto que si nos adentráramos en un terreno en parte ignoto.

Tras un mes de discusiones, tras semanas de escrituras tentativas y ensayos, el planteamiento se irá aclarando. O lo iremos aclarando. En nuestro caso no se trata

de epifanía alguna. Es algo más lento, una averiguación laboriosa. Al final damos con la solución. Nos decimos: se trata de simular y realizar a la vez, un viaje, un viaje que nos lleve a distintos continentes, un viaje que nos lleve a visitar las sedes de diversas historiografías, un viaje que nos permita conocer y frecuentar a quienes son eso, historiadores culturales. Eso sí, debemos buscar aquello que los une y reúne, pero también aquello que los distingue o distancia; debemos buscar afinidades y diferencias, quizá la proximidad generacional, quizá ciertos referentes que les son comunes, pero que no necesariamente aprueban o desaprueban de igual manera.

Al referirlo ahora, en esta conversación, es como si estuviera reviviendo aquellas jornadas: nos proponíamos, nada menos, que la reconstrucción de un campo de la historia a partir de sus transferencias culturales y personales; nos proponíamos hallar el espacio —por pequeño que fuera— que compartían y aún comparten, sus lecturas y sus respectivas formaciones académicas y extraacadémicas; nos proponíamos hallar y leer o releer a los escritores o científicos sociales (sociólogos, antropólogos, literatos) que les han influido a lo largo de sus vidas y trayectorias respectivas. ¿Hay un espacio común? ¿Podemos hablar de Colegio Invisible en el que todos comparten referencias?

En el libro hay un viaje. Es un viaje historiográfico que une Europa y América para entender cómo surge ese Colegio Invisible al cual ustedes se refieren en el texto. Y hay también un viaje que va de la antropología a la historia con el fin de rastrear la idea de cultura. Para los historiadores, el concepto de cultura es extremadamente amplio y, a veces, difícil de controlar. Por ello, en algún punto se hace necesario remitirnos a la antropología para entenderlo. ¿Ustedes vieron ese anclaje con la antropología como algo natural, como un lugar imprescindible por el que comenzar?

Sí, por afinidades personales y profesionales comunes compartimos efectivamente referencias. La etnología nos atrae. En otros términos, ¿puede uno

acercarse a la historia de la cultura sin partir de los antropólogos? Ambos compartimos el mismo punto de vista desde el principio. Es imposible no tener en cuenta ese legado. Si no lo consideramos o lo obliteramos, padeceremos una ceguera absoluta. Eso nos decimos. Y más: si no salimos del campo estricto de la historia, estaremos incurriendo en un planteamiento literalmente erróneo. Es por esto por lo que recuerdo nuestro empeño: el primer capítulo del futuro volumen parte de la definición y la diferencia de cultura, de su concepto, frente al de naturaleza.

Es algo que hoy nos puede parecer muy evidente, pero que, para cuando nos lo planteamos, no todos los historiadores lo comparten: no todos los colegas están dispuestos a salir de su cerco o de su cerca. Para incorporar lectores variados al recorrido que queremos emprender, creo que ese paso es fundamental, ¿no? Es por eso por lo que optamos por basarnos principalmente y en principio en las aportaciones de Claude Lévi-Strauss, el antropólogo belga francófono que, digamos, ha desarrollado por entonces la reflexión más interesante, aquel que ha hecho una gran carrera. En aquellas fechas aún no ha fallecido y hasta ese momento ha desplegado una gran trayectoria en París. Su difusión internacional es inconmensurable y sus cavilaciones nos permiten partir de esa diferencia, la que hay entre naturaleza y cultura.

Es ésta una distinción que, por supuesto, no se la debemos solo a él. Pero en ese momento su planteamiento nos resulta dominante, predominante, sugerente: la naturaleza es lo universal y la cultura es lo local. ¿Qué pasa cuando hay ciertas reglas que son universales? A partir de esos supuestos y de esos criterios que nos vienen directamente de Lévi-Strauss también nos adentramos en la antropología anglosajona, especialmente la británica, y eso también nos obliga a considerar otros referentes, distintos.

En estos casos o siempre, la ventaja es leer lo que te obliga a pensar, a salir de ti, no solo aquello que te confirma. Qué maravilla salirse de lo obvio o de lo prescrito. Nos forzamos a cavilar de otro modo a partir de lo que otros han dicho o escrito.

En España, como historiadores, en el momento en que Anaclet y yo escribimos, somos jóvenes irrelevantes e irreverentes: irreverentes en el sentido de no seguir un currículum solo o necesariamente historiográfico. Nos proponemos sondear de manera disciplinada, a veces indisciplinada, y siempre interdisciplinaria, distintos saberes, entre ellos la antropología.

También se detuvieron en la sociología para lograr un acercamiento conceptual dinámico a la historia cultural, que es en sí misma, además, toda una mirada acerca de la historia.

Sí, en efecto. Tienes toda la razón. Por otra parte, la sociología era para mí algo muy directo, una cuestión del currículum docente. Me explicaré. Sin ir más lejos, cuando cursé el grado y cuando empecé a impartir clases, en aquel plan de estudios de Historia y concretamente de Historia Contemporánea, había una materia que era Sociología. Tras la licenciatura y una vez que me incorporé a la docencia universitaria, estuve durante años impartiendo esa materia. Una inmensa fortuna. Experimentaba una sensación muy gozosa. Yo, profesor de Historia, me veía dando clases de sociología, disciplina que me interesaba muchísimo y que, por supuesto, me sigue interesando. Eso me forzaba, y aún me obliga, a estar al día. O, mejor, a leer a los clásicos de la sociología.

Luego, en el siguiente plan de estudios, se le cambió el rótulo a aquella materia. Acabó llamándose Historia y teoría social. Nadie sabía muy bien a qué se refería, pero yo di por hecho que era sociología, ¿no? Digamos que esa asignatura

de nombre impreciso (Historia y teoría social) era una especie de sociología para historiadores, una materia para quienes entonces, a comienzos de los noventa, estudiaban Historia. Se trataba de familiarizar a los alumnos con los clásicos, con los clásicos indiscutibles de dicha disciplina. ¿Acaso eso significaba que la sociología debía servir de teoría para la práctica histórica? No. La sociología que yo impartía era una materia colateral, paralela. Servía para compartir problemas planteados con otro enfoque. Servía para formular determinadas cuestiones que nos son comunes. A los sociólogos e historiadores, quiero decir.

Hay ciertas cuestiones que, en efecto, no solo se las plantean los historiadores sino también los sociólogos, los antropólogos, los economistas, los geógrafos, etcétera. De ahí nos viene la necesidad de sondear campos diferentes, la sociología y la antropología entre otras materias. A la vez, cuando estábamos elaborando ese libro, yo particularmente leía con mucha furia y fervor a Sigmund Freud. Lo había leído anteriormente, pero en aquel momento también lo leía y lo releía. Además, había leído a Michel Foucault, según dije antes. Todo ello me activaba y trastornaba: en mí bullía una mezcla, una relación heteróclita, y creo que fructífera, de referentes muy diversos que había que encaminar en la dirección correcta, para la investigación y la reflexión.

Todo esto, después, de algún modo lo íbamos a encontrar en los historiadores más destacados de la historia cultural, es decir, en autores como Carlo Ginzburg, Peter Burke, Roger Chartier, Natalie Zemon Davis, etcétera, justamente los investigadores a los que leíamos, releíamos y sondeábamos para escribir nuestro libro sobre la historia cultural.

Son historiadores que, aparte de los clásicos de la historiografía, se han nutrido con esos otros autores, con esas otras referencias, para asimilarlos y para discutirlos: para discutir sus puntos de vista. Son historiadores que tienen todas esas

lecturas hechas desde hace décadas, lecturas que forman parte de su equipaje cultural.

¿Cómo fue la selección de los integrantes de ese Colegio Invisible? Es decir, tiene que haber varios nombres que no llegaron a ser incluidos pero que deben haber tenido en cuenta hasta decir...: “Bien, este es el Colegio con el que nos vamos a manejar”. Es evidente que hay una coherencia en el libro que se va consolidando a medida que pasamos las páginas, sobre todo por las intersecciones que se van generando entre las obras de los diferentes autores. Quizás podría haber sido más amplia esa selección también.

Sí. Podríamos haber ampliado el número de los historiadores que comparten más o menos afinidades, filiaciones, objetos y métodos. Ahora bien, desde el principio temíamos que nuestro libro pudiera convertirse en una enumeración. Temíamos que pudiera terminar convirtiéndose en un elenco de figuras y obras, en una relación prácticamente inacabable de títulos e historiadores. Con ello demostraríamos haber atesorado un saber enciclopédico, meramente enciclopédico. Hay en el mundo académico una tendencia hacia la ostentación del conocimiento, hacia el lucimiento bibliográfico. Esto, desde mi punto de vista, es reprehensible si resulta ornamental.

Por otro lado, esa posible ostentación de datos, de nombre y títulos, provoca un efecto contraproducente en los lectores, a quienes se les puede aturdir con unos saberes supuestamente oceánicos. Hay que evitar esto por todos los medios. Es por eso por lo que el subtexto de nuestra elección podría expresarse así...

Miren, distinguidos lectores, no queremos abrumarlos innecesariamente. Vamos a centrarnos en lo que hemos llamado el Colegio Invisible. Es una especie de academia sin lugar y sin nombre, pero virtualmente constituida por unos cuantos y relevantes investigadores que en distintos emplazamientos académicos y con diferentes formaciones académicas pertenecen a

una misma generación. Son personas nacidas entre 1939 y 1946. Vamos a ver qué es lo que han hecho y siguen haciendo y vamos a examinar qué tienen en común aparte del hecho de ser historiadores y ser coetáneos.

Por supuesto podríamos haber agregado muchos más, claro que sí. Pero lo sustantivo no es dicho elenco sino lo que los distingue, aquello que tienen en común. Para cuando nosotros emprendemos la redacción del libro, dichos historiadores tienen una relación personal, no solo académica. Hay incluso de lazos de amistad. Es más: por lo común, son investigadores que no se atan a un emplazamiento académico y que bien pronto son impenitentes viajeros. En los años sesenta, en los setenta, etcétera. Viajan, en efecto, con frecuencia de Europa a América, y de América a Europa, dependiendo de sus respectivos países. Y en esos desplazamientos físicos son portadores de transferencias culturales que ellos mismos han aprendido por su cosmopolitismo.

Hoy en día, esas transferencias, esa globalización, esos intercambios y esas mixturas nos parecen algo obvio. Estamos en el mundo terrenal, pero vivimos una parte de nuestro presente en la red y, por tanto, realizamos y recibimos numerosas transferencias culturales. Cuando escribimos este libro Internet existía, por supuesto, y nosotros nos manejábamos con mayor o menor soltura. De no haber existido la red, entonces no podríamos haber hecho exactamente el mismo libro o nos habría obligado a realizar muchos desplazamientos académicos, a emprender viajes a archivos y bibliotecas, a asistir a distintas conferencias y encuentros, a contactar con esos mismos historiadores en persona y en distintos continentes.

Internet nos revelaba el esfuerzo que dichos pioneros habían realizado materialmente, justo para tener y compartir esas transferencias. Habían salido del ensimismamiento, del encierro a que la mayoría tendemos por comodidad, esa reclusión confortable y académica en sus respectivas historiografías, que es el peligro

de todo nacionalismo cultural. Hay que darse cuenta de la gesta, aparentemente menor, pero decisiva: por ejemplo, Natalie Zemon Davis estudiando en fecha temprana la Francia moderna, etcétera.

Yo creo que, en principio, lo que más nos llamaba la atención eran sus relaciones, las que establecen personas que se conocen y que valoran sus respectivos trabajos y logros. Son, en efecto, personas que se guardan mutua estima, que comparten referentes culturales básicos, que han vivido también episodios históricos de una misma generación, que han madurado en una misma época... Creo que eso era fundamental. Voy a decirlo de otro modo. Esas personas llegan a la radio, al cine, a la televisión, a la cultura de masas, a la sociedad de posguerra y es en esos espacios culturales en donde maduran, y es en esos momentos y posteriormente cuando se forman, cuando desarrollan una carrera académica, que ya será destacable en los años sesenta. Y luego, claro, entrecruzarán saberes y prácticas en sus respectivas universidades y en centros académicos radicados principalmente en París y Princeton.

Es muy interesante la manera en que construyen la selección del Colegio Invisible a partir de un corte generacional que los distancia y diferencia de otros historiadores que habían desarrollado la idea de “la historia desde abajo”, es decir, la historia de los sectores populares como algunos marxistas británicos: Thompson, Williams o Hobsbawm...

Claro. Si no me equivoco, Eric J. Hobsbawm nace en 1917 en los dominios del Imperio británico en el seno de una familia judía. Lo cuenta admirablemente en *Años interesantes* (2003) [*Interesting Times*, 2002], su autobiografía. Es decir, Hobsbawm es hijo de la Gran Guerra y de sus consecuencias, carga con la revolución, carga con el siglo y carga y se deja seducir por el bolchevismo. Por ejemplo, nacer muchos años después te hace contemporáneo de John Lennon, y por

lo tanto te incorporas al mundo de la segunda posguerra y empiezas a vivir los cambios, las grandes convulsiones, de la cultura de masas. A mi juicio, eso es determinante. Por supuesto, eso no significa que los historiadores del Colegio Invisible no tengan en cuenta a sus mayores, a E. P. Thompson, a Eric J. Hobsbawm, al igual que tienen en cuenta a esa generación gloriosa que capitanea Marc Bloch en Francia. Digo Bloch e inmediatamente pienso en su libro *Los reyes taumaturgos* (1988), del año 1924 [*Les Rois thaumaturges*, 1924]. En muchos sentidos, es un libro esencial, una referencia indiscutible para quienes han desarrollado después los mejores ejemplos y obras de historia cultural. ¿Por qué razón? Podría extenderme, pero creo que no hará falta. Ese libro es historia política e historia de las mentalidades, es historia de las creencias, de las expectativas, de las supersticiones, de las prácticas sociales, del poder, de la psique humana. Podría seguir, pero mejor me detengo aquí.

Y Natalie Zemon Davis podríamos verla como un nexo entre la generación de E. P. Thompson y la de Carlo Ginzburg. Entre otras cosas, porque es un poco mayor que el resto del grupo que forma el Colegio Invisible...

Sí, sí. Anacleto Pons y yo traducimos un libro-entrevista titulado en su edición española como *Pasión por la historia* (2006) [*L'histoire tout feu tout flamme. Entretiens avec Denis Crouzet*, 2004]. Se trata de una entrevista de la historiadora con Denis Crouzet. Allí detalla algunos de sus avatares personales, y precisa cómo influyeron en sus elecciones históricas e historiográficas.

Nace en Detroit (Texas) en 1928 en el seno de una acomodada familia judía. En ese volumen cuenta cómo y por qué se interesa bien pronto sobre el pasado de quienes carecen de historia, de aquellos de los que no se ha escrito o de los que

apenas hay registro documental. En su infancia y en su juventud experimenta cierto sentimiento de desajuste: ella misma se vive, en parte, como una desplazada, con un pasado inestable. Su ascendencia judía, de origen europeo, la coloca en una posición de cierto desarraigo: más acusada, si tenemos en cuenta que sus propios abuelos apenas hablan de sus antiguos lugares de pertenencia, rusos y polacos. Más adelante, ya como estudiante del Smith College, Natalie Zemon comienza a tomar conciencia y a interesarse por el marxismo y por la discriminación racial. A los diecinueve años conocerá a Chandler Davis, con quien se casará, vivirá y padecerá la época del macartismo. Ambos tendrán que abandonar los Estados Unidos: se les ve o temen ser vistos como peligrosos izquierdistas. Canadá será en parte tierra de promisión. Y bien pronto Natalie Zemon Davis empezará a interesarse por Francia.

No puedo extenderme, pero el caso de esta historiadora es ejemplar. Es un elemento especial de este grupo, el de nuestro Colegio Invisible. Es una mujer que, por un lado, debe hacerse valer en un mundo predominantemente masculino. Es una investigadora que, por otro, debe aclimatarse a una cultura diferente, la francesa, para lo que emprende un rastreo de su pasado, el francés. Y, además, lo hace desde la perspectiva de género, cosa que le obliga a cambiar y adaptar muchos aspectos que parecen incuestionables.

Es muy importante todo lo escrito por Zemon Davis. Pero su libro más conocido, *El regreso de Martin Guerre* (2013) [*Le retour de Martin Guerre*, 1982], es un compendio de su mejor hacer, de sus mejores procedimientos. Es el volumen más célebre, ya digo, pero no necesariamente es el más denso. Con toda probabilidad, la saludable ligereza del libro ayuda a amar esa escritura y a interesarnos por un caso remoto que no parece concernirnos. Sin duda, fue y aún es una aportación novedosa a la investigación histórica. Las preguntas que hay en esa monografía a propósito de las mujeres y los varones, a propósito de la identidad y sus mudas, a propósito de la cultura y sus representaciones. Estos temas son cuestiones bien actuales. Éstos y

otros más que podría mencionar los comparten los historiadores del Colegio Invisible.

Y en la medida en que en algún momento de sus carreras todos escriben sobre la historia y la cultura francesas, eso hace que la figura de Michel Foucault se haga presente, directa o indirectamente, en sus obras...

Claro, la obra de Michel Foucault va a ser inevitable para bien o mal. Va a ser inevitable entre estos historiadores: para aceptar algunos de sus planteamientos, para discutirlos o para rechazarlos. Más en general, lo que en su momento se llamó el estructuralismo fue una corriente de las ciencias sociales que los historiadores más adelantados no podían ignorar. Claude Lévi-Strauss será el padre putativo, el representante máximo del estructuralismo. Quizá convenga discutir o dudar acerca de la posición de Foucault, si su obra es característica de esta corriente o, por el contrario, está en sus márgenes. Lévi-Strauss señala que lo importante de la existencia humana no es necesariamente lo que cambia, aquello cuya transformación los historiadores perciben. Lo relevante son las reglas de una estructura que rigen el comportamiento de las colectividades. Es más, como señala en algún pasaje de *Tristes trópicos* (1970) [*Tristes trapiques*, 1955], aquello que llamamos libertad o libre arbitrio no es más una regla a la que obedecemos y que aún no conocemos. Si la historia no es necesariamente aquello que cambia de manera rápida y visible, entonces a esa concepción está próximo Fernand Braudel, el historiador de la larga duración, de las permanencias milenarias. Braudel precisamente considera el cambio rápido y visible como la espuma del oleaje. La metáfora del océano le sirve para insistir en que lo relevante está sumergido y es aquello que permanece, las persistencias, formas humanas que tardan siglos o milenios en cambiar o que incluso no cambian.

El caso de Foucault tiene otras dimensiones que van más allá del estructuralismo. ¿Qué interesa en su obra? Lo atractivo y discutible en este filósofo son sus maneras de historiador, las prácticas y los procedimientos. A pesar de ser eso, un filósofo, un estudioso de las grandes corrientes de pensamiento, Foucault estudia fenómenos marginales, ajenos a la tradición académica y al discurso habitual de sus colegas: desde la locura y la clínica hasta la cárcel y las instituciones disciplinarias, pasando por la sexualidad y el poder.

Adopta lo que parece una perspectiva histórica y por ello lo vemos obrar y expresarse como un historiador, dando muchísimo relieve al archivo, entendido como recinto real. Pero, atención, también como metáfora. Michel Foucault no es exactamente un historiador, pero se asemeja a un historiador y eso mismo obliga a los historiadores a pronunciarse, a los mismos historiadores del Colegio Invisible. *Las palabras y las cosas* se publica en 1966, el año estructural en palabras de François Dosse. *Vigilar y castigar* es del año 1976.

Para esas fechas, estos historiadores culturales ya son investigadores maduros y reconocidos. Inevitablemente deben discutir lo dicho por Foucault. Ambas obras, por limitarnos solo a estas dos, impactan en la sociedad y cultura francesas. Impactan también en occidente, introduciendo elementos o planteamientos nuevos que a los historiadores nos interpelan. Podemos imaginar a Carlo Ginzburg, a Roger Chartier, etcétera. La provocación foucaultiana les obliga a pronunciarse, en efecto, y a aceptar o rechazar sus procedimientos y las consecuencias que de ello se derivan.

Los estructuralistas obligan a abandonar el humanismo encarnado en la obra de Jean-Paul Sartre, en cuyo núcleo están la libertad y la responsabilidad como cargas humanas. Obligan a abandonar la pregunta básica y angustiosa acerca de la moral. ¿De qué moral podemos hablar si en el fondo nuestro comportamiento está regido por reglas que en buena medida ignoramos?

Carlo Ginzburg, por ejemplo, se distancia completamente de estos supuestos. En concreto repudia de manera total y absoluta los procedimientos de Foucault, al que acusará de neoescéptico o nihilista. Eso mismo puede apreciarse en el prefacio de su libro más conocido, *El queso y los gusanos* (1998). Cuando se publica originariamente en 1976 [*Il formaggio e i vermi*, 1976], en ese preámbulo, Ginzburg tiene como invitado a Foucault, al que se enfrenta. El historiador se ve obligado a juzgar y desechar sus planteamientos. En 1976 resultaba muy improbable que un historiador que está a la vanguardia, que conoce bien el pensamiento filosófico, evitara pronunciarse.

Cuando sostienen que en los años sesenta y setenta son en buena medida franceses y detallan las reconfiguraciones que se dan al interior de la Escuela de los *Annales*, recordé *Hacer la historia* (1980) [*Faire de l'histoire* 1974], el libro compilado por Jacques Le Goff y Pierre Nora. Esas reconfiguraciones —*Nouvelle Histoire*— de alguna manera empiezan a rozar o a interpelar a quienes formarán el Colegio Invisible, sobre todo a partir de la figura de Roger Chartier. Pero también es cierto que siempre me pareció muy extraña la propuesta metodológica de *Hacer la historia*. Más allá de realizar un esfuerzo por abrirse a planteos nuevos, tratando de superar la etapa de Braudel, la propuesta no abandona su mirada estructural, la de Braudel, acerca de lo que se trata de investigar: la demografía, la religión, la literatura, el clima, las mentalidades... Estas materias siguen siendo estructuras de análisis, razón por la que con ese planteo no puede llegarse a entablar un diálogo con el grupo que ustedes estaban analizando...

Podemos identificar, en efecto, la *Nouvelle Histoire* con los libros de *Hacer la historia*. En esos volúmenes se condensa claramente la propuesta y es y podemos verlos ahora como un esfuerzo por renovar la tradición y el legado de lo que habían sido y significado la segunda y tercera generación de *Annales* hasta aquel momento.

De lo que se trataba era de incorporar elementos nuevos que la historiografía no había tenido en cuenta.

Efectivamente, el clima, la literatura, la muerte, la infancia, etcétera, podían ampliar el marco y los objetos. Pero a la vez, al repasar esa obra, da la impresión de que esos nuevos temas se presentan como si fueran elementos estancos, elementos a los que hacer frente porque son significativos, porque nos pueden aportar conocimiento acerca del pasado y de los antepasados.

Tienes razón. Pero, en cualquier caso, yo creo que hay aspectos muy interesantes en aportaciones como la de la Nueva Historia. ¿La principal? Que podemos empezar de lo particular llegando a estructuras más generales para después regresar al caso concreto. Es algo semejante a lo que hacen los antropólogos. Dicho de manera muy simple: acuden a una comunidad y a partir de las reglas que allí obligan y fuerzan ciertos comportamientos, estudian y se plantean preguntas universales.

Giovanni Levi citaba justamente al gran antropólogo norteamericano Clifford Geertz y al tiempo lo parafraseaba: los historiadores no investigan las aldeas, sino que investigan *en* aldeas. Es decir, los estudiosos se plantean preguntas universales en espacios locales. Por supuesto, yo creo lo mismo y lo comparto: en lo básico y en lo esencial, la esfera local, lo pequeño, no nos interesa por ser equiparable a otros casos equivalentes. La esfera local y lo pequeño nos interesan por dos razones: por las preguntas humanas, propiamente universales, que en dicho lugar pueden plantearse y por la particularidad que hace diferente a este o a aquel otro caso frente a los restantes, que parecen semejantes.

¿Ejemplos? Pues... el problema de la identidad, como Natalie Zemon Davis en *El regreso de Martin Guerre* o como Robert Darnton en *La gran matanza de gatos*.

Bien mirado, que alguien de hoy en día dedique su tiempo y sus esfuerzos a algo remoto parece completamente absurdo. Se nos antoja poco rentable o nada

sensato estudiar una matanza de gatos en una calle de París a finales del siglo XVIII. ¿A quién puede interesar tal cosa? De entrada, a nadie. Pero desde el punto de vista etnográfico, etnológico, desde el punto de vista de la historia antropológica, esa matanza nos puede decir muchas cosas acerca de nosotros mismos. Tampoco hemos cambiado tanto desde el Setecientos. Estudiar eso nos puede decir cosas sobre la figura y el papel del gato en Occidente y cómo han cambiado la representación y el rol. Nos puede decir cosas sobre la interacción que tienen los trabajadores con los poderosos, cómo se rebelan frente a sus superiores y cómo trasladan y proyectan sus relaciones con animales y objetos.

Si estudias de cerca cualquier cosa pequeña, probablemente eso se vuelva interesante, raro y hasta inexplicable (en principio). Lo extraño o lo extravagante es una vía de acceso a lo pretérito. Te permite ingresar en un espacio y tiempo que no son los tuyos para de ese modo verificar, constatar, la diferencia y la similitud: lo distintos que eran esos antepasados y lo comunes que eran si los comparamos con sus coetáneos.

Por otra parte, debemos huir del localismo, del exotismo. Tenemos que partir de lo pequeño para alcanzar lo general. Hay que abandonar, por así decirlo, toda tentación exótica, y creo que eso, precisamente, estos historiadores lo cumplen perfectamente.

Pensando todavía en Foucault, en *La gran matanza de gatos*, en *El queso y los gusanos*, incluso en *Martin Guerre*... En todo ello está presente el poder. Es imposible no ver relaciones de poder a otra escala. Esa idea de Foucault de que el poder circula por los cuerpos, que no nace en las instituciones, sino que termina en ellas, me parece que acá se puede ver con mucha claridad según el trabajo que elija para analizar.

Sí. En alguna ocasión he dicho que leí por primera vez *Vigilar y castigar* en 1978. Creo recordar que la edición en español, que es la versión que leo originariamente, data de 1976. ¿Qué sucede? ¿Cuáles son las consecuencias? Pues que me provoca una gran impresión, que me llevo una gran sorpresa. De pronto descubro algo muy simple, pero decisivo: que el poder no es necesariamente una estructura de dominación alejada, distante, que se impone y que impone su supremacía aplastando la vida social. De repente descubro que el poder es sobre todo un conjunto de relaciones de dominio, relaciones precisamente de poder, que están en cualquier interacción humana, que están en la esfera más cotidiana. Por lo tanto no hay que centrarse exclusivamente en las instituciones del Estado para ver el poder, el funcionamiento del poder.

Deberíamos decir que eso, el poder, está en tu hogar, en tu trabajo, en tus relaciones sentimentales. Quiero repetirlo: el poder está en ese espacio de relaciones en que te mueves, en ese ámbito que crees íntimo, privado, particular..., y en el que no siempre sabes quién domina y quién es el dominado. El poder no es un recurso, sino un tipo especial de relación que no reside siempre en la misma esfera. El poder es cambiante. Y es molecular.

A eso, a esa forma funcional, Michel Foucault la llamará la microfísica del poder. ¿Y ello cómo se traduce en el trabajo del historiador? Pues en una meta bien plausible: procedamos a estudiar lo concreto para ver en cada esfera esas relaciones, para descubrir cómo quienes parecían poderosos pierden su dominio y cómo quienes parecían sujetos dominados disponen también de sus cuotas de poder.

Me acordé de Joan Wallach Scott, la historiadora estadounidense que trabaja sobre cuestiones de género. Creo que también podría haber formado parte de este grupo. ¿Llegaron a considerarla?

La verdad no sabría decir por qué no la incorporamos, porque leerla la habíamos leído. Seguramente había otros historiadores, varones y mujeres que podríamos haber incorporado, pero que al final los descartamos. Creo que tuvimos más en cuenta los temas compartidos, los objetos que los vinculan, los problemas que formulan estos historiadores, aquello que les es literalmente común. Tal como plantea históricamente las cuestiones referidas al género, Joan Scott está de manera implícita y a veces explícita en el libro.

Y también investiga sobre la historia de Francia. Es interesante...

Toda la razón. Un aspecto que tiene que ver con esto es el papel de Francia. Hay que tener en cuenta que dicho país ahora está algo decaído desde el punto de vista de la historiografía, algo decaído para lo que fue décadas atrás. Pero Francia sigue siendo una referencia universal, el espacio, el dominio en donde se estaba dando la gran revolución historiográfica del siglo XX. Por lo tanto, la historiografía occidental debía referirse necesariamente a dicho país y París era el polo de atracción de quienes querían de alguna manera presentar al mundo sus estudios, sus investigaciones. Y luego no podemos olvidar esa gran institución francesa que sirve de plataforma para los grandes estudiosos, no solo los historiadores. Me refiero al *Collège de France*. Quien es elegido y nombrado profesor allí alcanza una celebridad mundial. Repito: Francia está algo decaída. Además, ahora hay un policentrismo en la investigación y en los núcleos historiográficos que no lo había décadas atrás. Recordemos, por ejemplo, los años sesenta, justo cuando Francia era determinante con sus intelectuales políticos y comprometidos, con sus *maîtres à penser*, justo cuando exportaba la pasión por la historia, sus grandes obras y sus historiadores más renombrados.

Roger Chartier también es una figura indiscutible. Participa asimismo de la coordinación de uno de los volúmenes de *Historia de la vida privada* (1987) [*Histoire de la vie privée*, 1985-1987]. En sus páginas, lo privado se contrapone a lo estructural del análisis de la sociedad. Y el análisis del espacio íntimo podría ser comparable, a escala de alguno de los trabajos de Ginzburg o de Darnton ¿Quizás por eso participa Chartier de este proyecto?

Sí. Comparto ese juicio. Por supuesto, no descubro nada si digo ahora que resultó decisiva, además de interesante, la *Historia de la vida privada*. La dirigieron Philippe Ariès y Georges Duby, integrando a numerosos especialistas de muchísimo alcance. Aparte de los coordinadores, estoy pensando, por ejemplo, en Paul Veyne, Roger Chartier, Jacques Revel, Nicole Castan, Maurice Aymard, Arlette Farge, Michelle Perrot, Lynn Hunt, Catherine Hall, Alain Corbin. He citado solo a unos cuantos investigadores, de un elenco abultado y prestigioso, cuyas respectivas obras tenían ya una gran repercusión.

La *Historia de la vida privada* supuso una revolución editorial de primera magnitud, tanto en su edición francesa como en las restantes lenguas. Los años ochenta no pueden entenderse historiográficamente si no tenemos en cuenta esta magna empresa. Sin duda, a Anaclet Pons y a mí nos marcó hondamente. Cuando apareció y después. Quiero decir: si ya eran grandes las figuras de Georges Duby y Philippe Ariès, esta obra colectiva impulsó sus respectivas investigaciones. A comienzos y a mediados de los años ochenta, Anaclet Pons y yo compartíamos lecturas bien productivas: *El domingo de Bouvines* (1998) [*Le dimanche de Bouvines*, 1973], *El hombre ante la muerte* (1983), [*L'Homme devant la mort*, 1977], *Guillermo el Mariscal*, [*Guillaume le Marichal ou le meilleur chevalier du monde*, 1984], *Guerreros y campesinos* (1985) [*Guerriers et paysans, VIIIe-XIIe siècles*, 1973], etcétera. Esas obras

nos deslumbraban no solo por la hondura de sus respectivas investigaciones, sino también por sus cualidades narrativas.

En general, esos y otros volúmenes que teníamos presentes y que nos influyeron sobremanera nos hacían descender a lo concreto, a la vida privada, a las relaciones en la vida privada. Para nosotros, esos modos de proceder, esas formas de historia, esas metas..., eran ejemplos a seguir, a considerar. A mí, particularmente, me recordaban algo dicho y escrito por Honoré de Balzac. En el prólogo (1842) a *La comedia humana* [*La Comédie humaine*, 1842-1855], el gran novelista francés describía más o menos cuál era el plan que pensaba seguir en dicha obra, la serie de volúmenes que son casi una radiografía de la Francia del Ochocientos. En *La comedia humana*, Honoré de Balzac se proponía rastrear la vida privada de las naciones. Cito de memoria. Decía algo así como: los historiadores se ocupan de lo público y yo, como novelista, me voy a ocupar de la vida privada de las naciones. La vida privada de las naciones sería así tarea de novelistas, dejando lo público y lo político a los historiadores, que hacia 1842 estaban centrados en dichas esferas.

Justamente, siglo y pico después, los historiadores sin abandonar las instituciones públicas y de la sociedad civil ingresan en lo privado, en la esfera particular, en la intimidad de los individuos y de los grupos. De las naciones, también. ¿Para ver qué cosa? Pues para exhumar lo invisible o lo oculto, para ver y examinar las relaciones de poder, para ver y sopesar cómo cambia la cultura doméstica, cómo nos socializamos, cómo se nos forma, cómo nos servimos de los recursos culturales y materiales, cómo nos valemos de distintos instrumentos para hacer diferente o más confortable la vida privada.

Entre los historiadores, la vida privada había quedado fuera de la investigación porque se consideraba que era una cosa menor, irrelevante. ¿Acaso

podemos comparar la historia de la vida privada con la historia institucional de los papas, pongamos por caso? La respuesta convencional era que no. *Historia de los Papas* (1943) [*Die römischen Päpste*, 1834-1836], de Leopold von Ranke, por ejemplo, era aquello a lo que debía dedicarse los investigadores, según los cánones del siglo XIX.

Sin restar una pizca de importancia a la historia de los pontífices, a la historia institucional, a la historia política, a la historia económica, etcétera, resulta evidente que esa historia de la vida privada suponía algo inaudito. Suponía una auténtica revolución. Al menos lo era para nosotros, cuando la consulta de esos volúmenes, especialmente los dedicados a los siglos XVIII y XIX nos cambiaba completamente la perspectiva. Esto sucederá a lo largo de los años ochenta.

Esos y otros libros nos permitían formularnos cuestiones que tradicionalmente, hasta aquellos momentos, no se habían planteado o no nos habíamos planteado. Bajábamos de las grandes estructuras, salíamos de las grandes instituciones, para observar lo cercano, lo local, la microfísica del poder y de la relaciones cotidianas. Partiendo del microanálisis y estudiando esferas aparentemente irrelevantes o secundarias de la vida de las naciones, podemos entender la cultura, el comportamiento, las instituciones, las reglas y las prohibiciones de nuestros antepasados. En la vida privada y ordinaria están las reglas, las instituciones, lo dicho, lo no dicho, en fin.

Antes mencionaste Princeton, otro de los espacios centrales al que hay que mirar para entender la formación de ese Colegio Invisible...

Por Princeton, todos pasan alguna vez, por decirlo así. Y la persona clave que imanta y atrae a todos estos historiadores es claramente Lawrence Stone. Se trata de un investigador que, viniendo de la vieja tradición inglesa, sin embargo reconoce los avances y los cambios que la historiografía experimenta: lo que él llamará la vuelta

de la historia narrativa. Reconocerá la necesidad de que los historiadores investiguen temas relevantes o interesantes, por supuesto. Pero insistirá más en el gran cambio: que ciertos historiadores están transmitiendo sobre todo de modo convincente y persuasivo. Como narradores, propiamente.

El relato no es arbitrariedad. Todo lo contrario: es disciplina, orden y estrategia. Por tanto, no se opone al rigor documental. Tampoco es el negativo de la precisión estadística. Narrar aquí, en este punto, significa contar y administrar estratégicamente la información y los datos con el fin de convencer con pruebas. Narrar significa suscitar el interés del lector. Implica provocar el interés por algo que, de entrada —y como sostengo siempre—, no le concierne. ¿Y cómo se logra tal cosa? Por supuesto, los historiadores de a pie, los peatones de la historia, lo intentamos empleando el lenguaje que nos es común de la mejor manera: con la precisión del poeta y con el entusiasmo del científico, por expresarlo con Vladímir Nabokov, que así lo dejó dicho en su libro *Opiniones contundentes* (1977) [*Strong Opinions*, 1973].

Lo hemos aprendido de los grandes investigadores. Desde hace años, los historiadores más adelantados son conscientes de todo ello. Por eso se empeñan en pronunciar y controlar lo dicho de una manera distinta, esto es, con habilidad narrativa y respeto documental. Durante mucho tiempo, no pocos pudimos pensar que la frase histórica debía ser transitiva, neutra, transparente, parte de una lengua científica o académica sin connotación alguna. Por supuesto, el rigor debe ser nuestro norte, nuestra dirección.

Pero... cuidado con el lenguaje. Durante mucho tiempo, los lectores, aquello que forma el gran público, han evitado nuestras obras. El asunto es preocupante. Despertamos poca atracción. Simplemente, el lenguaje técnico de que

nos servimos, los terminachos abstrusos que empleamos, nos enajenan. Nos enajenamos un segmento importante de lectores potenciales.

Cuando cuentas una historia bien y con esmero, si efectivamente la cuentas bien y con voluntad, sea cual sea, sea donde sea, los lectores empiezan a sentir interés por aquello que se les va a relatar. Hay numerosos ejemplos, no siempre presentes en los curricula de historia, del grado.

Ahora, precisamente, estoy pensando, por ejemplo, en otro libro fundamental de esta tradición, que en mi caso resultó decisivo. Me refiero a *La herencia inmaterial* (1990), de Giovanni Levi [*L'eredità immateriale*, 1985]. ¿Qué interés tiene la historia concreta que nos va a contar? En principio, o perteneces a esa comunidad en la que se desarrolla la acción o no te despierta atracción alguna. El trabajo eximio del historiador es convertir una historia concreta, aparentemente menor, una historia que se te va a contar, en un asunto universal.

Y en eso pueden parecerse mucho los historiadores a los novelistas: en el sentido de hacer comprensible e interesante un fenómeno minúsculo para el que en principio no teníamos interés ni conocimiento. Yo creo que esa es la clave.

Fíjate. ¿Quién puede tener interés en Martín Guerre? ¿Quién puede interesarse en Menocchio? Bien pensado, ambos personajes nos son distantes y ajenos. El reto de quien investiga y escribe es hacer atractivo, interesante y sobre todo significativo a individuos de escasa o nula proyección. Un sujeto irrelevante no lo es si lo observamos con detalle, si analizamos su pensamiento, por escueto que sea, y su comportamiento, por anodino que sea. No se trata de elevar a seres minúsculos. De lo que se trata es de estudiar la conducta humana en esta o en aquella circunstancia.

Aprendemos mucho acerca de nosotros, de la naturaleza humana, a partir de la historia contada. Ahora bien, quien escribe debería tener como precepto persuadir a los destinatarios. Y debería usar un lenguaje que, por supuesto,

incorporase las referencias cultas académicas de la propia investigación. Eso sí: a la vez, ese enunciado debería ser dicho de modo que fuera comprendido.

Muchas veces has reflexionado acerca de la importancia de la literatura en su relación con la historia...

Sí, eso es literal. Yo recuerdo la primera vez que leí a Carlo Ginzburg. Se trataba de una entrevista fechada en 1981 o 1982. En un determinado momento, su interlocutor le pregunta algo aparentemente sencillo. Le pregunta algo así como: ¿qué recomendarías a tus alumnos de historia si tuvieran que formarse adecuadamente?

Y él responde: que leyeran novelas, muchas novelas, porque las ficciones narrativas y la literatura ayudan a ampliar la imaginación moral, la capacidad de ponerse en el lugar del otro. Ginzburg responde entonces, de manera quizá exagerada, algo que aún hoy podemos suscribir. Podríamos parafrasearlo.

Los historiadores a veces pecamos de tener muy poca imaginación y pensamos que los antepasados son como nosotros cuando, en realidad, son totalmente distintos. Si uno lee novelas; si uno lee ficciones; si uno lee biografías, autobiografías, diarios; si lee documentación histórica; si lee literaturas de variados géneros, evidentemente su capacidad se desarrolla, pues podrá adentrarse en experiencias muy distintas.

¿Qué se desarrolla? Pues justamente eso: la capacidad para ponerse en el lugar del otro, una cercanía que aumenta..., siempre que uno esté dispuesto a ello, a salir de uno mismo. Por ejemplo, muy frecuentemente decimos: viajar te abre la mente. ¿Es así? Pues depende. Si viajas con prejuicios, si viajas con tus estereotipos, llegarás al lugar del destino para confirmar lo que ya sabes, para corroborar que los

que allí residen son unos tipos extraños que viven de una manera rara. Dirás que tienen comportamientos extravagantes. Lo admitirás y, en el mejor de los casos, te resignarás. Te dirás a ti mismo: como en casa ni hablar.

Pero eso no es viajar. O, al menos, así no se aprende. Así no se puede viajar, así no se puede aprender nada. Tienes que viajar dejándote impresionar por lo que no conoces, tratando de averiguar por qué hacen lo que hacen. Tienes que interrogarte: eso que hacen o dicen, de entrada, no sabes explicártelo.

Eso es lo bueno. Con la lectura, primero hay que analizarse, estudiarse: hay que examinar cuáles son los prejuicios, los estereotipos, los valores de la comunidad, el sentido común que nos gobierna. Y ello..., para hacerlo explícito, sin incurrir en anacronismos o presentismos. Dicho de otro modo: para no recaer en el etnocentrismo.

Es decir, de lo que se trata es de no juzgar, valorar o sopesar los comportamientos de los antecesores desde una perspectiva actual, como si la nuestra fuera una posición mejor o más clarividente. Por supuesto, eso no significa que tengas que aprobar a los antepasados. Simplemente tienes que adentrarte en el contexto en que pensaban y obraban, aquella circunstancia en que tomaban decisiones. Eso significa que debes preguntarte qué es lo que hacían y por qué.

En ese sentido, la literatura es un instrumento de suma utilidad: te saca de quicio, te saca de contexto, de tu contexto.

Hablo en pasado... Yo había leído mucha literatura siendo joven. A la vez me sentía un poco culpable por haber leído menos libros de historia. La pregunta es obvia. ¿Cómo es que un historiador ha leído más literatura que monografías históricas? No tengo respuesta para eso. O sí. Probablemente, no pocas obras históricas me resultaban soporíferas. Años después, creo que no me ha ido mal leyendo literatura, pues he ampliado mi imaginación... moral. Eso sí: sin confundir

la ficción con la realidad, sin confundir lo inventado con el pretérito que puede documentarse.

Conocer el contexto histórico en el que se creó una obra literaria establece una suerte de vaso comunicante entre la literatura y la historia. Además, en tu obra, también mencionas a R. G. Collingwood cuando se refiere a la imaginación como una parte central de la narración histórica y, por lo tanto, del trabajo del historiador. Lo mencionas cuando Collingwood dice que el observador tiene que llenar o rellenar los huecos que no puede obtener de los documentos. Los documentos nos dejan huérfanos: hay una enorme cantidad de datos, de informaciones, de aspectos que no hallamos. Necesariamente hay que trabajar en ellos, hay que trabajar con esos vacíos de la misma forma en que trabajamos con aquello que los documentos nos revelan...

Así es. Cuando hablamos de imaginación no nos estamos refiriendo a invención. No podemos asimilar sin más lo imaginado a lo ficticio. Eso significa que los historiadores debemos desarrollar una habilidad especial. O no tanto, porque esa habilidad es propiamente humana. Me refiero a la capacidad de conjeturar. La imaginación es la capacidad de ponerse en el lugar del otro, de plantear conjeturas razonadas, fundadas y, en la medida de lo posible, fundamentadas. ¿Acerca de qué? Acerca del comportamiento humano. Si nos limitáramos exclusivamente a la fuente histórica y a lo que la fuente histórica nos proporciona, es evidente que nuestras investigaciones no sobrepasarían las diez páginas. Con diez páginas estaría planteado o dicho o resuelto el problema que nos formulamos. En cambio obras como *El regreso de Martin Guerre* o *El queso y los gusanos* y otras que podríamos citar exigen cien, ciento cincuenta, doscientas páginas. En esas páginas, la clave de lo que se sostiene está documentado, pero hay una parte que solo puede enunciarse de modo conjetural. Hay unos hechos y significados sobre los que se plantean posibilidades. Ahora, eso sí, cuando se hace tal cosa, hay que advertir. El historiador debe anunciar que está

conjeturando. Por tanto, no puede hacer pasar por verdad lo que es meramente hipotético.

Estas obras que he mencionado y otras que podrían añadirse no muestran la fantasía de los autores, sino el rigor y la calidad de su investigación. Muestran el tiento de quien está observando, analizando y planteando sus hipótesis acerca de la conducta. Lejos de presentar solo los resultados y ya está, lo que hacen estos historiadores (Davis o Ginzburg, por ejemplo) es presentarnos las hipótesis que se plantean y que luego descartan para ir avanzando a tientas.

Cito, en efecto, a Collingwood en alguno de mis libros y concretamente lo hago por esa imagen tan bella, tan potente que le debemos. Alguien está mirando un barco que está en el mar. Lo está mirando fijamente. De repente lo deja de mirar, cambia de posición o de visión y, cuando vuelve a mirar, el barco ya no está en la misma ubicación. Ha avanzado. ¿Qué hace? Suponer. Si el observador no es un tipo fantasioso o demente, se valdrá de su imaginación de modo sensato, aplicará una imaginación juiciosa, esa que le permite rellenar o seguir la línea de puntos que lleva desde la posición A la posición B. Formulará implícita o explícitamente una hipótesis. Quizá el barco ha dado vueltas, más vueltas de las que en principio podría pensarse. Ahora bien, el observador deberá ser racional y razonable. Como decía Umberto Eco, siempre nos vemos obligados a plantear hipótesis en la investigación, hipótesis acerca de lo que no podemos documentar o probar sin controversia. Pero, puestos a plantear conjeturas, por favor empecemos por las más documentadas, por las más fundamentadas, por las más razonables. No empecemos por lo más disparatado o improbable, añadía Eco.

La narración histórica me lleva directamente a la obra de Carlo Ginzburg. Una de las características que tiene *El queso y los gusanos* es que está bellamente escrito. Es decir, lo narrativo es una parte esencial

del texto: esa capacidad de escribir bien es algo para lo cual la carrera lamentablemente no forma...

Por supuesto, no es irrelevante que la madre del historiador sea Natalia Ginzburg, novelista italiana de mucho relieve, de dimensión universal. El propio Carlo Ginzburg ha reconocido alguna vez que, desde los inicios, sus principales referentes eran propiamente literarios. Y, en algún momento, él vio y comprobó que no podía ser un novelista. No es que se dedicara a la historia por incapacidad, sino que descubrió que podía contar una historia desde la historia, desde la disciplina histórica, desde la historia académica. Sin invención alguna. ¿Por qué los historiadores no vamos a plantearnos el relato de que nos servimos? ¿Por qué no vamos a preguntarnos por la trama, los personajes, los acontecimientos, las relaciones que se dan entre esos caracteres?

Esas preguntas nos obligan a informarnos e informar acerca de las cosas que ocurrían, acerca del significado que damos a las acciones. Y, a los lectores, esas preguntas explícitas les permiten ver cómo está concebido el libro, cómo se administran los datos. Desde mi punto de vista no hay nada más interesante en una obra histórica que la manera en que se utilizan los materiales, la manera en que se presenta la información, cómo dosifica o administra el historiador los documentos, en qué orden nos proporciona los datos a los lectores.

Voy a poner un ejemplo muy actual, que me está motivando muchísimo. En fecha reciente estaba leyendo un volumen que acaba de ser traducido al español. Es la obra de un historiador británico muy conocido y más joven. Me refiero a Ben Macintyre. Macintyre es especialista en la historia de los espías. Ha dedicado libros a Kim Philby, a los agentes de Cambridge, etcétera. El último que he leído, que es el último que ha publicado (al menos que yo sepa) es *Agente Sonya* (2021) [*Agent Sonya*, 2020].

Empieza poco después de 1917. Sonya es una joven alemana judía que abraza el comunismo, se vincula al Partido alemán y por supuesto a la Internacional. Y se vincula a Stalin, de quien será agente. ¿Cómo nos cuenta Ben Macintyre esa historia? Accede a los diarios y a la correspondencia de esta espía, y de ese fondo extrae su información principal. El libro es fascinante. Sin embargo, yo, como historiador, le habría pedido una introducción de tipo metodológico. Es decir, que nos aclarara de qué manera estudia la documentación, qué valor y qué veracidad concede a esos documentos..., justamente de un personaje que es una espía y que, por lo tanto, tiene que mentir, tiene que manejarse con todas las imposturas. Al actuar y al escribir, porque lo hecho o dicho puede ser visto o leído por quien ella no desea. Este historiador, Ben Macintyre, no se lo plantea. Quizá porque no necesita preguntarse sobre ello: se dirige al gran público, unos destinatarios que normalmente no se interrogan sobre estas cuestiones metodológicas o epistemológicas.

Yo me pregunto: ¿cuál es la verdad que está en las fuentes de Macintyre? Desde el punto de vista del deleite lector, me fascina la historia de esta espía, me fascina cómo la cuenta Macintyre. Pero, desde el punto de vista histórico, yo le habría pedido que nos explicara el uso, el estudio, el examen de las fuentes. Solo me falta saber en qué medida la información que nos proporciona, los datos de Sonya, son correctos o son fantasías o son hipótesis o son escritos documentados, de verdad probados. Me pregunto en qué medida lo documentado, las anotaciones de Sonya que Ben Macintyre utiliza, son ciertas.

¿Y Macintyre hace un uso de las fuentes similar al de Ginzburg?

Sí. Lo que ocurre es que en Ginzburg, y en *El queso y los gusanos*, sí que hay una reflexión metodológica y epistemológica al principio. Hay una reflexión a

propósito de la fuente, un examen sobre el crédito que se puede dar a una fuente como son las actas de dos procesos inquisitoriales. Hay que hilar muy fino para estudiar el mundo, el pensamiento, la cosmología de su protagonista, el molinero Menocchio. Al fin y a la postre, a Menocchio se le arranca la información, se le arrancan sus declaraciones por la vía inquisitorial. ¿Podemos creer lo que la fuente registra? Ginzburg dice que sí, que podemos aceptar esa versión escrita por varias razones. Una de ellas es porque Menocchio, cuando habla con el inquisidor, siente que está por primera vez en su vida hablando con alguien que se halla a su altura intelectual. Por lo tanto se siente muy cómodo diciendo cosas que debería callar como procesado. Se siente ufano hablando de asuntos de religión cuando, juiciosamente, debería haber evitado esos pronunciamientos. Finalmente dice lo que dice y que, por su bien, no debería haber dicho.

Cuando Anaclet Pons y yo estudiábamos *El queso y los gusanos*, una de las cosas por las que nos preguntábamos era cómo y por qué esa obra ha tenido un impacto tan grande en la historiografía occidental. Estuvimos leyendo y consultando las actas de ambos procesos inquisitoriales, que se sacaron del archivo, que se publicaron en italiano en versión original. Estuvimos corroborando lo afirmado... ¿Y a qué conclusión llegamos? En Ginzburg hay muy poca fantasía: se atiene a la documentación, examinándola con mucho rigor y, por supuesto, planteando hipótesis que no están en las fuentes, pero que le permiten ir más allá.

Ese esfuerzo debería figurar y expresarse siempre en todo historiador: revelar de qué manera utiliza las fuentes, de qué manera extrae la información y qué grado de veracidad da esos datos. Creo que eso es fundamental.

Junto a Anaclet Pons también han publicado diferentes trabajos sobre microhistoria y sobre la obra de Ginzburg. ¿Cuál fue la influencia que tuvo el viaje a Italia? ¿Lo hicieron juntos?

Digamos que, de manera fantasiosa, lo hicimos juntos, pero de manera real lo hice yo y fue fascinante. Estuve, estuvimos, durante un curso académico en Bolonia. Lo digo en plural porque compartí ese año académico con mi compañera y esposa, Encarna García Monerris. Tuvimos que dar unas sesiones, impartir algunas clase, etcétera. Pero, además de esto, nos dedicamos básicamente a investigar, a leer, a estudiar lo que la historiografía italiana había aportado. Yo tenía dos polos de atracción, que eran Carlo Ginzburg, que enseñaba en el *Dipartimento di discipline storiche*, y Umberto Eco, que impartía lecciones en el DAMS (*Dipartimento delle Arti, della Musica e dello Spettacolo*). Cuando llegamos allí ni Ginzburg ni Umberto Eco estaban regularmente. Ginzburg estaba en la UCLA, en California. Insisto: Umberto Eco no estaba, pero finalmente estuvo y el día en que supe que iba a dar clase en la *Università degli Studi di Bologna* fui allí expresamente para impregnarme de su saber... Hablo del invierno de 1988. Fue imposible, claro. Creo que llegué a estar a unas decenas de metros de distancia de donde él estaba. No había altavoces. Más adelante, sí que tuve la fortuna de acceder a él. Fue en una librería en Módena, en una sucursal de Feltrinelli.



Encarna García Monerris y Justo Serna. Grau de Castelló de la Plana (2020).

Era Italia. Pero Italia era también, en aquel momento, a finales de los ochenta, una fascinación y una experiencia, la experiencia histórica de la Emilia Romagna, del Partido Comunista, de Antonio Gramsci. Era también la Italia de *Novecento* (1976), de Bernardo Bertolucci. Había muchas razones para ir a Bolonia o para afincarse en Módena, que era donde residíamos: un lugar mítico por la industria del automóvil allí radicada, la Maserati, la Ferrari.

Son marcas culturales esenciales, como la Ferrari expuesta en el MoMA de Nueva York...

Hace unos pocos años hicimos un viaje a Turín. Entre otras razones nos interesaba visitar el Torino de Antonio Gramsci, de la Mole. Me interesaba, en fin, visitar también su museo del automóvil. Estuve viendo piezas culturales de primer orden. Aquellos carros...

Continuará...

SOBRE RICARDO CORTÉS

Formado como profesor de Historia en el Instituto Nacional del Profesorado Joaquín V. González, se ha desempeñado en numerosas instituciones de formación docente en las áreas de Historia Latinoamericana, Historia Argentina e Historia Mundial Contemporánea. Actualmente se desempeña como docente e investigador en la Escuela de Economía y Negocios de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

Ha dictado clases de Historia Económica Argentina en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA), en la Escuela de Economía de la Universidad de Palermo (UP) y en diferentes programas de Harvard University y Emory University (USA) en Argentina. Actualmente se encuentra en la etapa final de elaboración de su tesis de doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) sobre los capitales alemanes en Argentina durante los años del nacionalsocialismo (1933-1945).

BIBLIOGRAFÍA²

JUSTO SERNA

LIBROS

- *La ciudad futura. Viajes por la Europa burguesa*, Justo Serna, Anacleto Pons, Valencia: Editorial Barlin Libros, 2022.
- *Microhistoria: las narraciones de Carlo Ginzburg*, Justo Serna, Anacleto Pons, Granada: Editorial Comares, 2019.
- *Historia y ficción: conversaciones con Javier Cercas*, Justo Serna, Madrid: Punto de Vista, D.L. 2019.
- *El lector impenitente*, Justo Serna, Pamplona: Ipso, 2018.
- *Leer el mundo: visión de Umberto Eco*, Justo Serna, Madrid: La Huerta Grande, 2017.
- *Todo es falso salvo alguna cosa: observaciones sobre el mundo contemporáneo*, Justo Serna, Madrid: Punto de Vista, D.L. 2017.

² La bibliografía reseñada y su formato sigue las normas propuestas por cada autor.

- *Antonio Muñoz Molina, la letra pequeña*, Justo Serna, Madrid: Sílex, cop. 2016.
- *El pasado no existe: ensayo sobre la Historia*, Justo Serna, Madrid: Punto de Vista, D.L. 2016.
- *Espanoles, Franco ha muerto*, Justo Serna, Madrid: Sílex, 2015.
- *Bestiario español: semblanzas contemporáneas*, Justo Serna, Madrid: Huerga y Fierro, 2014.
- *Antonio Muñoz Molina: el tiempo en nuestras manos*, Justo Serna, Madrid: Fórcola, D.L. 2014.
- *La historia cultural: autores, obras, lugares*, Justo Serna, Anacleto Pons, Akal, 2013 (2 ed.).
- *La farsa valenciana: los personajes del drama*, Justo Serna, Tres Cantos: Foca, D.L. 2013.
- *Los triunfos del burgués: estampas valencianas del ochocientos*, Justo Serna, Anacleto Pons, Valencia: Tirant lo Blanch, 2012.
- *La imaginación histórica: ensayo sobre novelistas españoles contemporáneos*, Justo Serna, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2012.
- *¿Qué es la cultura popular? Antonio Gramsci*, Justo Serna, Anacleto Pons, Valencia: Universitat de València, Servei de Publicacions, 2011.
- *Héroes alfabéticos: por qué hay que leer novelas*, Justo Serna, Valencia: Universitat de València, 2008.
- *Diario de un burgués: la Europa del siglo XIX vista por un valenciano distinguido*, Anacleto Pons, Justo Serna, Valencia: Los libros de la memoria, 2006.
- *La historia cultural: autores, obras y lugares*, Justo Serna, Anacleto Pons, Valencia: Akal, 2005.
- *Pasados ejemplares: historia y narración en Antonio Muñoz Molina*, Justo Serna, Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

- *Cómo se escribe la microhistoria: ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Justo Serna, Anacleto Pons, Madrid: Universitat de València, 2000.
- *Un negoci de famílies: els Trènor i els Vallier a la Safor del segle XIX*, Anacleto Pons, Justo Serna, Gandía: Centre d'Estudis i Investigacions Comarcals Alfons el Vell, 1996.
- *La crisis del antiguo régimen y los absolutismos*, Encarnación García Monerris, Justo Serna, Madrid: Síntesis, 1994.
- *Els ferrocarrils a la Safor: vies i mercat al s. XIX*, Anacleto Pons, Justo Serna, Gandía: Ajuntament, D.L. 1993.
- *La ciudad extensa: la burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Anacleto Pons, Justo Serna, València: Centre d'Estudis d'Història Local, D.L. 1992.
- *Presos y pobres en la España del XIX: la determinación social de la marginación*, Justo Serna, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, PPU, 1988.
- *La construcción del puerto de Valencia: problemas y métodos (1283-1880)*, Andrés Díaz Borrás, Justo Serna, Anacleto Pons, Valencia: Ajuntament de Valencia, 1986.

ARTÍCULOS DE REVISTAS

- “Carlo Ginzburg. Cuando el historiador amoneda un símbolo”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Historia y Memoria*, Nº. Extra 0, 2020 (Ejemplar dedicado a: La experiencia historiográfica), págs. 307-345.
- “Los fantasmas que uno fue”, Justo Serna, *Barcarola: revista de creación literaria*, Nº. 90-91, 2018, págs. 149-151.

- “La revolución de nuestro tiempo”, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, N°. 67, 2017 (Ejemplar dedicado a: La revolución de nuestro tiempo), págs. 17-20.
- “Sigmund Freud como síntoma”, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, N°. 67, 2017 (Ejemplar dedicado a: La revolución de nuestro tiempo), págs. 65-84.
- “Epílogo. Cómo funciona el mundo”, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, ISSN 0210-9980, N°. 67, 2017 (Ejemplar dedicado a: La revolución de nuestro tiempo), págs. 175-179.
- “Novecientos: la salida de los intelectuales”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, ISSN 1139-7705, N°. 158, 2014, págs. 8-9.
- “La vida ordinaria.: Apología de la historia cultural”, Justo Serna, *Segle XX: revista catalana d'història*, N°. 7, 2014, págs. 127-138.
- “La obra de Natalie Zemon Davis. Sobre la recepción española”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Historia social*, N° 75, 2013, págs. 129-144.
- “La escritura desatada: José Carlos Mainer”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 225, 2012, págs. 118-123.
- “La Suïssa de Tony Judt”, Justo Serna, *L'Espill*, N°. 42, 2012, págs. 116-126.
- “La historia más grande jamás contada”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 145, 2012, págs. 16-17.
- “Actualidad del aforismo”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 137, 2012, págs. 8-9.
- “Pío Baroja: la última vuelta de un clásico”, Justo Serna, Francisco Fuster García, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 37, 2012 (Ejemplar dedicado a: Baroja, una perspectiva contemporánea), págs. 4-5.

- “El lector de novelas. La ficción de Andrés Hurtado”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 37, 2012 (Ejemplar dedicado a: Baroja, una perspectiva contemporánea), págs. 57-63.
- “José-Carlos Mainer”, Justo Serna, Francisco Fuster García; José Carlos Mainer (entrevistado), *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 37, 2012 (Ejemplar dedicado a: Baroja, una perspectiva contemporánea), págs. 65-73.
- “La lección del maestro”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, ISSN 1575-2259, Nº. 37, 2012 (Ejemplar dedicado a: Baroja, una perspectiva contemporánea), págs. 136-139.
- “Un hombre solo. Historia y virtud en Anatomía de un instante de Javier Cercas”, Justo Serna, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 2011 (Ejemplar dedicado a: literatura e Historia Contemporánea), págs. 95-112.
- “Sobresaltos de la existencia: “Nada del otro mundo”, Antonio Muñoz Molina”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 136, 2011, págs. 25-25.
- “Las vidas ejemplares”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 134, 2011, pág. 37.
- “Los cuernos de la abundancia: La gran novela del XIX nos muestra a herederos de Lázaro: personajes que se obstinan hasta alcanzar el prestigio del que carecen”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 129, 2011, págs. 10-11.
- “Mobilis in mobili”: la biblioteca como observatorio”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 128, 2011, págs. 8-9.

- “A vueltas con el pasado: “Usos peligrosos. Usos y abusos de la historia”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 128, 2011, pág. 37.
- “El rosario de la Aurora: “Riña de gatos”, Eduardo Mendoza”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 127, 2011, pág. 25.
- “Cómo se escribe la historia cultural: conferencia de apertura”, Justo Serna, Anaclet Pons, *Príncipe de Viana*, Año n° 72, N° 253, 2011 (Ejemplar dedicado a: VII Congreso General de Historia de Navarra (Vol. 1)), págs. 13-19.
- “La perspectiva en història: de prop i de lluny”, Anaclet Pons, Justo Serna *Revista HMiC: història moderna i contemporània*, N°. 9, 2011, pág. 14.
- “Examen del porvenir: Antonio Muñoz Molina”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 200, 2010, págs. 77-82.
- “Ojo de pez, observaciones de Michel Foucault”, Justo Serna, *Debats: Revista de cultura, poder i societat*, N° 110, 2010, págs. 16-21.
- “La muerte familiar: “Azul serenidad o la muerte de los seres queridos”, Luis Mateo Díez, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 126, 2010, pág. 23.
- “El espejo de la educación: “Lo que precisan nuestros muchachos es el reflejo de lo mejor”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 125, 2010, págs. 14-15.
- “Manifiesto pedagógico: “Algo va mal”, Tony Judt, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 125, 2010, pág. 37.
- “El horror, el horror: “El horror sobrenatural en la literatura”, H.P. Lovecraft, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 124, 2010, pág. 19.
- “Las Españas del novecientos: “Hoy no es ayer”, Santos Juliá, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 123, 2010, pág. 37.
- “Yo escribo: Los géneros autobiográficos”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, N°. 122, 2010, págs. 8-9.

- “Las huellas de un pasado”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 118, 2010, págs. 8-10.
- “Archivo e imaginación”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 34, 2010-2011, págs. 133-136.
- “Los papeles del burgués erudición e impresión”, Justo Serna, *Braçal: revista del Centre d'Estudis del Camp de Morvedre*, Nº. 39-40, 2009, págs. 123-137.
- “El golpe del 23-F: Adolfo Suárez y Javier Cercas”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 194, 2009, págs. 78-82.
- “Yo no soy revolucionario: las vidas de Dionisio Ridruejo”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 190, 2009, págs. 79-82.
- “Menudas historias”, Justo Serna, *Mercurio: panorama de libros*, Nº. 115, 2009, págs. 18-19.
- “El desfile de la historia”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 31, 2009, págs. 111-117.
- “Variaciones Freud: archivo, psicoanálisis, ficción y viaje”, Justo Serna, *Alcores: revista de historia contemporánea*, Nº. 6, 2008 (Ejemplar dedicado a: Asociacionismo en las dictaduras de la Europa del Sur (Italia, Portugal y España), págs. 335-351.
- “Tres autorretratos de Aznar”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 179, 2008, págs. 71-78.
- “Manuel Talens”, Justo Serna, *El Maquinista de la generación*, Nº. 16, 2008, págs. 58-62.
- “El pensamiento ordinario. La experiencia del blog”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 27, 2008, págs. 45-53.

- “Internet y el tercer entorno”, Justo Serna, Anaclet Pons; Javier Echeverría Ezponda (entrevistado), *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N° 27, 2008, págs. 68-79.
- “Borges”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N° 26, 2008, págs. 104-108.
- “Un home de món. El viatge burgès com a experiència”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Afers: fulls de recerca i pensament*, Vol. 22, N° 57, 2007 (Ejemplar dedicado a: Les mirades del viatger / coord. por Vicent S. Olmos i Tamarit), págs. 391-410.
- “El archivo y el historiador: la mirada de Carlo Ginzburg”, Justo Serna, Anaclet Pons, *La Torre del Virrey: revista de estudios culturales*, N° 4, 2007, págs. 57-61.
- “El narrador y el héroe: Conversación con Javier Cercas”, Justo Serna (entrev.), Javier Cercas (entrevistado), *Memoria: revista de estudios biográficos*, N° 3, 2007, págs. 100-108.
- “Pierre Bourdieu: la sociología y yo”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N° 24, 2007, págs. 134-137.
- “Las iluminaciones de Pío Moa: el revisionismo antirrepublicano”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N° 21-22, 2007, págs. 99-108.
- “Microhistòries”, Anaclet Pons, Justo Serna, *L' Espill*, N° 24, 2006, págs. 167-171.
- “Sorprenent Sartre”, Justo Serna, *L' Espill*, N° 23, 2006, págs. 155-160.
- “El descrèdit de la lletgesa”, Justo Serna, *L' Espill*, N° 22, 2006, págs. 176-178.
- “Javier Marías: el pasado, la conjetura y la muerte”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N° 20, 2006, págs. 27-40.

- “Antonio Muñoz Molina: novelas y pasados”, Justo Serna; Antonio Muñoz Molina (entrevistado), *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 20, 2006, págs. 72-81.
- “Nueva York, soñado y paseado: cartografía literaria de Antonio Muñoz Molina”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 20, 2006, págs. 119-123.
- “Nemo en Nueva York”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 154, 2005, pág. 80.
- “Sobre la Utilidad y el Perjuicio de la Historia para la Vida Adolescente”, Justo Serna, *Clio & asociados: La historia enseñada*, Nº. 9-10, 2005-2006, págs. 71-83.
- “Autorretrato con retoques”, Justo Serna (entrevistador), Anna Caballé (entrev.), *Memoria: revista de estudios biográficos*, Nº. 2, 2005, págs. 89-96.
- “¿Blogo ergo sum?”, Justo Serna, *Memoria: revista de estudios biográficos*, Nº. 2, 2005, págs. 146-150.
- “El individuo moderno. Masas, técnicas y riesgos”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 18, 2005, págs. 135-141.
- “Apología de la historia metódica”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, Nº. 16, 2005, págs. 128-136.
- “Norbert Elias y Europa. La caída de la civilización”, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, Nº. 55, 2005 (Ejemplar dedicado a: Las fronteras de Europa), págs. 233-246.
- “Criminal y caballero”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 144, 2004, págs. 74-76.
- “El antifranquismo imaginario: la ficción autobiográfica de Antonio Muñoz Molina”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 139, 2004, págs. 66-73.

- “Norbert Elias i la caiguda de la civilització”, Justo Serna, *L' Espill*, N°. 16, 2004, págs. 150-162.
- “Nicómaco en Gaudalest”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 117, 2004, pág. 5.
- “Guerra y distancia afectiva”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 112, 2004, pág. 14.
- “Nota sobre la microhistoria. ¿No habrá llegado el momento de parar?”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, N°. 3, 2004, págs. 255-263.
- “Michael Foucault par Michael Foucault”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 13, 2004, págs. 121-129.
- “Norbert Elias y la caída de la civilización”, Justo Serna, *Prohistoria: historia, políticas de la historia*, N°. 8, 2004, págs. 137-150.
- “El pasado que no cesa: historia, novela y agnición”, Justo Serna, *Ayer*, N° 51, 2003 (Ejemplar dedicado a: Los días de España), págs. 227-264.
- “La vida, modos de empleo”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 137, 2003, págs. 70-72.
- “Freud y la reina que hilaba hebras de oro”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 135, 2003, págs. 66-70.
- “Un món que hem perdut”, Justo Serna, *L' Espill*, N°. 14, 2003, págs. 176-184.
- “Carlos Castilla del Pino: ¿juventud, egolatría?”, Justo Serna; Carlos Castilla del Pino (entrevistado), *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 11, 2003, págs. 67-75.
- “Por qué hay que leer a Clifford Geertz (Clifford Geertz, Reflexiones antropológicas sobre temas psicológicos)”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 10, 2003, págs. 101-109.

- “Simpatía por el vampiro”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 125, 2002, págs. 64-69.
- “La televisión y el mal: El caso de Pierre Bourdieu”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 120, 2002, págs. 58-62.
- “Isaiah Berlin y el nacionalismo”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 96, 2002, pág. 31.
- “El filtro mágico de Luis Landero”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 85, 2002, pág. 8.
- “Pasados posibles: memoria, ficción y vida en Antonio Muñoz Molina”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 8, 2002, págs. 71-86.
- “En su lugar: una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Prohistoria: historia, políticas de la historia*, N°. 6, 2002, págs. 107-126.
- “El historiador como educador”, Justo Serna, *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, N° 47, 2001, págs. 21-30.
- “Los liberales: Historia y vidas del ochocientos español”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 118, 2001, págs. 77-80.
- “¿Qué nos enseña Harry Potter?”, Justo Serna, *Cuadernos de pedagogía*, N° 302, 2001, págs. 80-82.
- “Utilidad y perjuicio de la historia para el adolescente”, Justo Serna, *Cuadernos de pedagogía*, N° 298, 2001, págs. 80-84.
- “Fashion victim”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 82, 2001, pág. 44.
- “El problema de los mundos posibles”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 79-80, 2001, pág. 7.

- “Cosas que sé de Román Gubern”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, ISSN 1134-8755, N°. 73, 2001, pág. 6.
- “Paradiso”, Justo Serna, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, N°. 5-6, 2001, págs. 145-150.
- “La paradoja de Lovecraft: o la novela familiar del monstruo”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 104, 2000, págs. 74-76.
- “La biblioteca vacía: El lector burgués en la Valencia del Ochocientos”, Justo Serna, *Historiar: Revista trimestral de historia*, N° 6, 2000, págs. 126-145.
- “Jaime Bayly, autobiografía del impostor”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 72, 2000, pág. 8.
- “Freud: el arte de leer ficciones”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 67-68, 2000, pág. 20.
- “La realidad y “The Blair Wich Project”, Justo Serna, *Lateral: Revista de Cultura*, N°. 62, 2000, pág. 36.
- “La egohistoria de Pierre Vilar”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, N° 95, 1999, págs. 60-64.
- “¿Perjudica Bourdieu a los historiadores?”, Justo Serna, *Historiar: Revista trimestral de historia*, N° 3, 1999, págs. 120-153.
- “El historiador como autor: éxito y fracaso de la microhistoria”, Justo Serna, Anaclet Pons, *Prohistoria: historia, políticas de la historia*, N°. 3, 1999, págs. 238-260.
- “La escritura y la vida: El notariado y el estudio de las redes personales burguesas en la época isabelina”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Ayer*, 1998 (Ejemplar dedicado a: La política en el reinado de Isabel II), págs. 109-137.
- “The Valencian Middle Classes: what we know and what we do not know”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Bulletin of Hispanic studies*, Vol. 75, N°. 5, 1998, págs. 81-102.

- “Instrucciones confusas sobre la lectura de “Noticia de un secuestro”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 77, 1997, págs. 57-60.
- “¿Olvidar a Foucault? Surveiller et Punir y la historiografía, veinte años después”, Justo Serna, *Historia contemporánea*, Nº 16, 1997 (Ejemplar dedicado a: Marginación, desigualdad y poder), págs. 29-46.
- “Les premses del burgès: Josep Campo i les empreses periodístiques a la València del segle XIX”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Recerques: Història, economia i cultura*, Nº 35, 1997 (Ejemplar dedicado a: Formes de dominació en la societat rural), págs. 27-50.
- “Frankenstein en la Academia: Literatura e historia cultural”, Justo Serna, *Claves de razón práctica*, Nº 66, 1996, págs. 68-73.
- “Contra el bello defecto”, Justo Serna, *Hispania: Revista española de historia*, Vol. 55, Nº 191, 1995, págs. 1125-1130.
- “Egoísta, racional, emprendedor... Burgès: Una breu revisió conceptual”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Afers: fulls de recerca i pensament*, Vol. 8, Nº. 16, 1993, págs. 317-329.
- “Tertius gaudens.: El baró de Santa Bàrbara o la mediació com a professió Encarnación García Moneris”, Justo Serna, *Afers: fulls de recerca i pensament*, Vol. 8, Nº. 16, 1993, págs. 331-345.
- “El ojo de la aguja: ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Ayer*, Nº 12, 1993 (Ejemplar dedicado a: La historiografía), págs. 93-134.
- “De la seda a la renta: La actitud inversora de un burgués valenciano: Gaspar Dotres Gelabert”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Historia contemporánea*, Nº 8, 1992, págs. 75-106.

- “Una guerra en blanco y negro: introducción a su filmografía”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Estudis D'Historia Contemporania del Pais Valencia*, N°. 7, 1986 (Ejemplar dedicado a: La guerra civil espanyola), págs. 213-228.
- “Els problemes del crèdit agrícola a València (1856-1866)”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Afers: fulls de recerca i pensament*, Vol. 1, N°. 2, 1985, págs. 371-383.
- “Los orígenes del régimen disciplinario de encierro en el País Valenciano: la crisis del Antiguo Régimen”, Justo Serna, *Estudis D'Historia Contemporania del Pais Valencia*, ISSN 0210-8704, N°. 5, 1984 (Ejemplar dedicado a: La crisi de l' Antic Règim), págs. 275-294.
- “Elitismo y dominación de clase en Valencia: 1856-1868”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, ISSN 0210-9980, N°. 34, 1984, págs. 153-168.
- “Intentos en la articulación del mercado comarcal: el camino vecinal de Alberic a Alzira, 1853-1858”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, N°. 33, 1983, págs. 143-156.
- “Primeros elementos para un estudio de la delincuencia en el País Valenciano (1850-1855)”, Justo Serna, *Estudis D'Historia Contemporania del Pais Valencia*, N°. 3, 1982, págs. 89-108.
- “Prensa e ideología agrarista en el País Valenciano a propósito de la Opinión (1860-1866)”, Justo Serna, *Estudis D'Historia Contemporania del Pais Valencia*, ISSN 0210-8704, N°. 3, 1982, págs. 413-417.

COLABORACIONES EN OBRAS COLECTIVAS

- “Dos dietarios, el quadern gris (1966) y un año de mi vida (1972), Justo Serna Josep Pla y Miguel Delibes”: *el escritor y su territorio* / coord. por Xavier Pla Barbero, Francisco Fuster García, Madrid: Sílex, 2018, págs. 173-186.
- “Fake news. Todo es falso salvo alguna cosa”, Justo Serna, *En la era de la posverdad: 14 ensayos* / coord. por Jordi Ibáñez Fanés, Manuel Arias Maldonado, Barcelona: Calambur, 2017, págs. 101-116.
- “La construcción nacional (1833-1874). Población y sociedad”, Anaclet Pons, Justo Serna, *Historia contemporánea de España: 1808-1931. Volumen I* / Jordi Canal (dir.), Madrid: Taurus, 2017, págs. 455-508.
- “El régimen del padre: Víctor Erice, Frankenstein y “El espíritu de la colmena”, Justo Serna, *Historia y cine: la construcción del pasado a través de la ficción* / coord. por Mónica Bolufer Peruga, Juan Gomis Coloma, Telesforo M. Hernández, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015, págs. 63-80.
- “La guerra última de la humanidad”, Justo Serna, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez, diez años después / coord. por Itziar López Guil, Cristina Albizu Yeregui, Madrid: Antonio Machado Libros, 2015, págs. 229-238.
- “La literatura del historiador”, Justo Serna, *Metahistoria: 40 años después: ensayos en homenaje a Hayden White* / coord. por Aitor Manuel Bolaños de Miguel, Madrid: Siníndice, 2014, págs. 189-194.
- “Covers: la presentació dels joves a l'Amèrica quotidiana”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): cultura, joventut i rebellia* [Exposició Centre Cultural La Nau, 2 octubre 2012/20 gener 2013] / coord. por Alejandro Lillo, Norberto Piqueras, Justo Serna, València: Universitat de València, 2012, págs. 25-63.

- “Covers. La presentación de los jóvenes en la América cotidiana”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): Cultura, Juventud y Rebeldía* [exposición Centre Cultural La Nau, Universitat de València, Sala Acadèmia, 2 de octubre 2012 - 20 enero 2013] / coord. por Norberto Piqueras, València: Universitat de València, 2012, págs. 25-72.
- “Cuando Dylan llegó a Nueva York”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): Cultura, Juventud y Rebeldía* [exposición Centre Cultural La Nau, Universitat de València, Sala Acadèmia, 2 de octubre 2012 - 20 enero 2013] / coord. por Norberto Piqueras, 2012, págs. 85-90.
- “Quan Dylan va arribar a Nova York”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): cultura, joventut i rebellia* [Exposició Centre Cultural La Nau, 2 octubre 2012/20 gener 2013] / coord. por Alejandro Lillo, Norberto Piqueras, Justo Serna, València: Universitat de València, 2012, págs. 85-90.
- “Time is On My Side”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): Cultura, Juventud y Rebeldía* [exposición Centre Cultural La Nau, Universitat de València, Sala Acadèmia, 2 de octubre 2012 - 20 enero 2013] / coord. por Norberto Piqueras, València: Universitat de València, 2012, págs. 91-94.
- “Time is on my side”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): cultura, joventut i rebellia* [Exposició Centre Cultural La Nau, 2 octubre 2012/20 gener 2013] / coord. por Alejandro Lillo, Norberto Piqueras, Justo Serna, València: Universitat de València, 2012, págs. 91-94.
- “Retrato del artista joven”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): Cultura, Juventud y Rebeldía* [exposición Centre Cultural La Nau, Universitat de València, Sala Acadèmia, 2 de octubre 2012 - 20 enero 2013] / coord. por Norberto Piqueras, València: Universitat de València, 2012, págs. 124-134.

- “Retrat de l'artista jove”, Justo Serna, Alejandro Lillo, *Covers (1951-1964): cultura, joventut i rebellia* [Exposició Centre Cultural La Nau, 2 octubre 2012/20 gener 2013] / coord. por Alejandro Lillo, Norberto Piqueras, Justo Serna, València: Universitat de València, 2012, págs. 125-134.
- “Población y sociedad”, Anacleto Pons, Justo Serna, *España: La construcción nacional* / coord. por Isabel Burdiel; Jordi Canal (dir.), Madrid: Taurus, 2012, págs. 263-334.
- “Variaciones sobre la historia cultural en España”, Anacleto Pons, Justo Serna *La historia cultural: ¿un giro historiográfico mundial?* / coord. por Philippe Poirrier, València: Universitat de València, 2012, págs. 185-200.
- “Microhistoria e Historia Cultural”, Justo Serna, *Salud y Enfermedad en la sociedad alicantina contemporánea* / coord. por Rosa Ballester Añón, Josep Bernabeu Mestre, Ramón Castejón Bolea, Enrique Perdiguero Gil, Alicante: Instituto Alicantino de Cultura, 2012, págs. 19-23.
- “Hi ha una munió de persones, però encara hi ha més cares”. La identitat fotogràfica a la València del vuit-cents”, Encarnación García Monerris, Justo Serna, *Collecció Díaz Prósper, patrimoni i memòria. Fotografies 1839-1900*: Centre Cultural La Nau de la Universitat de València: Sales Thesaurus i Martínez Guerricabeitia 24.2-26.6.2011 / José Ramón Cancer (aut.), València: Universitat de València, 2011, págs. 49-54.
- “Hay mucha gente, pero más rostros aún”. La identidad fotográfica en la Valencia del ochocientos”, Encarnación García Monerris, Justo Serna, *Collecció Díaz Prósper, patrimoni i memòria. Fotografies 1839-1900*: Centre Cultural La Nau de la Universitat de València: Sales Thesaurus i Martínez Guerricabeitia 24.2-26.6.2011 / José Ramón Cancer (aut.), València: Universitat de València, 2011, págs. 55-60.

- “Población y sociedad”, Anacleto Pons, Justo Serna, *España* / coord. por Jordi Canal, Vol. 2 (1830-1880: La construcción nacional), Madrid, Taurus-Mapfre, 2010, págs. 263-334.
- “Caldos y pioneros”, Anacleto Pons, Justo Serna, *El gran libro del vino: Comunitat Valenciana* / coord. por Miquel Francés, Joan Lagardera, Valencia: Ruzafashow, 2009, págs. 142-145.
- “La ciudad y sus confines, Valencia en el siglo XIX”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España* / coord. por Carmen Delgado Viñas, Luis Sazatornil Ruiz, Germán Rueda Hernanz, Santander: RH+, 2009, págs. 265-270.
- “La Valencia liberal, 1808-1874”, Encarnación García Moneris, Justo Serna, *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia* / coord. por Jorge Hermosilla Pla, Vol. 1, València, Universitat de València, 2009 (Historia), págs. 411-442.
- “Una conversación con Juan José Carreras”, Justo Serna, *Razones de historiador: magisterio y presencia de Juan José Carreras* / coord. por Carlos Forcadell Álvarez, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2009, págs. 239-244.
- “Trenor: fets i paraules”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Trenor: l'exposició d'una gran família burgesa* [Exposició, Centre Cultural la Nau, 26 de maig-25 d'octubre de 2009] / coord. por Anacleto Pons, Justo Serna, València, Universitat de València, 2009, págs. 17-104.
- “Trenor: hechos y palabras”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Trénor: La Exposición de una gran familia burguesa*: [Centro Cultural La Nau, Universitat de València... 26 de mayo - 25 de octubre de 2009], València, Universitat de València, 2009, págs. 17-138.

- “Destinos familiares. Diario de un burqués bien acompañado”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Historia de las mujeres en España y América Latina* / coord. por Isabel Morant Deusa, Vol. 3 (Del siglo XIX a los umbrales del XX / coord. por Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, Gabriela Cano), Madrid: Cátedra, 2008, págs. 235-268.
- “Gaspar Dotres: negociante y demócrata”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Liberales eminentes* / coord. por Manuel Pérez Ledesma, Isabel Burdiel, Madrid: Marcial Pons, 2008, págs. 157-178.
- “Metales comunes e ingenios mecánicos”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Dos siglos de industrialización en la Comunitat Valenciana: Dos segles d'industrialització a la Comunitat Valenciana*: 19/09/2007-2/12/2007, Valencia, RuzafaShow, 2007, págs. 66-89.
- “El puerto de Valencia y la ciudad industrial, siglos XIX y XX”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Historia del puerto de Valencia*: [Proyecto de investigación de la Facultat de Geografia i Història] / coord. por Jorge Hermosilla Pla, València, Universitat de València, 2007, págs. 205-285.
- “Misericordias e indigencias: El orden interior de la ciudad”, Justo Serna, Anacleto Pons, *L'aigua domesticada: els orígens de l'abastiment d'aigua potable a València*: catàleg exposició, València 2007: [Museu d'Història de València] / coord. por Josep Vicent Boira i Maiques, 2007, págs. 43-55.
- “Una rada arenosa: construir el puerto de Valencia”, Justo Serna, Anacleto Pons, *El comercio y el Mediterráneo: Valencia y la cultura del mar* / coord. por Inmaculada Aguilar Civera, València: Generalitat Valenciana, 2006, págs. 317-335.

- “Guerra, civilización y barbarie. De Norbert Elias a Sigmund Freud”, Justo Serna, *La guerra* / coord. por Nicolás Sánchez Durá, Valencia, Pre-Textos, 2006, págs. 135-160.
- “Menocchio y yo. Carlo Ginzburg y el relato de la identidad”, Justo Serna, Anacleto Pons, *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)* / coord. por Colin Davis J., València, Universitat de València, 2005, págs. 73-88.
- “Las propiedades urbanas en la Valencia del ochocientos”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad: seminario celebrado 4-5 febrero 2002* / coord. por Philippe Lavastre, Rafael Mas Hernández, Madrid: Casa de Velázquez, 2005, págs. 131-149.
- “Los viajes verticales: José Inocencio del Llano y el diario burgués del Grand Tour”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Viajar para saber: movilidad y comunicación en las universidades europeas*: [Sala Estudi General, La Nau, Universitat de València, 5 octubre-21 noviembre 2004 / coord. por Gonzalo Montiel Roig, Elena Martínez García, Norberto Piqueras, València, Universitat de València, 2004, págs. 237-266.
- “Los viajeros interiores: Las bibliotecas burguesas de Valencia”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Viajar para saber: movilidad y comunicación en las universidades europeas*: [Sala Estudi General, La Nau, Universitat de València, 5 octubre-21 noviembre 2004 / coord. por Gonzalo Montiel Roig, Elena Martínez García, Norberto Piqueras, València, Universitat de València, 2004, págs. 267-297.
- “Els viatges verticals: Josep Innocenci de Llano i el diari burgès del “Grand Tour”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Viatjar per saber: mobilitat i comunicació a les universitats europees*: [Exposició a la Sala Estudi General, La Nau, Universitat de València, 5 octubre-21 novembre 2004] / coord. por Norberto Piqueras;

- Gonzalo Montiel Roig (ed. lit.), Elena Martínez García (ed. lit.), València, Universitat de València, 2004, págs. 237-265.
- “Els viatges interiors: Les biblioteques burgeses de la València vuitcentista”, Justo Serna, Anacleto Pons, *Viatjar per saber: mobilitat i comunicació a les universitats europees*: [Exposició a la Sala Estudi General, La Nau, Universitat de València, 5 octubre-21 novembre 2004] / coord. por Norberto Piqueras; Gonzalo Montiel Roig (ed. lit.), Elena Martínez García (ed. lit.), València, Universitat de València, 2004, págs. 267-297.
 - “Qué hacemos los historiadores cuando leemos novelas”, Justo Serna, *Encuentros de historia y literatura: Max Aub y Manuel Tuñón de Lara* / coord. por María Fernanda Mancebo Alonso, Fundación Max Aub-Biblioteca Valenciana, 2003, págs. 201-220.
 - “La biblioteca vacía: el lector burgués en la Valencia del ochocientos”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Bernat i Baldoví i el seu temps* / coord. por Miquel Nicolás, València, Universitat de València, 2002, págs. 199-216.
 - “El bon to: fotografia i distinció al segle XIX”, Justo Serna, Encarnación García Monerris, *Encantados de conocerse: fotografía, retrato y distinción en el siglo XIX*: fondos de la Colección Juan José Díaz Prósper, València: Xarxa de Museus, 2002, págs. 26-61.
 - “Airs and Graces: photography and distinction in the 19th century”, Justo Serna, Encarnación García Monerris, *Encantados de conocerse: fotografía, retrato y distinción en el siglo XIX*: fondos de la Colección Juan José Díaz Prósper, València: Xarxa de Museus, 2002, págs. 159-169.
 - “Formas de hacer microhistoria”, Anacleto Pons, Justo Serna, *La situación de la historia: ensayos de historiografía* / coord. por Miguel Angel Cabrera Acosta,

- Marie McMahon, La Laguna: Universidad de La Laguna, 2002, págs. 191-216.
- “Los burgueses valencianos: Lo que sabemos y lo que no sabemos”, Justo Serna, Anacleto Pons, *De la revolución liberal a la democracia parlamentaria: Valencia (1808-1975)* / Paul Preston (ed. lit.), Ismael Saz (ed. lit.), València, Universitat de València, 2001, págs. 117-142.
 - “Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida adolescente”, Justo Serna, *La didáctica de la Geografía i la Història en un món globalitzat i divers* / coord. por Proyecto Gea-Clío, Xosé Manuel Souto González, València: CC. OO., L’Ullal, 2001, págs. 20-32.
 - “En su lugar: una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: actas del II Congreso de Historia Local de Aragón (Huesca, 7 al 9 de julio de 1999)* / coord. por Miguel Angel Ruiz Carnicer, Carmen Frías Corredor, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, págs. 73-92.
 - “El microhistoriador como lector”, Justo Serna, Anacleto Pons, *El siglo XX: balance y perspectivas: V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, València, Universitat de València, 2000, págs. 137-145.
 - “En buena compañía: Los burgueses valencianos a mediados del siglo XIX”, Justo Serna, Anacleto Pons, *De la sociedad tradicional a la economía moderna: Estudios de historia valenciana contemporánea* / coord. por Joaquín Azagra Ros, Enric Mateu Tortosa, Javier Vidal Olivares, 1996, págs. 216-231.
 - “En buena compañía: los burgueses valencianos a mediados del siglo XIX”, Justo Serna, Anacleto Pons, *De la sociedad tradicional a la economía moderna: estudios de economía valenciana* / J. Vidal (ed. lit.), J. Azagra (ed. lit.), E. Mateu (ed. lit.), Alicante: Diputación Provincial de Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, págs. 216-231.

- “Dignos de créditos. La burguesía y el mercado de préstamo en la ciudad de Valencia (1850-1870)”, Justo Serna, Anacleto Pons, *La sociedad rural en la España contemporánea: mercado y patrimonio* / coord. por Xesús Balboa López, Lourenzo Fernández Prieto, Santiago de Compostela: Edicions do Castro, 1996, págs. 201-226.
- “El burgués sin atributos: Algunas reflexiones sobre el sujeto económico de la historia social”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Historia a debate: actas del Congreso Internacional “A historia a debate”*. Celebrado del 7 al 11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela / coord. por Carlos Barros Guimerans, Vol. 2, 1995, págs. 355-365.
- “El nombre del burgués”, Anacleto Pons, Justo Serna, *La sociedad urbana en la España contemporánea* / coord. por Joan Serrallonga i Urquidí, Francisco Bonamusa Gaspà, Barcelona: Asociación de Historia Contemporánea, 1994, págs. 81-132.
- “El fracaso del “autonomismo” blasquista en el País Valenciano (1931-1933)”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Los nacionalismos en la España de la II República: [Simposio "Os nacionalismos na Segunda República (1931-1939), Pazo de Mariñán (La Coruña) 29-1 de Octubre de 1988]* / Justo G. Beramendi (comp.), Ramón Máiz Suárez (comp.), Madrid: Siglo XXI, 1991, págs. 439-450.
- “La burguesía local y la articulación del mercado interior: la línea Carcaixent-Gandia-Dénia (1858-1878)”, Anacleto Pons, Justo Serna, *Anàlisi local i història comarcal : la ribera del Xúcar(segles XIV-XX)*, València: Diputació de València, 1990, págs. 267-292.

- “La igualdad indeferenciada: “Un pillo y els chics educats en La Casa de benefisència”: Ficción y realidad institucional”, Justo Serna, *Homenatge al doctor Sebastià Garcia Martínez*, Vol. 3, 1988, págs. 307-318.

COORDINACIÓN

OBRAS COLECTIVAS

- *Covers (1951-1964): cultura, joventut i rebellia* [Exposició Centre Cultural La Nau, 2 octubre 2012/20 gener 2013], coord. por Alejandro Lillo, Norberto Piqueras, Justo Serna, València: Universitat de València, Servei de Publicacions, 2012.
- *Trenor: l'exposició d'una gran família burgesa* [Exposició, Centre Cultural la Nau, 26 de maig-25 d'octubre de 2009] coord. por Anacleto Pons, Justo Serna, València: Universitat de València, Servei de Publicacions, 2009.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ENSAYO AUTOBIOGRÁFICO

- Carr, Edward W., *What is History?*, Londres, University of Cambridge & Penguin Books, 1961.
- Carr, Edward W., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1961.
- Ginzburg, Carlo, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Collana Einaudi Paperbacks n.65, Torino, Einaudi, 1976.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos El cosmos según un molinero del siglo XV*, México, Océano, 1998.

PRIMER ENCUENTRO

- Darnton, Robert, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Basic Books, Nueva York, 1984.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Eco, Umberto, *Il nome della rosa*, Milán, Bompiani, 1980.
- Eco, Umberto, *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1982.
- Foucault, Michel, *Les Mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966.

- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI Editores, 1968.
- Foucault, Michel, *Surveiller et Punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Gidé, Andre, *Journal (1889-1939)*, Collection Bibliothèque de la Pléiade (n° 54), París, Gallimard, 1939.
- Gidé, Andre, *Diario (1889 – 1949)*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- Marx, Karl, *Das Kapital*, Hamburg, Verlag von Otto Meissner, 1867.
- Marx, Karl, *El capital*, México, Siglo XXI Editores, 1975.
- Schorske, Carl E., *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, Inc., 1979.
- Schorske, Carl E., *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Twain, Mark, *The Adventures of Huckleberry Finn*, Londres, Chatto & Windus, 1884.
- Twain, Mark, *Las aventuras de Huck*, Madrid, Caro Raggio, 1923, 2 vols.
- Weber, Eugen, *France, Fin de Siecle*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1986.
- Weber, Eugen, *Francia, Fin de Siglo*, Madrid, Debate, 1989.

SEGUNDO ENCUENTRO

- Ariès, Philippe y Duby, George (dirs.), *Histoire de la vie privée*, París, Seuil, 1985-1987.
- Ariès, Philippe y Duby, George (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1987.
- Ariès, Philippe, *L'Homme devant la mort*, París, Seuil, 1977, coll. "L'Univers historique".
- Ariès, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1983.
- Balzac, Honoré de, *Oeuvres complètes. La Comédie humaine*, París, Furne, Dubochet, Hetzel et Paulin, Houssiaux, 1842-1855.
- Balzac, Honoré de, prefacio de 1842 de *La comedia humana*, Madrid, Aguilar, 1987, con traducción de Rafael Cansinos Assens.
- Bloch, Marc, *Les Rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, París- Estrasburgo, Librairie Istra, 1924.
- Bloch, Marc, *Los Reyes Taumaturgos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Davis, Natalie Z., *Le retour de Martin Guerre*, París, Robert Laffont, 1982.
- Davis, Natalie Z., *El regreso de Martin Guerre*, Madrid, Akal 2013.
- Davis, Natalie Z., *L'histoire tout feu tout flamme. Entretiens avec Denis Crouzet*, París, Albin Michel, 2004.
- Davis, Natalie Z., *Pasión por la Historia. Entrevista con Denis Crouzet*, Valencia, Universitat de València i Universitat de Granada, 2006.
- Duby, Georges, *Le dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214*, París, Gallimard, 1973.

- Duby, Georges, *El domingo de Bouvines: 27 de julio de 1214*, Madrid, Alianza, 1998.
- Duby, Georges, *Guerriers et paysans, VIIIe-XIIIe siècles. Premier essor de l'économie européenne*, París, Gallimard, 1973.
- Duby, Georges, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*, Madrid, Siglo XXI, 1983.
- Duby, Georges, *Guillaume le Marichal ou le meilleur chevalier du monde*, París, Artheme Fayard, 1984.
- Duby, Georges, *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza, 1985.
- Hobsbawm, Eric, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Londres, Allen Lane, 2002.
- Hobsbawm, Eric, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Crítica, Buenos Aires/Barcelona, 2003.
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (eds.), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974.
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (eds.), *Hacer la Historia*. Barcelona, Laia, 1980.
- Levi, Giovanni, *L'eredità immateriale*, Turín, Einaudi, 1985.
- Levi, Giovanni, *La herencia inmaterial*, Madrid, Nerea, 1990.
- Lévi-Strauss, Claude, *Tristes trapiques*, París, Librairie Plon, 1955.
- Lévi-Strauss, Claude, *Tristes trópicos*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970.
- Macintyre, Ben, *Agent Sonya*, Nueva York, Viking, 2020.
- Macintyre, Ben, *Agente Sonya*, Madrid, Crítica, 2021.
- Nabokov, Vladímir, *Strong Opinions*, Nueva York, McGraw-Hill International, 1973.
- Nabokov, Vladímir, *Opiniones contundentes*, Madrid, Taurus, 1977.

- Stone, Lawrence, *The Past and the Present*, Boston, Routledge & Kegan Paul, 1981.
- Stone, Lawrence (ed.), *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Von Ranke, Leopold, *Die römischen Päpste: ihre Kirche und ihr Staat im sechszehnten und siebzehnte Jahrhundert*, Berlín, Duncker und Humblot, 1834-1836.
- Von Ranke, Leopold, *Historia de los Papas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

